

Sophie Saint Rose



Por

una

Mentira

Por una mentira
Sophie Saint Rose

Capítulo 1

Tabitha colocaba el expositor y cuando vio llegar a la señora Morley gimió dejando el pollo que tenía en la mano, para incorporarse y mirarla por encima con una sonrisa en los labios que no llegaba a sus ojos violeta.

— Buenos días, señora Morley.

— Buenos días, niña. — respondió mirando la mercancía con su ceño fruncido.

La señora Morley era una de sus clientas habituales, pero para venderle una pechuga de pollo se pasaba en la carnicería una hora y quería que le mostrara todo el género. A sus casi noventa años decía que no podía meterse cualquier cosa en el cuerpo, así que la torturaba todo el tiempo que le daba la gana. Tabitha suponía que no tenía mucho más que hacer que darle el coñazo.

— ¿Qué le pongo hoy? — dijo mirando su vestido de flores de cuello blanco, acompañado por su collar de perlas. También se fijó que esa mañana se había decidido por sus zapatos planos de cordones marrones — Tengo la ternera de oferta.

— ¿La ternera? No creo. Mi pensión no llega para tanto. — la miró con sus ojitos azules detrás de sus gafas de pasta y entrecerró los ojos— ¿Llevas la redecilla? No la veo. ¿La llevas? No voy a consentir encontrarme un pelo pelirrojo en mi comida.

— Sí, señora Morley. — se acercó a ella por encima del expositor señalando su horrible redecilla blanca — ¿La ve? Es obligatorio llevarla.

— Por eso te lo digo, niña. — dijo con los ojos entrecerrados intentando centrar la vista. Molesta porque no veía tres en un burro, miró el expositor de nuevo— Vamos a ver, ¿eso qué es? ¿Pavo?

— No, señora Morley. Es la ternera que le decía.

— Va, no tiene buen color.

Tabitha se mordió la lengua forzando una sonrisa y miró a través del escaparate de la tienda al exterior esperando que llegara su jefa y se pudiera librar de atender a la mujer— ¿Qué le parece pollo? — respondió importándole un pito lo que se llevara la buena mujer.

— ¿Pollo? ¡Me llevé pollo ayer!

— No, señora Morley. Se lo llevó el lunes y estamos a viernes. — al fin era viernes y descansaría todo el fin de semana. Las ganas que tenía de perder de vista a las clientas sólo las sabía ella— ¿Y conejo?

— ¡Conejo! ¡La cantidad de conejo que me comí en los cuarenta!

Madre mía, ya la había liado. La mujer se puso a relatarle toda su infancia y la adolescencia. A describir lo dura que era la vida entonces y no como ahora, que los jóvenes sólo se quejaban de vicio — ¡Y mi marido! ¡Oh, lo que trabajaba el pobre! — entrecerró sus ojitos— ¿Y tú? — ahí venía— ¿Ya te has casado? — la pregunta de todas las semanas.

— No, señora Morley. Desde hace siete días, que me lo preguntó la última vez, no me he casado. — respondió cogiendo el cuchillo clavándolo en la tabla de madera pensado por qué coño tenía que explicarle su vida a todo el mundo.

— ¡Pero niña! ¿Cuántos años tienes?

¡Joder! ¿Por qué no se compraba la pechuga de pollo de una vez y la dejaba en paz? — Veintisiete, señora.

La señora Morley la miró con horror como todas las semanas. Un día iba a sacarle una foto y a colgarla en Internet — Pues cástate niña o...

— ¿Y qué le parece cerdo? Unas buenas chuletitas de cerdo.

La mujer chasqueó la lengua y en ese momento entró su jefa que llegaba de ir al banco a realizar los ingresos— Buenos días, señora Morley. — dijo pasando ante ellas a toda prisa y metiéndose en la trastienda a la velocidad de la luz después de mirarla con cara de pánico. Tabitha dejó caer los hombros y agarró el mango del cuchillo— Cobarde. — susurró desclavando el cuchillo. Miró el reloj que tenía colgado y vio que la mujer llevaba en la tienda exactamente cuarenta y siete minutos. La mujer seguía hablando sobre que no le apetecían chuletas de cerdo y cuando tomó aire, Tabitha metió baza— ¿Y de cordero?

— ¡Oh, el cordero me sienta mal, niña! ¿Qué te pasa? Estás muy distraída.

—Tiene toda mi atención, señora Morley. —cuando vio entrar en la carnicería a su amiga Kat sonrió de oreja a oreja— ¿Las tienes?

— ¡Ja! — sacó dos invitaciones a la inauguración de la nueva discoteca en Manhattan para esa noche— Creías que no podía, ¿verdad? — dijo apartando con chulería su pelo moreno.

— ¿Qué eso, niña? ¿Os vais al cine?

Kat miró a la mujer con una sonrisa en la boca y Tabitha negó con la cabeza indicándole que no contestara— No, son las entradas a una discoteca.

La señora Morley las miró con horror como si fueran dos perdidas y jadeó— ¿Una discoteca?

—Sí. — respondió Kat confundida.

Miró a Tabitha como si la hubiera decepcionado— ¿Vas a esos antros de perdición, drogas y alcohol? — dijo levantando la voz— ¡Deberías ir a la Iglesia, niña!

¡Ahora entiendo que no te hayas casado! —la señaló con el dedo— ¡Los hombres decentes van a la Iglesia! ¡Ahí conocía a mi Martin y estuve casada sesenta y tres años!

Tabitha miró hacia la puerta de la trastienda que se abrió en ese momento saliendo su jefa vestida para ponerse a trabajar. La miró como si hubiera metido la pata y ella miró a Kat como si quisiera matarla. Su amiga susurró— Bueno, y o me voy.

La anciana seguía soltando por la boca que los jóvenes en la actualidad habían dejado de ir a la Iglesia, porque estaban tan cansados después de drogarse toda la noche, que no querían oír la palabra de Dios para no tener remordimientos.

Su jefa asintió —Qué razón tiene, señora Morley. ¿Le pongo unos filetitos de pollo?

Kat hizo una mueca yendo hacia la puerta, haciéndole un gesto como que la llamaba luego—Gracias por tu visita, Kat. —dijo irónica con ganas de pegarle cuatro tiros.

—Lo siento. — vocalizó antes de salir prácticamente corriendo.

Como una buena chica tuvo que escuchar cómo debía reformarse de su disipada vida. ¿Disipada vida? ¡No echaba un polvo desde que su novio la había dejado por la pastelera del final de la calle! Y eso había sido hacía dos años. En ese tiempo a ellos les había dado tiempo a casarse y tener gemelos. Con una mueca en la boca que se suponía que era una sonrisa, vio como llegaba otra vecina y opinaba sobre su vida como si tuviera todo el derecho del mundo, aliándose contra ella.

Miró a su jefa que la observaba cruzada de brazos— Ya le he dicho que mi hijo estaría encantado de salir con ella. — dijo su jefa dando la puntilla —Gabriel está medio enamorado de Tabitha y lleva esperándola desde que la conoce. Cuatro años hace que lo tiene esperando al pobre chico.

¿Pobre chico? ¡Era un cromañón que sólo hablaba de fútbol, soltaba eructos, que pesaba cien kilos y estaba calvo! No estaba tan desesperada. Pero eso no se lo podía decir a su jefa, por supuesto.

Así que sonrió dulcemente diciendo— Nuestros caracteres son muy distintos.

— ¡Déjate de tonterías, niña! — dijo la señora Morley levantando la barbilla— ¡Qué caracteres, ni caracteres! ¡En casa mandas tú! ¡Punto! ¡Todo lo demás son tonterías!

— ¡Eso le digo yo! Si cuando le sonrío, el pobre se pone a babear. Pero ella nada. ¡Ni siquiera quiere salir con él una vez!

—Tabitha, debes ser más flexible. — dijo la señora Rubin acercándose al expositor—Ponme carne para picar. Voy a hacer hamburguesas.

Tabitha se puso a servir a la mujer pensando que deseaba que dieran las dos, que era la hora en la que salía ese día. Metió la carne en la picadora después de pesarla, rumiando que necesitaba una noche loca. Sí, se cogería un buen pedo. De los que hacen época. No sabía cómo después de trabajar allí cuatro años, no se había dado al alcohol. Escuchándolas ponerla verde por ser muy exquisita, terminó de picar la carne y le tendió el paquete a la mujer cobrándole— Aquí tiene, señora Rubin. La vuelta.

— ¿Qué te parece si sales con mi Steve? Acaba de dejar a su mujer y siempre le has gustado.

¡Ja! ¡Ni loca! Pero sonrió radiante porque ahora el tema se desviaría.

— ¿Tu hijo ha dejado a su esposa? — preguntó escandalizada la señora Morley sonrojando a la vecina.

Cuando llegó a su casa arrastrando los pies, vio a su madre en el pequeño jardín tirando de los hierbajos— Uy, uy, hoy ha sido un día malo.

—Pésimo. Estoy más harta...

— ¿Por qué no buscas algo en Manhattan? —dijo quitándose los guantes para acercarse y quitarle la redecilla de su pelo pelirrojo— Hija, no puedes seguir así.

Miró con horror a su madre— ¿Me he paseado por todo Brooklyn con eso puesto?

La risa de su madre la alteró todavía más— No tiene gracia.

—Claro que la tiene. Tenías tanta prisa por salir que ni siquiera te has dado cuenta.

Gruñó subiendo las escaleras— ¡Qué harta estoy!

—Si hubieras terminado...

Se volvió fulminándola con la mirada— ¿Me lo vas a recordar otra vez? Si hubieras terminado la carrera, ahora serías un médico de prestigio y vivirías en Manhattan.

— ¡Es que es la verdad!

— ¡Mamá! ¡Me echaron!

Su madre miró a su alrededor jadeando— ¡Que no te oigan las vecinas!

—Soy una negada para estudiar medicina. ¿Sabes todos los nombres que hay que aprender? ¡El instituto estaba tirado!

— ¡Pero sacabas muy buenas notas! Por eso te dieron la beca. ¡Lo que pasa es que te desviaste!

Eso era cierto. La vida en el campus era tan distinta a la que había llevado, que se despistó un poco. No un poco, muchísimo. No se encontró en todo el semestre y cuando lo suspendió todo, ya era tarde. La echaron a patadas.

—Mira, no quiero hablar de lo que ya no puedo arreglar. — entró en casa de sus padres frustrada.

— ¡Podrías volver a estudiar!

— ¡Todos los días tenemos que tener esta conversación! Mamá, acéptalo. No voy a ser médico.

— ¿Y enfermería?

Puso los ojos en blanco dejando el bolso en el perchero y yendo hacia la cocina — Puedes estudiar por las tardes.

Tomó aire sacando una cola de la nevera. Su madre estaba preocupada por ella. Lo sabía. Tenía veintisiete años y se había dejado llevar. Cuando la echaron de la universidad para disgusto de todos, volvió a casa y trabajó en un supermercado. Allí había acabado de carnicera y de allí a la carnicería del barrio. Siempre había ganado dinero, pero no era la vida que siempre había soñado.

—Tienes dinero ahorrado. Lo bastante como para ponerte a estudiar de nuevo si no quieres trabajar. —su madre se acercó y le acarició la mejilla —Yo quiero que seas feliz y no lo eres. En Manhattan tendrías más oportunidades y...

—Pensaré en algo, ¿vale? Te lo prometo.

Su madre tenía razón. Lo sabía. Lo que no sabía era lo que le pasaba. Era como si desde que había ido a la universidad le diera miedo lanzarse a la vida para no pegarse otra leche. Así que allí estaba, viviendo en casa de sus padres, aunque ellos estaban encantados. Trabajando en el barrio y sin pareja. Todo un panorama.

Su madre sonrió y Tabitha alargó la mano para quitarle una hierba de su pelo negro— No te preocupes por mí.

—Estoy encantada de tenerte aquí y lo sabes. — Tabitha asintió— Pero quiero que empieces a vivir tu vida. Siempre estás pendiente de nosotros, sobre todo de tu padre. Desde que tenías dieciséis años echabas una mano en el taller y cuando sales de trabajar te pasas muchas veces para ayudar. No puedes seguir así. ¡No eres feliz! — se alejó y abrió un cajón de la cocina— Mira, he hablado con tu tutora del instituto. — Tabitha abrió los ojos como platos.

— ¡Mamá!

—Escúchame, ¿vale? Puedes ir a clases nocturnas y en dos años tendrás tu título de auxiliar de enfermería. —le enseñó un folleto y Tabitha suspiró. Cogió el folleto de sus manos y la miró asombrada. ¡El folleto tenía tres años!

— ¿Por qué me lo das ahora?

—Porque estás al borde de un ataque de nervios y es el momento apropiado. Antes pensabas que estabas bien. Ganabas dinero y tenías novio. Incluso pensasteis en casaros y te entró el pánico. Ahora estás preparada para cambiar tu vida.

— ¿Por qué he tocado fondo? — dijo divertida.

—Exacto. —la besó en la mejilla— Piénsatelo, ¿vale?

—Sí, mamá. — la agarró por la cintura antes de que se apartara— ¿Sabes cuánto te quiero?

Su madre se echó a reír mirándola con sus mismos ojos color violeta— Serás zalamera.

—Sí, lo soy. — la besó en la mejilla y se apartó dispuesta a comer algo. Volvió a abrir la nevera sacando algo de jamón para hacerse un sándwich.

—Cariño, ¿no esperas a la cena?

—Ceno fuera. He quedado. — le guiñó un ojo—Voy a la inauguración de Flash.

Su madre se sentó en una de las banquetas de la barra americana mientras ella se hacia el sándwich— ¿Vas con Kat?

—Sí, ha conseguido las invitaciones. Cenaremos algo antes de ir.

—¿Tendrás cuidado? Tendrás que venir desde Manhattan y...

—Tranquila, mamá. Es una ciudad muy segura y voy con Kat. Somos invencibles. — le dio un mordisco a su sándwich mirando a su madre.

—¿Por qué no te quedas a dormir en un hotel? No me gusta que subáis al metro de noche.

—He ido en metro muchas veces, mamá. No me pasará nada. Además, seguramente llegaré por la mañana. — dijo divertida —Así que habrá luz.

—¿Cómo aguantáis toda la noche bailando?

—Práctica, supongo. —Su madre se echó a reír mirándola como si fuera imposible — ¿Sabes algo de Teresa?

—Ha llamado hace una hora. Estaba en el aeropuerto porque tenía un viaje con su jefe a Londres, pero se ha cancelado el vuelo. No sé qué de una huelga de los de las maletas.

—¿Entonces vuelve? —preguntó con la boca llena.

—Sí. Llegará enseguida. — levantó una ceja— Al parecer vivís muy bien aquí y no me libro de ninguna de mis hijas.

—Menuda suerte tienes.

— ¡Hola! — la voz de Teresa llegó hasta ellas. Vieron entrar a su hermana en la cocina con un traje de chaqueta negro con una camisa blanca de seda— ¿Hay para mí? No he podido comer.

Sin dejar de comer, empezó a hacerle un sándwich a su hermana pequeña. Cuando le pasó el plato después de que cogiera una cola de la nevera y se sentara al lado de su madre, preguntó mirando sus ojos negros— ¿Cómo va el trabajo?

—Uff, mi jefe es un auténtico tirano, pero paga muy bien, así que cierro el pico. —se metió un mechón de pelo moreno tras la oreja y su madre las miró sonriendo.

—Hoy has salido pronto.

—Como no podíamos ir a Londres, no teníamos reuniones programadas para la tarde y me la ha dado libre.

—Y luego dices que es un tirano. — miró a su madre como si fuera una exagerada y Teresa se echó a reír.

—Vale, no es tan tirano. Pero sólo porque su amigo Clark le llamó y le invitó a no sé qué. Así que se ha ido a jugar al paddle y después se irá de fiesta con su amigo y dos tías impresionantes, seguramente. Por cierto, necesito ropa. ¿Mañana vamos de compras?

—¿Por qué no vas con tu novio?

Su hermana la miró con horror haciéndolas reír y Tabitha negó con la cabeza— No puedo. Le prometí a papá que le ayudaría con el Chevrolet. Ya que tenía el día libre...

Su madre chasqueó la lengua y Tabitha protestó— ¡No me mires así! ¡Vete tú con ella!

—Claro que iré.

Su hermana la miró como si quisiera matarla —Déjalo mamá. Iré con Lucy. — dijo mencionando a su mejor amiga.

—¿No quieres ir conmigo? — preguntó su madre asombrada haciendo reír a Tabitha.

Teresa se sonrojó —Mamá, es que siempre te gusta lo que parece de vieja.

Su madre la miró ofendida— ¡Menuda mentira! ¡Tengo un gusto exquisito!

Las hermanas se miraron mordiéndose la lengua. Tabitha todavía recordaba los abrigos de cuadros que les regaló en Navidad como si fueran gemelas —Claro, mamá.

—¿Prometes no criticar la ropa que a mí me gusta? — su hermana intentó arreglarlo.

Su madre chasqueó la lengua— Ya veremos.

Eso significaba que no y Teresa puso los ojos en blanco terminando el sándwich— Me voy a dar una ducha. He quedado con Vernon.

— ¡Dile que me debe veinte pavos! ¡Ganaron los Yankees!

—Pues espera sentada. Está sin un pavo con su capricho del coche nuevo. —dijo molesta porque en lugar de pedirle matrimonio y pensar en comprar una casa, se había comprado un coche carísimo, dejando a su hermana atónita después de cinco años de novios, pues esperaba su declaración.

Tabitha hizo una mueca viéndola salir y miró a su madre que ahora estaba preocupada de Teresa. Al parecer siempre tenía que estar preocupada por alguien.

—Mamá, me voy al taller.

— ¡Ni hablar!

— ¿Cómo?

— ¡Te vas a ir a casa de Melani para que te arregle esas horribles uñas!

Asombrada se miró las manos e hizo una mueca. Sus uñas estaban hechas un desastre y las tenía algo sonrosadas por estar siempre cogiendo carne fría del frigorífico. No tenía el trabajo con más glamour del mundo y ayudar en el taller no ayudaba.

—Vale.

— ¡Y que te depile las cejas! ¡Pareces un oso!

—Gracias, mamá. —dijo saliendo de allí a toda prisa antes de que dejara el sueldo en casa de Melani.

— ¡Y que te peine!

Casi salió corriendo de casa, pero la siguió hasta el porche— ¡Y que te depile las ingles! — gritó a pleno pulmón poniéndola como un tomate porque su vecina que estaba en el jardín podando un seto la miró.

Disimulando siseó— Buenas tardes, Susan.

— ¿Vas a ver a Melani?

—Pues sí.

—Pues dile que te maquille. —dijo siguiéndola por el jardín con las tijeras en la mano — A la prima de mi sobrina la maquilló para ir a la Ópera y allí encontró novio.

—Uhhh.

—Por probar no pierdes nada.

Aceleró el paso despidiéndose con la mano y cuando llegó dos casas más allá a casa de Melani, la mujer la miró como si fuera una aparición.

— ¡Al fin! — dijo levantando las manos al cielo— ¡Stelle, anula la cita con la señora Fletcher para depilarle los sobacos que tengo mucho trabajo!

Su hija corrió al teléfono y le guiñó un ojo viéndola pasar como si fuera al matadero.

Capítulo 2

Le hicieron de todo. Manicura, pedicura, le hicieron la cera dejándole las ingles ardiendo y las cejas. Además, sus rizos pelirrojos quedaron brillantes y perfectos después de pasar por sus manos. Melani la miró a través del espejo mientras la sujetaba los hombros— ¿Te maquillo?

—Bueno, soy toda tuya.

Cuando terminó con ella ni se reconocía— ¡Madre mía! —exclamó mirándose al espejo. Parecía una modelo.

— ¡Estás preciosa! Espera que te saco una foto para el muro.

Movió la cara de un lado a otro porque no parecía demasiado maquillada después de todo lo que le había echado— ¿Cómo lo has hecho?

—El secreto está en el corrector, cielo. Se hacen maravillas con él. Te he dejado los ojos de Elisabeth Taylor. ¡Vas a causar sensación!

Era cierto que sus ojos parecían más oscuros. Ya era extraño tener ese color de ojos siendo pelirroja, pero con el maquillaje resaltaban más y el contraste era sorprendente. Nunca había estado más guapa.

— ¡Cuidado con las uñas! — la reprendió Stella que con dieciséis años tenía un carácter...— Como me las estropees fregando o alguna chorrada así, te pego una paliza.

Melani le sacó una foto y dijo mirándola —Sonríe.

Sonrió a la cámara y su peluquera asintió —¡Te voy a poner en el centro!

—Hazme una copia. Ya te la pagaré. — dijo levantándose porque esa pinta no la tendría hasta que tuviera irse de boda o algo así —Me largo o llegaré tarde. Te pago el lunes, ¿vale? No tengo bastante efectivo y como no tienes tarjeta.

—No te preocupes. Dile a tu madre que la tarta de calabaza me ha salido muy bien.

—Vale.

— ¡Y no te toques la cara! — gritó Stelle en plan dictador.

Divertida volvió a casa y su madre que estaba haciendo la cena dijo desde la cocina— Cariño, ¿eres tú?

—Uno de ellos. — entró en la cocina y su madre se dio la vuelta con la cuchara de madera en la mano. La miró con la boca abierta — ¿Qué? — se llevó una mano a los rizos— ¿Estoy mal?

— ¡Morti! — gritó su madre sobresaltándola.

Su padre llegó corriendo con el periódico en la mano— ¿Qué? —la miró y después miró a su madre antes de girar la cabeza lentamente y mirarla como si le hubieran salido dos cabezas. Se llevó una mano a la cabeza y se quitó la gorra rascándose su pelo pelirrojo mientras la observaba atónito con sus ojos marrones. Carraspeó antes de mirar a su mujer y de repente se echaron a reír.

— ¿Qué? — preguntó indignada.

—Nada— su madre se acercó mirándola bien desde el pelo a su maquillaje. Cogió su mano para mirar sus uñas —Estás preciosa.

Suspiró de alivio— Jo, por un momento pensaba que me había gastado una pasta para nada.

—Hija, si estás así con esos horribles vaqueros y esa camiseta vieja no quiero ni imaginar cómo estarás cuando te vistas. —su padre la miró orgulloso— Esta noche vas a triunfar.

— ¡Papá!

Fue hasta la escalera subiendo las escaleras a toda prisa mientras se reían — ¡Ponte ropa interior sexy! —gritó su madre desde el hall.

— ¡Oh, por Dios! — protestó haciéndolos reír a carcajadas.

Escuchó llegar a Kat y gimió en ropa interior delante del armario.

—Vale, este. —dijo sacando una locura que le había comprado su madre en el mercadillo. Era un mono con el pantalón corto de raso negro. No se lo había puesto nunca porque no era muy práctico para cambiar el aceite o para cortar filetes. Se lo estaba abrochando cuando Kat riéndose entró en la habitación sin llamar.

—¿Todavía estás así?

Se puso las sandalias negras mirándola. Llevaba un vestido amarillo entallado que decía claramente busco guerra. — Ese vestido amarillo es un cartel luminoso. — se levantó divertida—Bien, ¿cómo estoy?

—Preciosa. Dices soy una chica responsable y sexy que busca un hombre atractivo y de buena posición que me adore para siempre.

—Vaya. — dijo cogiendo su bolso de mano negro.

—¿Y yo que digo?

—Quiero un polvo.

—¡Genial! Justo lo que quería. —iban a salir de la habitación cuando su amiga le dijo— ¿Me haces un favor?

—Sí, claro.

Junto sus manos rogándole con la mirada— Por favor, te lo suplico. No digas que eres carnicera.

—¿Por qué?

—Porque cada vez que lo dices te miran con horror y salen corriendo. ¡Es la profesión menos sexy del mundo! ¿Por qué crees que no ligas?

Se llevó una mano al pecho mostrando sus uñas rojas — ¿Crees que es eso?

— ¡Claro! Ningún tío quiere acostarse con una carnicera. Una modelo...sí. Una azafata... por supuesto. Pero una carnicera, no.

—Vale. No soy carnicera.

—Ni arreglas coches.

—Ni arreglo coches. —lo pensó seriamente— No puedo decir que soy ni modelo, ni azafata porque no se idiomas. ¿Enfermera?

Su amiga la miró con admiración— Vas aprendiendo. Todos quieren acostarse con las enfermeras.

—¿Y tú qué eres?

—Yo soy profesora. Todos quieren acostarse con las profes. — dijo como si fuera tonta —No tengo que fingir.

Suspiró siguiéndola escaleras abajo y su madre salió de la cocina a toda prisa—Estáis preciosas.

Le dio un beso a su madre y a su padre que estaba tras ella con un burrito en la mano— Pasarlo bien y ser malas.

— ¡Papá!

—¿Ves como tengo buen gusto? — preguntó su madre mirándole el mono— Tengo un gusto estupendo.

—Pues tienes razón. Hasta mañana...

Kat se reía y cuando salieron le dijo—Tienes los padres más enrollados que conozco. Tu madre me ha preguntado si llevo condones.

—A mí no me lo ha preguntado.

—Ah, yo puedo hacerlo, pero tú no. —dijo yendo hacia su coche.

—No es eso. Si quiero acostarme con alguien no van a opinar. Lo ven natural, pero preferirían que lo hiciera con alguien que me importe.

—Bueno, esta noche no hay reglas. Sólo pasarlo bien. —arrancó el coche mientras ella se abrochaba el cinturón.

—Eso. Quiero cogerme un pedo que no me reconozca.

Kat sonrió —Menudas clientas que tienes. — se echó a reír divertida— Cuando dijo lo de la Iglesia por poco me echo a reír.

—Dios, como odio mi trabajo. — susurró mirando hacia la acera donde dos niños pasaban en bici.

—El mío tampoco es para tirar cohetes. Los niños a veces me ponen de los nervios. — frenó en seco y le gritó a los chicos por la ventanilla— Billy Mathews, ¿dónde está el casco?

Asombrada miró a su amiga que daba miedo— En casa, señorita Zucker. —dijo el rubio deteniendo la bici.

— ¡A casa ahora mismo a por él!

El niño asintió viéndolas partir —Madre mía. Eres la sargento de hierro.

—Sino se te suben a la chepa. —hizo una mueca— Me apunto a ese pedo.

—Hecho.

Estaban en la cola de la nueva discoteca esperando para entrar mientras cotilleaban, cuando vieron pasar a dos tipos impresionantes. Se quedó mirando al moreno con la boca abierta porque era el hombre más sexy del mundo. Pasaron ante ellas charlando y Tabitha suspiró al ver lo bien que le quedaba la camisa blanca con las mangas enrolladas hasta los codos y su pantalón negro de vestir. Ya de espaldas a ella sus ojos bajaron a su trasero.

—Dios... —susurró sacando la cabeza de la cola para verle mejor. Estaba hablando con el portero y pudo ver su perfil claramente por las luces de la entrada. ¡Y qué perfil! No se podía ser más guapo. Tenía los labios finos y la nariz recta. Tragó saliva al fijarse en su oreja. Pequeñita y tan mona.

— ¡Eh! —dijo Kat cogiéndola del brazo para enderezarla— ¿Qué haces?

Tiró de su amiga hasta el borde de la fila y Kat perdió la sonrisa — Mierda ¿quiénes son esos macizos?

—Ni idea, pero me pido el de la camisa blanca.

—Ja. — dijo la que estaba detrás.

Se volvieron y varias chicas les observaban. Una rubia teñida reía cruzándose de brazos— Ponte a la cola, rica. Es mío.

—Más quisieras. — se volvió ignorándola y miró a su amiga fijamente— Bien, ¿qué hacemos?

—El rubio me parece bien.

— ¿Qué rubio?

—Su amigo. Es mono.

— ¡Céntrate Kat! — avanzaron en la fila — ¡Necesitamos una estrategia! ¡Hay mucha competencia!

Su amiga miró a su alrededor y chasqueó la lengua. Volvió a sacar la cabeza, pero ya habían entrado —Vale, vamos a ser prácticas. Nos acercamos y nos presentamos. No podemos dejar que se acerquen ellos, porque se les aproximarán cincuenta tías antes de que nos miren siquiera.

— ¿Nos presentamos? — Tabitha no estaba muy convencida — Seguro que se le han presentado varias a estas horas. Ya están dentro. —Kat sonrió maliciosa — ¿Qué?

—Tranquila, déjame a mí.

Gimió no queriendo saber lo que iba a hacer. Sólo quería que lo hiciera y tuviera la oportunidad de hablar con ese hombre.

Impaciente esperó a que las dejaran pasar— ¿Nos acaban de pasar un detector de metales?

—Hay que ser precavido. —dijo su amiga divertida —Al menos sé que no nos van a pegar un tiro.

—Muy graciosa. — entraron por un pasillo iluminado de azul sobre la cerámica blanca mientras oían la potente música al fondo—Vaya, esto es genial. —de repente el pasillo se acabó y vieron a través de una barandilla una especie de foso donde multitud de personas bailaban — ¡Esto es la leche! — dijo asombrada mirando el lujo de la decoración.

Kat se echó a reír y la cogió del brazo tirando de ella hacia los ascensores acristalados que bajaban. Una enorme barra rodeaba la fosa y varias mesas estaban ubicadas formando círculos alrededor de la pista que era gigantesca. El local era enorme y no tenía ni idea de cómo iban a encontrarlos allí. Se detuvo antes de entrar en el ascensor

— ¿Qué? — preguntó su amiga al verla mirar por la barandilla.

—Abajo no los encontraremos. ¡Hay mucha gente!

Kat lo entendió y se puso a mirar con ella para localizarlos — ¡Allí! —gritó señalando una de las mesas. Tabitha miró a su objetivo que sonreía a una morena que se había acercado a la mesa.

— ¡Mierda, date prisa! — cogió a su amiga de la muñeca y corrieron al ascensor. Se tiraron al cristal para seguir mirando y Kat protestó— ¡Esas tías se sientan!

— ¡No, no! — vio como la morena se sentaba al lado de su chico y la muy cabrita reía por algo que él había dicho — Mierda.

—Tranquila. Eso lo arreglo yo. — Kat miró a los chicos como si tuviera una misión en la vida y Tabitha gimió por lo que iba a hacer.

Kat la cogió por la muñeca y atravesaron la pista para llegar antes. Tabitha se puso nerviosa cuando llegaron a su lado, pero su amiga puso los brazos en jarras mirando al rubio como si hubiera hecho algo horrible— ¡Mare!

El hombre que estaba hablando con una rubia levantó la vista distraído mientras que Kat le miraba como si fuera a matarle— ¿Para esto querías la noche libre?

— ¿Qué?

La rubia miró al tipo asombrada— ¿Estás casado?

— ¡Menos mal que Tabi me ha dicho que quería salir para ver lo mentiroso que eres!

— ¡Serás cerdo, estás casado! —dijo la rubia levantándose para su asombro. Tabitha le echó un vistazo al moreno, que las miraba como si estuvieran chifladas.

Aquello no iba bien —Vamos, Kristy. —la morena negó con la cabeza, pero la rubia la cogió levantándola de golpe— ¿No ves que si son amigos serán iguales? No me provoques o se lo digo a mamá.

Se volvieron para verlas partir y al volver a mirarlos sonrieron radiantes mientras que ellos no parecían nada contentos.

—Hola. —dijo Kat comiéndose con los ojos al rubio mientras Tabitha sonreía tímidamente al moreno. El tipo la miró, pero no le debió causar demasiada buena impresión porque volvió a mirar a Kat.

— ¿Se puede saber qué estás haciendo? — preguntó el rubio levantándose enfadado.

—Ayudarte.

— ¿A qué?

—A conocerme. — dijo Kat sonriendo seductora —Dentro de unos quince minutos me ibas a ver bailar en la pista e ibas a querer conocerme, así que te he ahorrado el trabajo.

El rubio no pudo evitar sonreír y se giró al moreno que puso los ojos en blanco.

—Me llamo Kat y ella es Tabitha. — dijo antes de sentarse revelando parte de su muslo al subírsele el vestido.

—Yo soy Clark y él es Dillan.

Tabitha miró a Dillan y sonrió. Él bufó al verla sentarse al lado —Hola, Dillan.

—Mira. Puede que a mi amigo, que no tiene ninguna personalidad, esta payasada le haya parecido bien. Pero a mí me ha parecido algo bastante ridículo. —la miró a los ojos y vio que los tenía verdes— No me gustan las pelirrojas, así que te agradecería, que si quieres ligar, no pierdas el tiempo conmigo.

Tabitha se quedó con la boca abierta y miró a su amiga que reía como una tonta hablando con Clark. Se sonrojó intensamente por sus palabras y procuró que no se notara su vergüenza diciendo— Vale, pues disfruta de la noche. ¿Pero puedo sentarme en la mesa o tengo que irme a la barra?

Dillan chasqueó la lengua molesto mirando a su alrededor— Puedes quedarte, pero no te sientes a mi lado.

Sería gilipollas, se volvió mirando a la pista ignorándole y cruzó sus preciosas piernas— Tabi, ¿qué quieres beber?

Se volvió hacia Kat— ¡Un gin-tonic!

—Perdona. —Tabi vio a alguien ante ella y sonrió al ver a un chico rubio, pero demasiado musculoso para su gusto— ¿Quieres bailar?

—Claro. — se levantó cogiendo su mano y mirando hacia Dillan dejó el bolso en la mesa— ¿Me lo cuidas?

Dillan entrecerró los ojos viéndola ir hacia la pista moviendo las caderas. Sonrió al chico, aunque no recordaba ni su nombre y bailaron dos canciones muy movidas, así que ni se rozaron. Cuando volvía a la mesa, le puso una mano en la parte baja de la espalda y le susurró al oído —Bailas muy bien, preciosa.

Ella sonrió y la cogió de la mano para sentarla como todo un caballero. Se acercó a su oído y le susurró — Si quieres puedo esperar a que te quites a ese tipo de encima.

Sorprendida miró a Dillan, que los observaba como si estuviera cabreado— Oh, se sentiría muy solo.

El tío hizo una mueca y le guiñó un ojo apartándose. Sonriendo cogió su copa y bebió de la pajita. Levantó los párpados y vio que Dillan no le quitaba ojo— ¿No lo pasas bien? — se pasó la lengua por su labio inferior recogiendo una gotita de bebida y él entrecerró los ojos.

—Lo pasaba estupendamente hasta que aparecisteis.

—Vaya, lo siento. ¿Quieres bailar? Igual te animas. —deseando que dijera que sí le miró a los ojos y él se acercó sorprendido — ¿Qué? —se llevó la mano debajo del ojo— ¿Tengo algo?

— ¿Llevas lentillas?

—Veo bien. No las necesito.

—Tienes los ojos de un color extraño. ¿Son lentillas de colores?

— ¡No! — sonrió divertida— Son todo míos.

—Lo dudo. — dijo molesto mirando a su alrededor.

Molesta le dio un codazo a Kat— ¿De qué color tengo los ojos?

Su amiga miró a Dillan—Azules violáceos. Tenías que ver las bromas que le gastaban en el colegio. Decían que era extraterrestre porque tenía el pelo mucho más rojo.

—Gracias, amiga. —bebió de su copa y miró de reojo a Dillan que miraba a su alrededor como si aquello le importara muy poco. Decepcionada porque esperaba que algo de ella le gustara, se volvió a girar y cuando un tipo se acercaba a ella, la cogieron por la muñeca levantándola. Sorprendida vio que era Dillan— ¿No decías que no querías bailar?

—He cambiado de opinión. — la cogió por la cintura y Tabitha sonrió llevando las manos a sus hombros.

Al ver que casi no se movía se dio cuenta porque no bailaba. No sabía bailar y estaba tenso. Sonrió para relajarle— Cuéntame algo de ti.

— ¿Qué quieres saber? — preguntó con desconfianza.

—No sé. ¿Te gusta el béisbol?

—Eres primera mujer que me pregunta eso.

— ¿De veras? Pues yo soy fan de los Yankees.

—Entonces te alegrará saber que soy abonado. —respondió distraído.

Ella jadeó — ¡Me estás mintiendo! —le cogió de la barbilla para que la mirara— ¿Tienes entradas para el partido del sábado?

—Voy a ir con Clark.

—Vamos, no fastidies— protestó ella— Te la compro. —Dillan la miró divertido — Te doy ... cien pavos.

—Ya se lo he prometido y cien pavos son de risa para ese partido.

—Doscientos.

—Olvídalo. No voy a dejarle tirado.

Gimió mirándole con resentimiento— No me puedo creer que te vayas con él. Yo soy más divertida.

Él levantó una ceja— Lo dudo.

—Tú dudas muchas cosas, ¿verdad?

—Constantemente. ¿Nos sentamos?

—Ni hablar. — le sujetó de los hombros impidiéndole moverse— Negociemos. Debe haber algo que quieras. —se iba a ofrecer como mecánica, pero le había prometido a Kat que mantendría la boca cerrada.

—Quiero sentarme.

— ¿Entonces para qué me has sacado a bailar? — atónita vio como la dejaba en medio de la pista con la palabra en la boca. Decepcionada vio la señal luminosa que indicaba donde estaban los baños y fue hasta allí. Estupendo, había una cola enorme. Se pasó más de media hora esperando y después de entrar, se lavó las manos mirándose al espejo. Hizo una mueca al ver sus ojos y salió yendo hacia la mesa donde Dillan estaba sonriendo de oreja a oreja hablando con la rubia oxigenada que en la cola se había reído de ella. Se sentó en la mesa a su lado y Dillan la miró— Tabitha, ella es Roxi.

Sólo podía tener un nombre así con esas tetas de silicona que le llegaban al cuello— Encantada, Roxi. — dijo molesta para después ignorarlos mirando a Kat que también estaba molesta por el poco caso que le hacía Dillan.

—Tabitha, me ha dicho Kat que eres enfermera. Os admiro mucho. — dijo Clark sonrojándola por la mentira. Kat le hizo un gesto para que disimulara— Yo no puedo ver la sangre.

—Pues yo la veo todos los días. — dijo divertida porque era cierto.

—También me ha dicho que juegas estupendamente al póker.

Parecían que habían hablado más de ella que de ellos— Cuando quieras te desplumo.

Clark se echó a reír y Kat le dio un golpe en el hombro—No te rías, es buenísima. Nadie del barrio quiere jugar con ella.

— ¿De veras? Pues nosotros jugamos todos los domingos por la tarde si no estamos en un viaje de trabajo.

— ¿Y en qué trabajas?

—Soy asesor financiero y trabajo para Dillan.

Miró a Dillan que estaba más atento a su conversación que a la rubia que le hablaba al oído. Le ignoró para volver a mirar a Clark— Pues cuando quieras jugamos, aunque mi sueldo no me permite grandes apuestas.

—Sólo lo hacemos para divertirnos.

— ¿Dónde trabajas? — preguntó Dillan sorprendiéndola— ¿En qué hospital?

—No trabaja para ninguno. Es enfermera de apoyo. —dijo Kat rápidamente antes de meterse en un lío.

— ¿De apoyo?

—Esas que van por las casas para controlar a los pacientes. — dijo ella para no parecer idiota —Realizo seguimiento.

— ¿Así que eres freelance?

—Exacto.

—Mira Dillan, lo que necesitas.

Kat y Tabitha se miraron gimiendo interiormente y Dillan se adelantó en la mesa— Mi abuela necesita a una enfermera, pero tiene que ser las veinticuatro horas.

Va a salir del hospital de una operación de cadera y necesita ayuda. Iba a llamar a una agencia, pero si puedes hacerlo tú...

—Claro que puede. — dijo Kat a toda prisa —Hasta estudió un semestre de medicina.

—Kat...

—Venga... — su amiga la miró como si fuera idiota— Para ti está tirado y seguro que pueden permitirse tus tarifas nocturnas.

—El dinero no es problema. — dijo Dillan mirándola fijamente.

Se mordió su grueso labio inferior sin saber qué hacer. ¿Es que estaba loca?

Una chica chilló a su lado y ella vio que se había hecho un corte en la pierna cuando había caído un vaso. Sin pensarlo se acercó cogiendo unas servilletas de la mesa y la hizo sentarse en su sitio mientras se agachaba tapando la herida — Tranquila. — dijo sonriendo— No es nada. —apartó las servilletas y vio que necesitaría puntos —Kat, dame servilletas. —dijo alargando la mano.

— ¿Es médico? — preguntó la chica preocupada.

—Es enfermera. — Dillan se puso a su lado mientras ella presionaba la herida. Un chico se acercó a toda prisa. Debía ser su novio y le preguntó a la chica si estaba bien.

— ¿Eres su novio?

El chico asintió— Va a necesitar unos cinco puntos, pero no es nada, no tiene que preocuparse. Tiene que llevarla al hospital para que la curen.

—Bien.

—Y presiónale la herida para que deje de sangrar.

El chico la cogió en brazos mientras que una amiga que también se había acercado y escuchado sus instrucciones le presionaba las servilletas en la pierna. Sonrió incorporándose y Dillan le dijo — ¿Cuándo puedes empezar?

Le miró como si estuviera mal de la cabeza— ¡No voy a trabajar para ti!

— ¡No fastidies, te pagaré bien!

Ella se miró las manos y tenía algo de sangre en la derecha— Voy a lavarme.

—Te esperamos aquí.

Estaba lavándose las manos cuando su amiga se puso a su lado— ¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre insinuar que puedo trabajar con él?

— ¡Es un trabajo que está chupado! Y te pagaré bien. Eso por no decir que él estará cerca.

—Definitivo, te enviaré al siquiatra. — la cogió por el brazo alejándola de la gente— ¡Eso que quieres que haga es un delito! ¡No estoy cualificada como enfermera!

—Eso él no lo sabe. ¡Sólo tienes que cuidar a una mujer que se ha roto una cadera, no es una operación de corazón abierto! — entrecerró los ojos— Y estará él que irá a visitar a su querida abuelita.

—No le gusto. Esto es una locura.

—Pues por una vez haz una locura.

— ¡Ya hice unas cuantas en la universidad y mira como me ha ido!

—Mira. Eso fue hace mucho. ¡Vivirás en Manhattan!

Suspiró frustrada— No voy a dejar mi trabajo...

—Tu trabajo no te gusta. ¡Sólo tendrás que cuidar a una mujer! Ahora sal ahí y acepta el trabajo con una sonrisa. ¡Si no funciona, te vas y vuelves a cortar vacas en filetitos!

—No sé...

Kat la señaló con el dedo— ¡Oh lo haces y te espabilas o no te hablo más! —salió del baño dejándola con la boca abierta. Cuando llegó a la mesa, la rubia ya no

estaba y Dillan miró hacia ella impaciente.

—¿Pedimos otra copa? — preguntó Clark—Después de ver la sangre creo que la necesito.

—Oh, pobrecito. — dijo Kat con cara de pena.

—¿Y bien?

Miró a Dillan a los ojos— No sé si será buena idea trabajar para ti.

—Mil a la semana. —Kat jadeó y Tabitha no supo qué decir— Estarás veinticuatro horas disponible para la abuela durante su convalecencia. Dure lo que dure.

—¿No tendré días libres?

—No. A no ser que vaya su hermana que la entretendrá un rato y podrás salir a tomar el aire si quieres. Pero el resto del tiempo eres toda suya.

Miró de reojo a Kat que le hizo un gesto con la cabeza. La verdad es que era una pasta y además estaría él. No podía ser tan difícil— ¿Y cuándo tendría que empezar?

—Sale del hospital el domingo o el lunes— metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón sacando la cartera—Aquí tienes mi número, así que llama mañana por la mañana para asegurarte.

—¿Dónde viviré?

—Hay una habitación al lado de la suya. Estarás cómoda durante tu estancia. —la miró a los ojos— ¿Alguna pregunta más?

Miró a su amiga que se encogió de hombros —No. De momento no.

Dillan sonrió satisfecho y a Tabitha se le pusieron los vellos de punta. Dios, que guapo era.

—Bien, me largo. He quedado. — dijo levantándose dejándola con la boca abierta.

—¿Has quedado? — Clark le miró divertido— ¿La rubia?

—Estará impaciente en la puerta.

Tabitha sintió algo en su interior que no le gustó nada. Celos —Llámame mañana, Tabitha. —dijo como un jefe y no como un amigo.

—Bien. — susurró viéndolo irse a toda prisa.

Aquello era increíble. No le interesaba nada en absoluto, hasta el punto que se iba a acostar con otra cuando ella llevaba allí dos horas. ¡La rubia sólo necesitó unos minutos! Mierda de vida.

Miró a su amiga que hizo una mueca. Se sentía como la tercera en discordia porque se notaba que entre ellos había química, así que después de diez minutos le dijo a su amiga— Me voy a casa.

—No, no te vayas todavía. — dijo sujetándola de la mano.

—Sí, estoy algo cansada y... —miró a Clark que estaba mirando el móvil.

—No te vayas por eso. — susurró su amiga —Baila con algún chico.

—No, de verdad. La noche ha perdido toda la gracia.

—Lo siento. — Kat la miró con pena y ella se encogió de hombros sin darle importancia —Te llamo mañana.

Se despidió de Clark que parecía sorprendido de que se fuera y le dio la mano —Seguramente te volveré a ver si vas a trabajar para Dillan.

—Pero trabajaré para su abuela.

—Claro, en su casa. — le miró como si no entendiera— En casa de Dillan en el West Side. Su abuela no vive en Manhattan, así que tendrá que quedarse aquí durante la rehabilitación. ¿No te lo ha dicho?

—No. — dijo sorprendida mirando a Kat que tras él levantó los pulgares —No me lo había dicho.

—Estarás muy bien. Es una casa estupenda.

Aunque durmiera en el suelo sólo por verle todos los días merecería la pena.

—Bueno, pues ya nos veremos.

—Hasta luego, Tabitha. —la miró de una manera que la hizo entrecerrar los ojos. Como si le interesara, pero eso no podía ser porque estaba con Kat.

Capítulo 3

Alejando esos pensamientos, salió de la discoteca y se dirigió hacia la boca de metro. Tuvo que hacer dos trasbordos hasta llegar al que le llevaría a Brooklyn y se sentó en la estación a esperar que llegara el metro que seguramente no tardaría. Suspiró pensando en Dillan y su proposición sin darse cuenta de que estaba sola en la parada, cuando bajaron dos chicos por las escaleras hablando muy alto y golpeándose el uno al otro mientras se reían. Tabitha se tensó al ver que no había nadie más allí y de reojo vio como uno le golpeaba al otro en el brazo mirándola. Se echaron a reír después que el otro, que tenía un tatuaje en el brazo, la mirara. Mierda, iba a tener problemas. Sabía que si salía corriendo la cogerían antes de llegar arriba, así que tenía que enfrentarse a ellos. Esperaba que no se pasaran demasiado, porque eran dos contra una.

Se acercaron con chulería— Pero mira que cosa más preciosa.

Tabitha gruñó por lo bajo y levantó la vista para enfrentarlos— ¿Hablas conmigo?

Él del tatuaje se echó a reír y ella pudo ver claramente que estaban bebidos. Les miró de arriba abajo. Parecían imitadores baratos de pandilleros, con los pantalones enormes y camisetas de baloncesto.

— ¿Cómo te llamas, ricura? — preguntó el cabecilla mientras el del tatuaje seguía riéndose como un idiota.

—No te importa. Ahora alejaros antes de que me cabree.

—La pelirroja tiene carácter. — dijo el del tatuaje acercándose y sentándose a su lado. Puso su brazo en el respaldo del banco y le cogió uno de sus rizos — Me pregunto si será pelirroja natural.

Ella se levantó de golpe— ¡No me toques! — le gritó.

Aquellos idiotas se echaron a reír y el del tatuaje dio un paso hacia ella— ¿Me pone que se cabreen y a ti, León?

—Me la ha puesto dura. Mira qué piernas. Debe gritar como una loca cuando se corre.

Tabitha no sabía qué hacer — ¡Dejarme en paz!

El del tatuaje miró a su alrededor y le hizo una seña al otro que sorprendiéndola alargó la mano agarrándola por el antebrazo. Tabitha gritó intentando soltarse, pero el otro la cogió por el otro brazo con fuerza.

—Mira cómo se resiste, Stan. —se echaron a reír y tiraron de ella hacia la pared — Vamos a averiguar si es pelirroja auténtica.

Le estaban haciendo daño en los brazos y cuando el que no tenía tatuaje alargó la mano tocándole un pecho, se puso a gritar como una loca pateando.

— ¡Eh! ¿Qué coño estáis haciendo? — los tipos la soltaron mirando hacia la escalera por donde bajaba un policía corriendo.

— ¡Vamos tío! — dijo el del tatuaje echando a correr por el andén.

El policía gritó — ¡Deteneos! —la miró señalándola — ¿Está bien?

—Sí.

El policía sujetándose la pistolera salió corriendo tras ellos y Tabitha se pasó las manos por el cabello viendo que le temblaban. Se había librado por los pelos. Los brazos le ardían y se los miró. Los tenía sonrosados. Se pasó las manos por ellos y en ese momento llegó el metro. Entró en él a toda prisa deseando llegar a casa.

Gimió cuando se despertó al día siguiente cuando la luz la molestó. No se había acordado de cerrar las cortinas. Ya desvelada miró el techo y su primer pensamiento coherente fue que se suponía que tenía que llamar a Dillan, pero no pensaba hacerlo. Aquello era una locura que más valía que frenara cuanto antes.

Se levantó y en pijama corto bajó al piso de abajo. Sonrió al escuchar a su madre en la cocina y fue hasta allí —Buenos días. — susurró acercándose y dándole un beso en la mejilla.

—Ayer llegaste pronto. —la miró de arriba abajo y jadeó al verla coger una taza para el café.

Sorprendida la miró— ¿Qué?

—¿Qué es esto? — la cogió del brazo y Tabitha bufó al ver que tenía los dedos marcados en ambos brazos por los tipos de la noche anterior —Dios mío ¿Qué te

pasó anoche? — le cogió el otro brazo girándose para mirarla bien.

—Unos tipos en el metro. —su madre la miró con esos ojos de ya te lo decía yo — Pero estoy bien. La policía les sorprendió.

—¿Les denunciaste?

—No me molesté. Además, no sabía que me saldrían los morados. —se giró y cogió la cafetera.

—Te dije que...

—Mamá. Ya pasó. —tomó un sorbo de café— De verdad, qué vaya noche más rara que he tenido.

—¿Y eso?

—Conocí al hombre más atractivo del mundo.

—Buenos días. — su hermana entró sonriendo en vaqueros y camiseta.

—Espera, tu hermana me ha dicho que ha conocido al hombre más atractivo del mundo.

—Ese mito no existe.

— ¡Sí que existe! — se sentó en la mesa mirando a su hermana— Es guapísimo. Moreno de ojos verdes y viste... — suspiró—No os quiero hablar del trasero que tiene. Es perfecto.

Teresa se echó a reír mirando a su madre, que encantada se sentó a su lado—Cuéntanos. Cómo es de carácter.

Ahí llegaba la parte negativa— Me dijo nada más conocerme que no le gustaban las pelirrojas y después me ofreció trabajo. — la cara de pasmo de su madre era de risa.

—Explicate. — dijo su hermana interesada por lo del trabajo. Estaba deseando que dejara de ser carnicera y trabajara en algo mejor.

Ella divertida por su interés les contó todo lo que había pasado sin omitir nada. Su madre puso los ojos como platos cuando le dijo que era enfermera mientras su hermana reía a carcajadas. Cuando explicó que su abuela se había roto la cadera, que buscaba enfermera y que Kat la había presionado para que dijera que sí, su hermana perdió la sonrisa mirándola atónita — ¿Cómo dices que se llama ese tipo?

Su madre y Tabitha la miraron— Dillan.

Su hermana gritó mirándola con horror— ¿Dillan Connors?

La sonrisa de Tabitha fue desapareciendo lentamente— ¿Cómo se va a llamar Dillan Connors? Sería tu jefe y...

Su madre se tapó la boca asombrada y Tabitha corrió escaleras arriba para buscar su bolsito.

— ¡Cómo sea mi jefe te mato! — gritó su hermana furiosa— ¿Sabes lo que has hecho?

— ¡No me pongas nerviosa! ¡No he hecho nada!

Cogió el bolso y sacó la tarjeta a toda prisa. Al ver su nombre con letras doradas gimió sentándose en la cama. Su hermana le arrebató la tarjeta — ¡Joder! — tiró la tarjeta sobre la cama mientras su madre las miraba preocupada desde la puerta— ¡Estupendo! ¡Esto es estupendo!

— ¡No le llamaré y ya está!

— ¿Cómo que ya está? ¡A estas horas tu amiga Kat seguro que ya le ha dado su teléfono a Clark! ¡Si no le llamas, te llamará él! ¡Y cuando Dillan quiere algo, lo quiere ya! ¡Es capaz de presentarse en casa!

— ¿Estáis en un lío? — preguntó su madre entrando en la habitación.

— ¿Un lío? Esto es un follón de primera. — su hermana se pasó la mano por la frente—Vale, relax. — tomó aire mirándola fijamente— Tienes que aceptar el trabajo y en unos días das una excusa para irte. O provocas que te despidan.

— ¿Por qué? — Tabitha la miró como si estuviera mal de la cabeza.

— ¡Porque como se entere de que eres mi hermana, me echará de una patada en el culo, pensando que yo te he contado lo de su abuela! — le gritó furiosa— ¡Pensará que hemos organizado todo esto con un plan oculto o algo así!

—Hija, lo dices como si fuera un paranoico.

— ¡Porque lo es! — fulminó con la mirada a su hermana— ¿Por qué crees que dijo esas cosas cuando le dijiste lo de los Yankees? ¡Estaba seguro que sólo decías que te gustaba el béisbol para intentar ligártelo, no porque realmente te gustaba!

—Eso es un poco retorcido.

—Estoy segura que vuestra manera de sentaros en su mesa le sentó como una patada en el estómago— Tabitha se sonrojó— Y a partir de ahí desconfió de todo.

Tabitha recordó cuando decía continuamente lo dudó y gimió pasándose la mano por los ojos —Hasta dudó que mis ojos fueran de verdad.

— ¿Ves? ¡Es desconfiado por naturaleza! ¡Por eso es tan bueno en su trabajo! Se encarga de buscar cada resquicio de falsedad para descubrir si un negocio tiene posibilidades. A veces es tan meticuloso que da miedo.

—Entonces me investigará. — dijo asustada.

—No porque le demostraste al ayudar a esa chica que eras enfermera. — dijo su hermana sonriendo —Además no fuiste tú la que dijiste que eras enfermera si no Kat. Sobre tu profesión ya no duda de ti. Sino no dejaría que te acercaras a su abuela ni a cien metros.

—Madre mía, qué lío. —dijo su madre preocupada.

— ¡Pero como se entere de que eres mi hermana, unido a vuestra manera de presentaros, a que le dijeras que eras aficionada a los Yankees... — miró a su hermana — ¡Pensará que todo te lo he dicho yo para que consiguieras el trabajo o yo que sé! ¡Me echará de inmediato!

Tabitha miró a su madre— Pero no soy enfermera. Me pillarán.

—Tienes dos días para saber todo lo que necesita una enfermera de una rotura de cadera. — su hermana la miró fijamente — ¡Y más vale que te espables, porque no quiero perder ese empleo!

Su madre de repente se echó a reír dejándolas atónitas y ambas la miraron como si estuviera mal de la cabeza — ¡Mamá!

—Lo siento, pero es que es una coincidencia tan absurda que no puedo evitarlo.

Teresa chasqueó la lengua y la señaló con el dedo— Y te lo advierto. No te acuestes con él.

Se sonrojó intensamente— No pensaba hacerlo.

—Es el hombre más atractivo del mundo. —dijo burlándose de ella— Es un picaflor que nunca sentará la cabeza. Le he visto salir con tantas mujeres, que sería imposible contarlas y además eres una empleada. Eso es sagrado para él. Nunca te tocaría, pero vivirás en su casa. — la fulminó con sus ojos negros— ¡Nada de intentar ligártelo!

— ¡Vale!

Su hermana se cruzó de brazos evaluándola— Joder, en qué lío nos has metido.

— ¡No lo he hecho a propósito!

—Pero vas a pagar tu penitencia, eso seguro.

— ¿Qué quieres decir?

Teresa sonrió—Todavía no conoces a la abuela. La señora Connors tiene un carácter mil veces peor que el de su nieto.

—Eso es una ventaja para dejar el trabajo. — dijo su madre sonriendo —En dos días dices que no la aguantas y te vas.

Tabitha suspiró de alivio y Teresa hizo una mueca — ¡Procura no caerle bien a la vieja porque entonces no te soltarán!

—Me iré si quiero. ¡Este es un país libre!

—No conoces a Dillan. Cuando se le mete algo en la cabeza...—miró el móvil sobre la cama— Llámalo ya.

— ¿No estará dormido? Se fue con la rubia y...

—Casi no duerme. Tiene el metabolismo de un superhéroe. — dijo su hermana ácida — Estará trabajando en el despacho de su casa.

Nerviosa marcó el número de teléfono de la tarjeta y se lo puso al oído mirando a su hermana— Connors.

—Soy Tabitha. —dijo algo nerviosa.

—Ah, sí. Al final le darán el alta el lunes al medio día.

—Había pensado que...

— ¿Te vas a echar atrás ahora? — preguntó indignado. Su hermana negó con la cabeza.

—Es que todo esto ha sido algo precipitado.

— ¡Tienes un compromiso verbal!

— ¿Compromiso verbal?

Teresa abrió la boca atónita y susurró— ¡Dile que sí!

— ¿No sabes lo que es un compromiso verbal? Pues hay testigos que te vieron decir que sí trabajarías para mí. Además, te voy a pagar una pasta. ¡No sé a qué viene esto! — parecía enfadado y Tabitha miró a su hermana con pánico en los ojos.

Su hermana asintió y susurró al teléfono —Sí.

— ¿Sí qué?

—Que si voy a trabajar cuidando a tu abuela. — su hermana la miró con alivio.

—Bien. Pues entonces te quiero en el cincuenta y dos de la setenta y uno oeste el lunes a las diez de la mañana.

—Vale.

— ¡Y no llegues tarde! ¡Tenemos que ir a buscar a la abuela al hospital!

—Muy bien. — susurró porque estaba cabreado —Llevaré las maletas.

—Bien. —dijo antes de colgar. Sorprendida miró el móvil.

—Siempre cuelga así. — dijo su hermana aliviada.

—Pues debería aprender a despedirse. — dijo molesta.

Su madre miró a una y luego a la otra— ¿Estáis seguras de lo que hacéis?

— ¡Sí!

— ¡No!

Las hermanas se miraron y se pusieron a discutir a la vez, dando cada una sus razones sin escucharse realmente.

—Voy a hacer el desayuno. — su madre salió de la habitación.

—Esto es un error.

Teresa la miró a los ojos— Si algo sale mal y se entera, me costara muchísimo encontrar un trabajo como ese. Nadie paga como él. — junto las manos— Por favor.

Solo serán un par de días y después dices que no estás contenta y te vas.

— ¿Y mi trabajo?

— ¡Puedes encontrar otro como ese, pero yo no!

En eso tenía razón. En cuanto la competencia se enterará que no tenía trabajo, la llamarían de inmediato —Está bien.

—Pues vístete y a la biblioteca, que tienes mucho que estudiar. — dijo resolutiva.

—Tengo que ayudar a papá con el Chevrolet.

La cogió por los hombros— Céntrate, Tabitha. El coche puede esperar. Estudiar lo que puedas, no.

—Muy bien. Le llamaré para contarle que no puedo ir.

Se pasó todo el fin de semana estudiando lo que tenía que hacer para cuidar a un paciente con rotura de cadera. No sabía la técnica que habían usado para operarla, así que tuvo que estudiar todas las posibles complicaciones de todos los procedimientos. Su hermana se pasaba a veces por la habitación para comprobar que estaba estudiando. Afortunadamente en sus seis meses en la carrera de medicina, había aprendido a poner un catéter o una inyección y eso pudo ahorrárselo.

El lunes por la mañana un taxi la dejaba ante la casa de Dillan y tragó saliva cogiendo la maleta que le daba el taxista, recordando los consejos de su hermana antes de irse a trabajar.

— Crúzate con él lo menos posible. Yo te llamaré cuando salga del trabajo para que estés preparada. Dentro de dos días dices cualquier excusa y te largas con viento fresco.

—Vale.

Preocupada porque después de llamar a la carnicería ahora estaba sin trabajo, llamó a la puerta. Menuda bronca había tenido que soportar de su jefa por dejarla tirada a última hora. Cuando se abrió la puerta se sobresaltó y vio a una mujer de unos cuarenta y tantos con el cabello castaño muy corto, vestida con una bata azul de asistente— ¿Sí?

—Soy Tabitha, la enfermera.

—Oh, pasa. Te está esperando. — dijo haciéndose a un lado. Entró en la casa como si temiera que la atacaran en cualquier momento y la mujer se echó a reír—

Tranquila no te comeremos.

Forzó una sonrisa— No, claro. —intentó aparentar aplomo, pero casi le temblaban las piernas por el lío en el que se estaba metiendo.

—Yo soy Danae.

—Que nombre más bonito.

—Es griego. — le guiñó un ojo yendo hacia las escaleras— Ven, que te enseñe tu habitación.

Subieron las escaleras mientras ella miraba la decoración, que era algo clásica para su gusto. Al ver una silla estilo francés forrada de seda, pensó que debía ser una antigüedad. No le pegaba esa decoración para un hombre como Dillan. Le pegaba más un loft en el Soho que aquello.

El retrato de un hombre en la escalera le llamó la atención porque parecía antiguo, pero igualito a Dillan.

—Es el abuelo Connors.

—Se parecen mucho.

—Y en todos los sentidos. — dijo Danae divertida— Su abuela dice que tienen el mismo carácter y que por eso ella tenía que tener esa mala leche, para que no se le subieran a la chepa.

— ¿La paciente tiene mala leche?

Danae levantó una ceja y a Tabitha se le pusieron los pelos de punta —Ven por aquí. — le mostró un pasillo a la derecha.

—Esta casa es enorme. — dio al ver el fondo del pasillo.

—Diez habitaciones sin contar las del servicio de la planta baja. Yo tengo una y la otra esta libre porque Dillan no tiene chofer.

— ¿Hay habitación para el chofer?

—La señora lo tuvo hasta que se fue a vivir a los Hamptons. Le encanta el mar y vive allí casi todo el año.

—Así que es la casa de su abuela. No de Dillan. —ahora entendía la decoración. Seguramente él no cambiaba nada para no disgustar a su abuela.

—Pues sí, es la casa familiar, aunque sólo la utiliza el jefe. — abrió la tercera puerta de la derecha y Tabitha se quedó con la boca abierta. Era como entrar en otro siglo. Hasta la cama tenía un dosel con cortinas de hilo blanco a juego con el faldón del tocador.

— Dios mío...— dijo mirando el tocador de tres cuerpos —Me da miedo tocar nada.

Danae se echó a reír— Son todo antigüedades, pero en esta casa todo se usa, así que me temo que tendrás que dormir aquí.

Dejó la maleta y la miró incómoda porque no sabía qué hacer— ¿Y la habitación de la paciente?

—Está preparada. Ven.

Abrió la puerta de al lado y vio la cama articulada que la paciente necesitaba, así que sonrió —Vaya. — se volvió alrededor. Hasta había un apoyo colgado del techo para que pudiera incorporarse.

—Dillan es meticuloso. — dijo Danae divertida.

Tabitha gimió por lo bajo y al volverse hacia la puerta vio a su jefe en la puerta con un traje azul de tres piezas. A Tabitha se le cortó el aliento. Lo del chaleco inexplicablemente le subió la temperatura. Se pasó las manos por los vaqueros y él vio el gesto.

— Estupendo. Ya estás aquí. — miró la habitación— ¿Crees que necesitarás algo más?

—No. Creo que no. Pero si lo necesito, ya te lo pediré.

—Pídeselo a mi ayudante. —dijo mirando su reloj —Bien, cámbiate y vamos a por la abuela. Estará impaciente.

¿Cambiar? ¿Cómo que cambiarse? — No tengo uniforme.

Dillan levantó una ceja y ella pensó rápidamente intentando no sonrojarse alisando su camiseta violeta— Es que cuando el paciente está en casa nunca me lo pongo, para que me vean más como una acompañante a una persona que les está cuidando en su enfermedad.

—Qué idea más estupenda. — dijo Danae sonriendo —He oído que los médicos se disfrazan con los niños para crear confianza. ¿Es cierto?

—Oh, sí. En algunos hospitales se decoran las batas e incluso se ponen narices de payaso para los más pequeños. — dijo aliviada porque eso lo sabía de sobra — Además las plantas están decoradas...

—Dejemos la cháchara. — dijo Dillan interrumpiéndola y mirándola enfadado— No puedes ir a buscar a mi abuela en vaqueros. Ponte un vestido.

Tabitha levantó la barbilla —No tengo. Cuando trabajo lo hago en vaqueros porque estoy más cómoda. — dijo con toda su cara.

Dillan se pasó una mano por su pelo moreno— Pues prepárate para lo que viene. — dijo antes de irse.

Extrañada miró a Danae— ¿Qué ha querido decir?

La asistente forzó una sonrisa— Nada.

No se creyó una palabra — ¡Tabitha! — gritó él desde abajo— ¡No tengo todo el día!

—Vale, vale. — dijo entre dientes saliendo de la habitación a toda prisa.

Capítulo 4

Con su bolso en bandolera bajó corriendo las escaleras y le sonrió al verle con la puerta de la entrada abierta. Dillan frunció más el ceño. Cuando llegó hasta su jefe la cogió del brazo de mala manera— ¿Cómo te has hecho esto?

Los morados empezaban a amarillear y Tabitha dijo sin darle importancia— Oh, el viernes cuando volvía a casa unos tíos en el metro se pusieron pesados. Pero llegó la policía y...— la levantar la vista hasta sus ojos se calló porque la miraba como si hubiera cometido un delito.

— ¿En el metro el viernes? ¿Después de salir de la discoteca? — lo preguntó suavemente, pero a Tabitha le temblaron las piernas. Estaba claro que estaba furioso.
—Sí.

— ¿Es que eres idiota? — le gritó a la cara dejándola de piedra— ¿No se te ha pasado por la cabeza que una mujer como tú llamaría la atención de madrugada en el metro?

Tabitha ese tono no se lo consentía a nadie y se soltó el brazo con sus ojos violetas brillando de furia. Se giró y empezó a subir las escaleras— ¿Dónde vas?

— ¡A por mi maleta!

Danae asintió con los brazos cruzados desde la parte de arriba dando golpecitos sobre la alfombra con el zueco blanco —Muy bien dicho. — susurró al verla pasar.

— ¡Déjate de tonterías, Tabitha! — gritó él desde abajo— ¡Tabitha, hablo en serio!

Al verla con la maleta empezar a descender la escalera, la miró con los ojos como platos— ¿Qué coño haces?

—Ya te lo he dicho. —le señaló con el dedo—No le tolero a nadie ese tono conmigo, ¿me oyes? —iba a pasar ante él, pero la cogió del brazo deteniéndola.

—Lo siento. — dijo entre dientes.

— ¿Qué has dicho?

— ¡Lo siento! ¡Ahora deja eso o llegaremos tarde!

Tenía la excusa perfecta, pero él se había disculpado, así que sonrió y dejó la maleta al lado de la puerta— Ya la subiré luego.

Él gruñó tirando de ella al exterior y cerrando de un portazo. Siguió tirando de ella hasta un Jaguar gris precioso— ¡Dios mío, un Jaguar XF!

Dillan levantó una ceja— ¿Entiendes de coches? — preguntó como si no supiera lo que era una rueda.

Mirándole al otro lado del capo puso una mano en la cadera —Automático de ocho velocidades llega de cero a cien en 5,3 segundos y puede alcanzar una velocidad de doscientos cincuenta kilómetros por hora —Dillan la miró divertido—con una distribución de cuatro válvulas por cilindro y una tracción total.

—Impresionante. — dijo aún más mosqueado.

—Qué juego más divertido. ¿Lo hacemos otra vez?

Dillan sonrió como si supiera que no superaría la prueba y miró a su alrededor —Sube al coche. Cuando encuentre algo te lo pregunto.

— ¿Puedo llevarlo?

La miró como si estuviera loca y suspiró metiéndose en el coche viendo los asientos de cuero blanco —Vaya, no puedo creer que alguien se gaste cien mil pavos en un coche.

Dillan la miró dándole al botón de encendido— ¿Y eso?

— ¿Cuándo puedes tener uno estupendo por cuarenta mil? Me sobran sesenta. Esto es un capricho.

—Exacto y como es mi dinero, no es problema tuyo.

— ¿Este es el que llevas al trabajo?

La miró molesto— ¿Qué quieres decir?

—Que seguramente tienes otro para fardar con las nenas.

—Yo no necesito fardar con las nenas. ¿No te diste cuenta el viernes? Ponte el cinturón.

—Déjame pensar. —dijo divertida porque se estaba picando— Tiene que ser un coche con estilo pero que deje a la gente con la boca abierta.

—Tabitha...

—Un Ferrari. O... —Dillan se sonrojó— ¡Ja!

—Cierra el pico.

—Pero no es rojo. ¿Negro?

La miró como si realmente fuera una molestia y ella se echó a reír sin darse cuenta que se reía de su jefe.

—Sabes mucho de mis coches. —dijo entre dientes.

—Sé mucho de muchas cosas. —dijo mirando al frente.

—Muy bien. Así que eres experta en coches. —pasó ante ellos un Hummer— ¿Y ese?

—Es muy fácil. —dijo echándose a reír— Es un Hummer H3 Luxury. —él la miró con los ojos como platos— Trescientos cinco caballos, cuatro mil revoluciones por minuto y dos válvulas por cilindro, en ocho cilindros.

Levantó una ceja como hacia él—Muy bien, eres una loca de los coches.

—No. Pero mi padre sí.

—¿Él te enseñó a jugar al póker?

—Pues sí. Aunque más bien fue mi tío, que es un tramposo de cuidado.

—¿Y ellos te aficionaron a los Yankees?

Le miró de reojo. Estaba tan claro que quería averiguar que no había mentido el viernes, que la molestó un poco — ¿No me crees cuando te digo que me gustan los Yankees?

—No hay muchas mujeres que sean aficionadas de veras. —dijo molesto por quedar al descubierto.

—Bien, pues como parece que tengo que demostrar todo lo que digo, pregunta lo que quieras.

En su tono demostraba que estaba enfadada, pero aun así él preguntó— ¿Cuántas carreras hizo De Lorenzo en el último partido?

Le miró como si estuviera mal de la cabeza — ¿Hablas del Lorenzo que jugó en los cuarenta?

Eso le dejó sin palabras y la miró como si fuera un bicho raro. Enfadada se cruzó de brazos mirando hacia la carretera. Después de unos minutos Dillan dijo— Vale, no me lo tragaba.

—Como nada de lo que digo. —susurró sin mirarle enfadada— No entiendo porque no aceptas los doscientos por la entrada de los Red Sox. ¡Acaba de empezar la liga!

—Ya te dije que le había prometido la entrada a Clark. No tengo que justificarme.

—Muy bien. Pero sería una manera estupenda de disculparte por ser un listillo estirado.

La miró con la boca abierta — ¡No te pases, Tabitha!

—Sí, jefe. —dijo entre dientes todavía molesta por su actitud. ¿Acaso todo el mundo tenía que demostrarle que sabía de lo que hablaba? ¿Pero quién se creía que era? Luego empezó a pensar que ella le estaba mintiendo respecto a lo de ser enfermera, así que estaban empatados. Le miró de reojo— Perdona, es que me ha sentado mal que no me creyeras.

—Dejemos el tema. Ya llegamos.

Tabitha apretó los labios y le vio apartar en el aparcamiento del Monte Sinaí. Se bajaron del coche y ella le siguió como si fuera su perrito faldero. Cuando llegaron a la planta de traumatología, se volvió rápidamente al ver a un compañero de universidad que era parte de su pandilla. Mierda, pensó intentando que no la viera.

—¿Tabitha? —el grito de Stuart detuvo a Dillan en seco, que se volvió para mirar al médico que caminaba por el pasillo a toda prisa con una sonrisa de oreja a oreja— ¡Vaya! ¡Tabitha! ¡Dios mío, no has cambiado nada!

—Hola, Stuart. —sonrió y se dejó abrazar con fuerza— ¿Trabajas aquí? —preguntó estúpidamente.

Él la miraba sonriendo de oreja a oreja cogiéndola por los hombros— Dios mío, estás igual. —miró a Dillan ignorándole para volver a mirarla de arriba abajo— No te veía desde...

—Hace ocho años. —dijo por él antes de que hablara más de la cuenta.

—Sí, en la fiesta de final de semestre. —perdió la sonrisa— Sentí mucho cuando tuviste que irte.

Afortunadamente no había dicho que la habían echado— No pasa nada. Son cosas que pasan. —sonrió mirándole bien— ¡Mírate! Todo un traumatólogo. ¿No querías ser ginecólogo?

Se echó a reír a carcajadas —Tenemos que quedar para ponernos al día. ¿Quieres cenar conmigo? — miró a Dillan — Oh perdona, ¿estás casada?

—No. —dijo sin darle importancia a Dillan haciendo un gesto con la mano— Es mi jefe.

—Ah, ¿y en qué trabajas?

— ¿Por qué no me das tu número y...

—Tabitha, tenemos que irnos. — la interrumpió Dillan.

—Sí, claro. — se alejó algo de Stuart, pero antes de irse se acercó cogiéndole el boli del bolsillo superior de la bata y el block— Aquí tienes mi número. Llámame.

— ¡Lo haré! —Stuart le guiñó el ojo y ella sonrió porque en la universidad había estado loca por él.

— ¿Un antiguo novio?

Miró a Dillan confundida hasta que se dio cuenta de lo que quería decir— No, yo quería, pero él salía con una amiga.

—Estupendo. — dijo Dillan entre dientes dándole la espalda y continuando su camino.

Le siguió a toda prisa aliviada porque se había librado por los pelos. Así que cuando entró en la habitación sonreía como una boba.

— ¡Menos mal que estás aquí! — dijo la voz de una mujer a la que Dillan tapaba. Tabitha le rodeó para verla y cuando la miró con horror se quedó un poco cortada— ¿Quién es esta?

La mujer que debía tener ochenta años tenía unos expresivos ojos grises que la taladraban y tenía el pelo totalmente cano cortado a lo Cleopatra impecablemente peinado. Parecía frágil pero sus labios apretados y la expresión de sus ojos, indicaba que llevaría a la tumba a bastantes antes que ella.

—Es tu enfermera, yaya. — dijo Dillan acercándose y dándole un beso— Se llama Tabitha.

— ¡Pero si es una cría!

—Tengo veintisiete.

— ¿De veras? ¡Pues pareces una adolescente con esa pinta! ¿Qué pasa? ¿Eres una de esas que nunca llega a madurar? —Tabitha se sonrojó intensamente— Ya veo.

Dillan reprimió una sonrisa —Es una enfermera estupenda, que te tratará como una reina. — como la miró en cuanto dijo esas palabras, indicaba que más valía que fuera así porque sino rodarían cabezas— Ahora te ayudará a vestirme y nos iremos a casa. Así dejarás de torturar al personal.

— ¡Niño! ¿Pero qué dices? ¡Me adoran!

Al parecer la mujer tenía bastante movilidad porque estaba sentada en la cama tan ricamente, así que Tabitha pensó que le habían hecho una artroplastia de cadera.

— ¿Le han puesto una prótesis de cadera? — preguntó suavemente yendo hacia el armario.

— ¡No sabe ni lo que me pasa!

—Abuela, todo ha sido muy rápido. — Dillan la miró mientras ella sacaba un vestido de seda azul que era una maravilla— Sí, le han puesto una prótesis después de una caída en la playa.

Ella sonrió encantada porque necesitaría menos cuidados —Eso es estupendo. —se acercó a la cama dejando el vestido encima de ella — Podrá caminar con un andador.

La mujer la miró como si estuviera loca — ¿Un andador?

—En cuatro semanas estará como nueva. Por cierto ¿cómo se llama?

Miró a su nieto levantando una ceja y Tabitha se echó a reír divertida— ¿De qué te ríes? —preguntó como una maestra de escuela— ¿Eres una de esas estúpidas sin cerebro que se ríe por todo?

—Me gusta reírme, pero no me considero estúpida.

Dillan miró a su abuela fijamente— Controla esa lengua, por favor. Y preséntate como Dios manda.

—Soy Rebeca Connors. Y creo que antes de presentarte en un trabajo deberías informarte bien.

—Tiene toda la razón. — dijo como cuando hablaba con las clientas entrándole por un oído y saliendo por otro — Me encanta el nombre de Rebeca. Siempre que lo oigo recuerdo la película. —sacó todo lo que había en el armario y vio una bolsa de viaje que cómo no, era de Louis Vuitton. Se volvió a su paciente por unas horas y sonriendo preguntó— ¿La ayudo a vestirse?

—Esperaré fuera. —dijo Dillan saliendo de la habitación.

La ayudó a sacar las piernas de la cama como había visto en Internet con mucho cuidado, pues veía que le dolía —Muy bien. —le cogió el bajo del camión de seda rosa que llevaba y lo levantó hasta los muslos— Apoye ligeramente las palmas en la cama para levantarlo. — Rebeca lo hizo mientras que Tabitha se lo subía hasta el pecho a toda prisa para que no forzara la cadera y sin decirle nada, la propia paciente levantó los brazos— Ahora la ropa interior. — dijo mirando el apósito que tenía en la cadera. La ayudó a subirse las braguitas y ella misma se puso el sujetador de seda beige. Cuando le puso el vestido le dijo sin bajárselo de todo por la cadera—Haré la maleta mientras se peina— le entregó el cepillo y Rebeca la miró con el ceño fruncido —Oh, ¿quiere que la peine yo?

—No me pasa nada en los brazos.

—Eso mismo decía yo. — dijo reprimiendo la risa.

— ¿Dónde te ha encontrado mi nieto?

Al ver su mirada desconfiada, supo que la abuela era igual de desconfiada que él— En una discoteca.

— ¿Qué? — detuvo el cepillo en el aire mirándola sin poder creérselo.

Ahí vio su oportunidad de salir de ese lío a toda leche— Pues este viernes fui a la inauguración de la discoteca Flash y allí estaba su nieto.

—Ligando, seguramente.

—Pues sí. Y yo quería ligármelo a él, pero no me hizo ni caso. No le gustan las pelirrojas. — Rebeca entrecerró los ojos— Pero mi amiga ligó con Clark, así que estuvimos hablando un rato y la conversación surgió.

— ¿Me estás diciendo que te contrató en una discoteca?

—Eso le he dicho.

Rebeca la miró escandalizada— ¿Pero es que se ha vuelto loco?

—Eso mismo le dije yo. Pero insistió y al final me convenció.

— ¡Dillan! — gritó desde la cama.

La puerta se abrió de inmediato y su nieto la miró como si hubiera hecho algo malo. Hasta que vio a su abuela sentada y vestida— ¿Ya estás lista?

Le señaló con el cepillo— ¿La has contratado en una discoteca?

Dillan giró la cabeza para mirar a Tabitha, que metía las cosas en el neceser a toda prisa. Sacó un frasco de colonia y se acercó a Rebeca echándoselo en el cuello.

—Uhhh. Que bien huele. — Rebeca la miró como si fuera idiota y ella sonrió divertida. Al parecer les reventaba que les ignoraran como si no hubieran dicho nada — ¿Quiere algo de maquillaje?

—No gracias, sólo la barra de labios. — dijo entre dientes mirando a su nieto —¿Es cierto?

Tabitha le tendió la barra de labios rosa que había allí y Rebeca se la cogió furiosa.

—Tú eres la que me animas a no desaprovechar las oportunidades. — dijo él como si nada metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

— ¿Y qué sabes de ella? Aparte que viste como una cría.

—Sé que es enfermera, que le gustan los Yankees, que es una experta en coches y que baila muy bien. Además, es inteligente y ayuda sin preguntar. — a Tabitha se le cortó el aliento mientras cerraba el neceser— Tiene una amiga que la adora y juega muy bien al póker. Así que podréis jugar. Y está algo pirada, porque no calcula los peligros.

Vaya, ya tuvo que decir algo ofensivo. Le miró cruzándose de brazos— Lo dices por lo del metro. No podías cerrar la boca y dejarlo pasar, ¿verdad? Tenías que volver a la carga.

— ¡Es que a sólo una inconsciente se le ocurriría ir sola en metro de madrugada!

— ¿Y a ti qué te importa?

—No, si no me importa. Sólo me importaría si te hubieras llevado a mi abuela.

— ¡Entonces ya no hubiera ido sola!

Un médico entró en la habitación con un sobre en la mano— ¿Se puede? —Tabitha sonrió encantada por la interrupción —Aquí les traigo el informe médico y las pautas a seguir.

Tabitha dio un paso al frente —Yo la cuidaré.

—Estupendo. — abrió el sobre y le mostró varias hojas con las instrucciones— Ya he avisado a la fisioterapeuta para que vaya todas las mañanas a hacer los ejercicios. Controle su fiebre y si todo va bien en cuatro semanas le daré el alta.

— ¿Puede cargar en la cadera derecha?

—De momento no.

Tabitha asintió cogiendo los papeles bajo la mirada de los dos— ¿Analgésicos?

—Uno cada seis horas. — le médico la miró divertido —Ahí tiene mi número. Para cualquier duda me llama.

—Sí, doctor Lambert.

— ¿Me conoce?

—Lo he leído en la chapa.

El médico se echó a reír y miró a Dillan que los observaba con los ojos entrecerrados y lo brazos cruzados al igual que Rebeca —Son la alegría de la fiesta. —siseó el médico dándose la vuelta para mirarla— No dude en llamarme. Y nada de muletas, prefiero el andador.

—Sí, y o también. Así se evitan accidentes innecesarios. —dijo como si supiera de lo que hablaba.

El médico la miró con interés— ¿Es enfermera? Me suena su cara, pero...

—Tabitha, tenemos que irnos. — dijo Dillan con mala leche.

—Estoy hablando con el médico.

—No importa, tengo una operación en unos minutos y tengo que cambiarme. —dijo el doctor Lambert —Les enviaré un auxiliar con una silla.

—Gracias, doctor. — dijo extendiendo la mano.

—Gracias a usted por llevársela. — susurró acercándose a su oído haciéndola reír.

Cuando el médico se fue miró a los Connors que la observaban como si hubiera cometido un delito — ¿Qué? Tenemos que esperar al auxiliar.

—Estupendo. Me has traído una enfermera que liga con todos los pantalones que se encuentra.

— ¡Eso no es cierto! Sólo hablaba con él.

— ¡Vámonos de una vez! Tengo una reunión en una hora.

Salió de la habitación sin mirarla y Tabitha miró a su paciente que sonreía maliciosa. Lo había hecho a propósito para dejarla mal ante él, porque sabía que le gustaba. Levantó la barbilla y sonrió— Bueno, bueno. Ahora es toda mía.

—Qué poca gracia tienes.

—Qué va. Soy la caña.

Rebeca levantó su ceja. Ese gesto empezaba a ponerla de los nervios. Decidió tener la boca cerrada hasta que llegara Dillan, pero vio un libro sobre la mesilla — ¿Le gustan los libros de misterio?

—Leo todo lo que cae en mis manos.

—Este es muy bueno. ¿Lo ha terminado?

—No.

—Pues le encantará saber que ella muere al final. — dijo mintiendo descaradamente.

Rebeca jadeó indignada y ella se echó a reír— No es cierto, pero me ha encantado verle la cara.

—Repito, no tienes ninguna gracia.

—Antes dijo poca.

—Ahora ya no tienes ninguna.

—Vaya, pierdo puntos por segundos.

— ¿Nunca cierras la boca?

—Sólo cuando duermo. Temo que se me meta algo en ella por la noche. — se estremeció— Una vez vi una película en la que a la protagonista le entraba una araña y desde entonces...

—Por Dios, que simple eres.

Tabitha se echó a reír y en ese momento llegó Dillan con la silla— Vamos allá.

La sujetó por los brazos para pasar de la cama a la silla sentándola con cuidado— ¿Vamos bien? — le preguntó muy seria mirándola a los ojos. Le dolía.

—Estoy bien.

—Vale. — le colocó los pies con los zapatos que piel marrón que le había puesto en los estribos y miró a Dillan que llevaba la bolsa— Listas.

— ¿Te duele, abuela?

—Cuando llegue a casa tomaré un analgésico.

—En cuanto coma algo. Nada de tomar esos analgésicos con el estómago vacío. — empujó la silla hacia fuera mientras Dillan la seguía. Él fue a por el coche y sentarla en el asiento le costó un poco forzando su espalda, pero al final lo consiguió. Le metió las piernas y preocupada le miró la cara que estaba algo pálida— Enseguida llegamos.

La verdad es que la mujer para la edad que tenía era dura, porque no se quejaba nada y sabía que debía tener unos dolores increíbles en la cadera. Se sentó en el asiento trasero mientras Dillan tiraba la bolsa en el asiento de atrás desde el asiento del conductor.

—¿Cómo vas, abuela? —preguntó preocupado.

—Llévame a casa. —suspiró cerrando los ojos y apoyando la cabeza en el respaldo.

Dillan miró hacia atrás apretando los labios y ella asintió. Lo único que podía hacer ella era darle el analgésico al llegar a casa. Dillan arrancó el coche y puso en la radio música clásica. Supuso que era la favorita de Rebeca porque pareció relajarse durante el trayecto.

Capítulo 5

Cuando llegaron a casa, Dillan no quiso que subiera las escaleras de la entrada.

—Claro que las subiré.

—No. — dijo Tabitha negando con la cabeza mientras sacaba la bolsa del coche. —Todavía no vas a subir ni bajar escaleras hasta que esa cadera esté más estable.

No puedes cargar en la prótesis. Llévala en brazos, Dillan.

Él la sacó del coche y la abuela la fulminó con la mirada —Sí, mírame como te dé la gana, pero mando yo. — dijo divertida mientras Danae abría la puerta.

—Bienvenida a casa, señora.

Entonces se dio cuenta que su empleaba no la tuteaba. Pues ella ya había empezado a hacerlo, así que no pensaba corregirse ahora.

Dillan subió a su abuela hasta su habitación y en cuanto entraron gritó— ¿Dónde está mi cama?

—En el desván, abuela. — dijo sentándola con cuidado.

— ¿Por qué?

— ¿Quieres dejar de protestar? — Tabitha entró en la habitación con Danae detrás— ¿Puedes traer una bandeja con la comida? Tiene que tomar la medicación.

—La subiré en un minuto.

—Mi cama...

—Tu cama seguramente era demasiado alta y su colchón no era lo bastante duro para tu recuperación. Esa es perfecta. Cuando estés bien se vuelve a cambiar.

Tampoco es un drama.

Rebeca jadeó mirando a su nieto— ¿No piensas decir nada?

—No, cuando tiene razón. Además, ella es la que sabe lo que hace. Así que seguirás sus instrucciones al pie de la letra. — miró su reloj de platino—Tengo que irme. —se volvió hacia Tabitha después de besar a su abuela en la mejilla— Tienes mi número, si no me localizas llamas a Teresa, mi ayudante. Danae te dará el número.

No necesitaba el número de su hermana, pero no iba a decir ni pío— Muy bien. — miró alrededor y no vio el andador — ¿El andador?

—Te lo traerán esta tarde.

—Vale.

—Abuela, te dejo con ella.

—Menudo alivio. — dijo entre dientes mirándola con inquina.

—Me adora. —la abuela gruñó haciéndola sonreír más —O al menos lo hará.

Dillan la miró divertido— Os veo luego.

Después de ayudarla a cambiarse para ponerse el camisón, la acompañó mientras comía. No hablaba mucho, lo que indicaba que estaba agotada. Le dio las pastillas que le había recetado el médico asegurándose tres veces de que era la dosis correcta. Se quedó dormida diez minutos después y suspirando de alivio salió de su habitación. Bajó a la cocina y Danae sonrió— ¿Qué tal?

—Bien. — se sentó en el taburete— Se ha quedado dormida.

—Tiene que dolerle mucho.

—Sí, pero se recuperará del todo. A veces sustituir la cadera es mejor que operarla.

— ¿Te pongo la comida aquí?

—No sé. — miró hacia arriba— No sé si la oír si me necesita.

—Necesitamos uno de esos aparatos para bebés.

—Sí. —dijo sacando su móvil y llamando a su hermana.

—Si se acaba de dormir podrás comer tranquila. — le puso un plato de espaguetis con albóndigas y la miró como si fuera un ángel haciéndola reír.

—Come.

—¿Diga? — la voz de su hermana indicaba que estaba preocupada.

—Tere necesito uno de esos walkis para bebés. Para escucharla desde el piso de abajo.

Danae que estaba fregando unos platos se giró para mirarla con el ceño fruncido, pero ella no se dio cuenta.

—¿Cómo va todo?

—Muy bien. Es un trabajo sencillo.

Teresa suspiró de alivio— Vale, ¿crees que podrás con ello?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque me parece que tendrás que estar más tiempo del que pensábamos.

—¿Por qué?

—Tenemos que ir a Londres mañana y no puedes dejarle en la estacada.

—¿Cuántos días? — preguntó poniéndose nerviosa.

—Hasta el viernes.

Esperaba que no pasara nada hasta el viernes. Suspiró pasándose la mano por la frente— Vale. Esperaré.

—Gracias. Sé que haces todo esto por mí.

Sonrió y cogió el tenedor— ¿Sabes lo que me estoy comiendo?

—Ni idea.

—Espaguetis con albóndigas.

Su hermana gimió al otro lado de la línea— Te odio. Te llamo luego.

—Vale.

Estaba enrollando los espaguetis en el tenedor cuando Danae se acercó secando una bandeja— ¿Conoces a Teresa?

Se quedó de piedra con la pregunta y dejó el tenedor sobre el plato— Sí.

Se sentó ante ella— ¿De veras? ¿Y de qué os conocéis?

Decidió ser sincera con ella porque ya la había pillado. ¿Cómo podía ser tan estúpida! — Es mi hermana.

Danae abrió los ojos como platos— Vaya, no sabía que su hermana fuera enfermera. Tenía entendido que era la única de su familia que había estudiado.

Se sonrojó intensamente y Danae la miró atónita— No puede ser.

— ¡Todo fue muy rápido! ¡No sabía que era su jefe! ¡Cuando ella se enteró se puso histérica!

Danae levantó las manos pidiendo calma—Empieza por el principio. Y come.

Tabitha gimió — ¿Tengo que contarle todo otra vez?

—Si no quieres que hable con Dillan... — dijo divertida.

—Vale. — respondió gruñendo. Se metió espaguetis en la boca y decidió empezar por el principio—Soy carnicera.

La cara de Danae era un poema — Perdona, ¿qué has dicho?

— ¡Soy carnicera! No entiendo porque todo el mundo se sorprende y así empezó todo. Mi amiga Kat me dijo que si quería ligar ni se me ocurriera decirlo, así que por eso soy enfermera. —al ver que Danae no entendía nada continuó— Vi a Dillan el viernes en la discoteca y yo intenté ligarlo, aunque no me hizo ni puñetero caso.

—Esto se pone cada vez más interesante.

—Entonces totalmente ignorada por él porque al parecer no le gustan las pelirrojas, me puse a hablar con Kat y Clark.

—Kat es tu amiga.

—Sí, y entonces fue cuando me dijo Clark que le había contado mi amiga que era enfermera... —Danae parpadeó empezando a entender— y entonces todo se precipitó porque Dillan estaba buscando una. Una chica se hizo un corte y yo me acerqué a ayudarla.

—Entonces te contrató.

—Yo no hice nada. Me dio una tarjeta diciéndome que le llamara al día siguiente. Quise detener esa locura, pero mi amiga me dijo que si estaba loca con lo bien que pagaba.

—Entonces decidiste seguir adelante.

—No. — Danae frunció el ceño —Fue cuando estaba tomándome a un café por la mañana del día siguiente. Llegó mi hermana y le dije que había conocido al hombre más atractivo de la tierra y ella me dijo que era imposible. ¡No pensaba llamar, de verdad! Pero cuando le dije que su abuela se había roto la cadera y que se llamaba Dillan por poco le da algo.

—Entonces te obligó a seguir.

—Dijo que como se enterara de que era su hermana, Dillan se cabrearía con ella porque pensaría que me había contado su vida.

—¿Y por qué iba a pensar eso?

—Es que la manera de presentarse de Kat fue un poco brusca y le dije me gustaban los yankees, aunque él no lo creyó. Me gusta el póker...

—Entiendo. Demasiadas coincidencias con sus gustos.

—Exacto y además si se enteraba que era mentira que no era enfermera, pensaría que teníamos un plan oculto o yo que sé.

—Así que te obligó a venir.

—Y con alguna excusa debería irme en cuanto pudiera.

—Pero te acaba de decir que tienes que quedarte más tiempo.

— ¡Porque se van a Londres y no puedo dejarle tirado! Yo no quería esto. ¡Sólo quería divertirme un poco, joder!

—¿Habéis pensado que pasaría si a la señora le ocurre algo?

—Hice seis meses de medicina y he estudiado todo el fin de semana las operaciones de cadera.

—Así que te has preparado.

—No me iba a arriesgar a que a la pobre mujer le ocurriera algo. Si veo algo raro llamo a una ambulancia.

—Bien. Al menos eso lo tienes claro.

—Lo tengo claro todo.

Danae negó con la cabeza— Si hubieras dicho desde el principio, desde que te dio la tarjeta que no eras enfermera y que era una broma, nada de esto habría pasado. — se sonrojó—Supongo que todavía tenías esperanza de ligártelo, ¿no?

—¿Eres bruja o qué?

—Pero se ligó a otra.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy interna, guapa. Lo sé todo.

—¿La trajo aquí? — se metió más espaguetis en la boca masticando molesta— Será idiota. — dijo con la boca llena.

—Es su casa.

La miró a los ojos— ¿Me vas a delatar? A mí no me importa, pero mi hermana...

—¿Sabes qué? Yo no he oído nada. No sé nada. Soy sorda y ciega. —la señaló con el cuchillo—Pero como le pase algo a la señora, cantaré. Por ahí no paso.

—Claro. No te preocupes. No le perderé ojo.

Danae la miró— ¿Sabes? No te pareces en nada a Teresa. No los ojos, ni el cabello...

—Es que yo tengo los ojos de mamá y el pelo de papá. Y ella tiene los ojos de papá y el pelo de mamá.

—Increíble. — dijo divertida. Empezó a limpiar la encimera y levantó la vista divertida— Apuesto lo que sea, a que a Dillan le vuelven loco tus ojos.

—¿Qué?

—Siempre ha dicho que los ojos más bonitos del universo son los de Elizabeth Taylor. — Tabitha sintió calor en el pecho.

—¿Eso ha dicho?

—Y eso de que no le gustan las pelirrojas es una mentira mayúscula.

—¿Qué?

—No sé cuántas pelirrojas han salido por esa puerta. Le encantan.

—¿Por qué me ha mentado?

—No tengo ni idea. Pero es interesante, ¿no crees?

—Mucho.

—También es interesante que te haya ofrecido trabajo sin ver tus referencias.

Tabitha sonrió como una tonta— Sí, ¿verdad?

—Veremos lo que ocurre.

Se pasó varias horas por la tarde en su habitación esperando a que Rebeca se despertara. Preocupada se acercó para ver si estaba bien con el termómetro en la mano.

—Vaya, me preguntaba cuando aparecerías por aquí— dijo la mujer sobresaltándola.

—Voy a tomarte la temperatura. —le metió el termómetro en la boca —Ahora que te has despertado, seguro que tienes ganas de ir al baño.

—Qué lista eres.

— ¡No abras la boca!

Le apartó las sábanas y con cuidado la sentó en la cama. Cuando el termómetro pitó se lo sacó de la boca y sonrió —Perfecta.

— ¿Siempre tienes que sonreír?

—Pues sí. —en ese momento llamaron a la puerta —Ese debe ser el andador.

—Qué ilusión. —dijo burlándose de ella.

— ¿A que sí?

Cuando vio a su hermana con los bábulos en la puerta gimió— Oh, usted debe ser la ayudante de Dillan. — dijo acercándose mirándola como si fuera idiota.

—Pues sí. — alargó la mano como pudo —Teresa. Y tú eres Tabitha, ¿verdad?

—Pues sí.

Teresa miró a Rebeca que sonreía desde la cama— ¿Cómo se encuentra, señora Connors?

—Mucho mejor. ¿Y tú? Seguro que mi nieto te tortura constantemente.

—No constantemente. — dijo haciéndola reír. Tabitha estaba asombrada. ¡Comía de la mano de su hermana! ¿Qué coño pasaba allí?

—Gracias por traerme estas cosas. —dijo entre dientes quitándose las de las manos —Seguro que tiene mucho trabajo.

—Oh, puedo quedarme unos minutos. — dijo advirtiéndola con la mirada —¿Tiene todo lo que necesita?

—Sí, gracias. Con esto nos arreglaremos.

—Veo que tiene una enfermera muy eficiente.

—Las he visto mejores. —Tabitha gruñó al escucharla y se volvió a mirarla— ¿Ves? Te traspasa con esos ojos raros como si quisiera fulminarte. —jadeó asombrada por la mentira— Y encima tiene mal carácter y es una mandona.

Su hermana se echó a reír—Veo que se llevan bien.

—Estupendamente. — dijo molesta —Quiere echarme, pero no va a conseguirlo.

—Tú espera. — dijo la abuela sonriendo satisfecha por haberla molestado —Sólo quieres a mi nieto, pero te vas a llevar una sorpresa.

Teresa miró a Tabitha como si quisiera matarla —Así que intenta ligarse al jefe. Entonces tendremos que tener una charla, ¿verdad?

—Ponla en su sitio, Teresa.

La cogió por el brazo y Tabitha atónita la siguió— ¿Se puede saber qué haces?

— ¿Se puede saber qué haces tú? ¡Me lo habías prometido!

—No he hecho nada. ¡Es esa vieja, que me tiene manía!

—Trata así a todo el mundo.

—A ti no. — entrecerró los ojos— Joder quiere que te lées con Dillan, ¿verdad?

Teresa se sonrojó— Vale, algo me ha insinuado.

— ¡Esa mujer no insinúa nada! ¿Te lo ha dicho o no?

—Pues sí.

—No estarás pensando en...—Tabitha sintió que se mareaba— Oh Dios, ¿estás loca por él, verdad?

Teresa se sonrojó— ¡No!

—Me estás mintiendo. — dijo entre dientes— ¿Y tu novio?

—Estoy pensando en dejarle.

— ¿Por Dillan? — se apoyó en la pared porque todo aquello era surrealista.

—Ay, madre... — dijo Danae sorprendiéndolas —Necesitáis terapia de grupo.

— ¡Shuss! — dijo Tabitha mirando hacia la puerta de Rebeca. Después miró a su hermana— Está bien. — dijo cruzándose de brazos porque aquello empezaba a ser realmente horrible— Te gusta mucho, ¿verdad?

—Es que desde que he empezado a trabajar para él tengo muchas dudas.

—Vale. —fue hacia la puerta de Rebeca.

—Tabitha, por favor.

—No te preocupes. — forzó una sonrisa —Todo está bien. Me mantendré alejada como te había dicho.

Su hermana apretó los labios al ver que no la miraba a los ojos— Ahora tengo que atender a Rebeca. Tiene que ir al baño.

Cuando entró en la habitación, miró a la abuela forzando una sonrisa sin poder creerse lo que acababa de oír. Rebeca frunció el ceño— ¿Ocurre algo?

— ¡No! ¿Qué va a ocurrir?

—Teresa te ha puesto las pilas, ¿verdad?

—Interesante frase para alguien que tiene ochenta años por lo menos. — la cogió del brazo sosteniéndola y colocándole delante el andador mientras Tabitha intentaba disimular su desilusión — Vamos allá. Tiene que empezar a usarlo muy despacito.

Rebeca dio un paso sujetándose en él y sonrió— ¡Es muy fácil! En dos días estarás fuera de esta casa.

—No caerá esa breva. — susurró con ganas de pirarse en ese mismo momento. Estaba de lo más confusa. Pero su hermana era lo primero y también había llegado antes, así que tenía prioridad, ¿no? Pensando en ello, se pasó distraída el resto de la tarde.

—Estás muy callada. —dijo Rebeca bajando el libro que estaba leyendo y mirándola. Tabitha estaba mirando la calle sintiéndose triste. Volvió la cabeza hacia Rebeca y se levantó del asiento de la ventana— ¿Estás bien?

—Claro que estoy bien. — forzó una sonrisa— ¿Te apetece una partidita de póker?

—Ahora no. Voy a revisar mi correo electrónico. ¿Me traes el portátil que está sobre la mesa?

Tabitha miró hacia el escritorio que estaba ante la otra ventana y vio el portátil gris. Fue a por él y se lo entregó a Rebeca colocándole delante la bandeja móvil—

Puedes irte. Te llamaré por el avisador de bebés si te necesito. —dijo irónica.

Tabitha cogió el receptor —Muy bien. Hasta luego.

Capítulo 6

Fue hasta su habitación y decidió ducharse dejando el receptor sobre el lavabo. Se desnudó lentamente mientras se calentaba el agua dejando caer la ropa al suelo y abrió la enorme mampara dejando que el agua cayera por su cara. Se estaba enjabonando cuando se abrió la puerta de golpe sorprendiéndola— ¿Qué coño haces?

Atónita vio a Dillan furioso ante ella— ¡Mi abuela está sola y llamándote! ¿Es que no la oyes?

—El receptor no ha dicho nada. — dijo cerrando el grifo sin quitarse todo el jabón del cuerpo.

Él la miró de arriba abajo y apretó los labios. Los pezones de Tabitha se endurecieron por su mirada— Vístete y vete a atenderla.

—Sí, sí claro.

Salió del baño dando un portazo y todavía temblando por cómo se había sentido con su mirada, salió de la ducha a toda prisa poniéndose el albornoz que había detrás de la puerta. Con el cabello húmedo se acercó a su habitación y la vio sentada en la cama hablando tranquilamente con su nieto— ¿Necesitabas algo? Ir al baño o...

—Pues no. Sólo quería agua, pero mi nieto ya me la ha dado.

¿Esa era la urgencia? ¿Un maldito vaso de agua? Miró a Dillan que estaba de espaldas a ella sin siquiera mirarla— ¿Me has llamado por el receptor?

—Claro, ¿crees que soy tonta? — miró a su nieto— De verdad Dillan, no sé si será adecuada para cuidarme.

—Si acabáis de empezar. — miró a Tabitha como si quisiera que desapareciera— ¡Ve a vestirte!

Mordiéndose la lengua se dio la vuelta y fue hasta su habitación con ganas de pegar cuatro gritos porque estaba segura de que no la había llamado. Había oído llegar a su nieto y había montado el numerito. Para lo que le importaba. Sólo quería largarse de allí lo más rápido posible. Se puso unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes azul encima de la ropa interior violeta. Se dejó el cabello suelto para que se le secara y se puso unas deportivas. Cuando llegó a la habitación no miró a Dillan

— Rebeca, ¿quieres ir al baño?

—Mientras tanto voy a ducharme. — dijo Dillan de muy mal humor.

En cuanto salió de la habitación Rebeca la miró sonriendo de oreja a oreja— Parece que no durarás mucho.

—No, creo que no. — sonrió de oreja a oreja dejando a la vieja atónita.

La ayudó a ir al baño y cuando volvieron le tomó la temperatura y la tensión —¿Tienes hambre? Te toca la medicación.

—Pues sí.

—Iré a por ella.

Dejó la puerta abierta y se llevó el receptor. Cuando subía con la bandeja veinte minutos después Dillan bajaba en vaqueros y camiseta negra por las escaleras. Prácticamente ni le miró porque hacerlo le hacía daño y pasó a su lado sin dirigirle la palabra.

—Tabitha...

Mordiéndose la lengua se volvió con la bandeja en la mano— Procura que no vuelva a pasar lo que hace unos minutos. Debe estar atendida en todo momento.

—Llevaba el receptor. Lo hubiera escuchado si me hubiera llamado. — dijo molesta— Están preparados para bebés y no para viejas con mala leche que esperan a que llegue su nieto para montar el espectáculo. —se volvió dejándolo con la palabra en la boca y cuando llegó a la parte de arriba de la escalera se volvió —Por cierto. ¡No vuelvas a entrar en mi habitación!

Fue hasta la habitación de Rebeca y sonrió forzándose, porque lo que quería la bruja era tocarle las pelotas— Para cenar, puré de patatas con carne asada y unos deliciosos guisantes.

— ¿Y de postre? — preguntó irónica.

—Cicuta.

—Ja, ja.

Mientras cenaba preparó la medicación. Tendría que levantarse a mitad de la noche para darle las pastillas, así que tenía que poner el despertador para no meter la pata. No hablaron mientras cenaba, pues Rebeca parecía querer hacerlo. Había encendido la televisión ignorándola totalmente. Cuando terminó, le dio las pastillas y le dijo apagando el televisor— Hasta mañana.

—Mañana no estarás aquí.

—¿Sabe? — preguntó al lado de la puerta con la bandeja— Me gustaría no estar aquí mañana. —dejó a Rebeca con la boca abierta— De verdad que me gustaría perderos de vista. — apagó la luz y cerró la puerta.

Cuando llegó abajo, dejó la bandeja sobre la encimera de la cocina y se aseguró que el receptor tuviera luz.

— Os pondré la cena. — dijo Danae recogiendo.

—¿Nos pondrás? ¿Es que tú no cenas?

—Ceno después aquí.

—Entonces ceno contigo.

—Pero Dillan me acaba de decir...

—Me importa poco. Ceno contigo o no ceno. — dijo mirándola a los ojos.

—Lo que te dijo antes tu...

—¿Qué pasa? ¿No se cena en esta casa? — preguntó Dillan entrando en la cocina con el periódico en una mano y una copa en la otra.

—Ya estoy sirviendo. — dijo Danae mirando a Tabitha de reojo— Pero ella dice que cena conmigo.

Dillan la miró sorprendido—¿Cómo?

—Soy parte del servicio. Cenaré aquí con ella.

—¡Cenarás donde yo diga!

Danae los miró con los ojos como platos y Tabitha siseó— ¡Se acabó! ¡Estoy harta! — pasó a su lado empujándole para salir de la cocina y corrió escaleras arriba.

—¡Tabitha! — subió tras ella y cuando llegó a su habitación la vio metiendo su ropa en la maleta— ¿Qué haces?

—¡Me largo! ¿No te queda claro?

—¡No puedes irte ahora, tengo un viaje a Londres!

—Pues lo siento mucho, pero no pienso dejar que me traten como si fuera una retrasada solo porque tenéis pasta. —tiró unos vaqueros en la maleta y fue hasta el baño para recoger su neceser y Dillan la cogió del brazo —Suéltame.

—¡No puedes irte ahora! ¿Qué voy a hacer con la abuela?

—¡No es mi problema! — le gritó a la cara. Con la respiración agitada se miraron a los ojos y Dillan la besó. Jadeó sorprendida en su boca, pero se apartó dándole un empujón. Dillan se pasó la mano por el cabello muy tenso.

—Lo siento. Ha sido imperdonable.

—¡Has intentado utilizar mi atracción por ti para que cediera! — le gritó furiosa— ¡Yo al menos tengo las agallas para decirte que me gustas! ¡O que me gustabas, porque lo que he visto de ti sólo me confirma que no tenemos nada en común y que cada vez estoy más desencantada! ¿No eras tú el que decía que no le gustaban las pelirrojas? ¡Pues sé coherente!

—No volverá a pasar, te lo aseguro. — dijo muy serio mientras a Tabitha se le retorcía el corazón porque si no hubiera pasado lo de su hermana habría estado encantada de besarle.

—Claro que no volverá a pasar. — fue hasta el baño y cuando salió llevaba la ropa sucia con el neceser. Dillan no se había movido del sitio.

—Te pido por favor que te quedes hasta el viernes. Yo no estaré aquí y hablaré por la mañana con la abuela para que se comporte. —Tabitha apretó los labios metiendo el neceser en la maleta — No puedo prescindir de ti ahora.

Le miró de reojo sabiendo que para él sería un problema que ella se fuera en ese momento y además ya había cancelado ese viaje una vez.

—Está bien. — susurró cogiendo el neceser de nuevo. Dillan suspiró aliviado y volvió a pasarse una mano por el cabello. Se dio cuenta que era un acto nervioso y le dio pena —Me quedaré hasta que llegues de Londres.

—Por supuesto si no quieres cenar conmigo, no te voy a obligar. Puedes cenar con Danae.

—Ya no tengo hambre. — cogió sus camisetas y las metió en el armario.

— ¡Joder, Tabitha! ¡No te besaba para que te quedaras! — dijo furioso saliendo de la habitación.

Mirando sus camisetas sintió que la esperanza renacía y sin darse cuenta sonrió. La había besado porque quería hacerlo. ¡La deseaba! Sintió una impotencia terrible porque Teresa estaba loca por él. ¡No era justo!

Se sentó en la cama mirando la maleta y después su bolso. Tenía que hablar con Teresa. Se pasó las manos por la cara y escuchó el receptor — ¿Tabitha?

Se levantó a toda prisa yendo hacia la habitación de Rebeca. Abrió la puerta encendiendo la luz y sonrió sin ganas — ¿Necesitas algo?

—Tengo que ir al baño. — la miraba fijamente y ella asintió acercándose — Así que no te vas.

—Al parecer me necesitáis más que yo a vosotros. — dijo intentando hacerse la graciosa.

—De eso no tengo ninguna duda.

Tabitha no entendió lo que quiso decir, pero no quiso profundizar en ello. Bastantes cosas tenía en la cabeza.

Al regresar a la cama Rebeca le sonrió y eso la dejó de piedra— Vaya, vaya, ¿eso ha sido una sonrisa?

— ¿Qué dices, niña? Yo nunca me río.

Se echó a reír saliendo de la habitación— Hasta mañana. Que descanses.

—Buenas noches.

Cerró la puerta y fue hasta su habitación. En ese momento sonó su móvil y corrió hacia él. Al ver que era Teresa se mordió el labio inferior antes de contestar—
Hola.

—Tabi, ¿puedes hablar?

—Sí, estoy en mi habitación.

—Lo siento.

— ¿Por qué?

—Por lo de antes. No sé qué me está pasando y...

—No tienes que justificarte conmigo.

—Es que desde Vernon se compró ese maldito coche, me siento muy defraudada con él y confundo las cosas. —se echó a llorar— Pero yo le quiero.

— ¿A quién? ¿A Vernon o a Dillan? — preguntó suavemente no queriendo presionarla.

—A Vernon. Pero Dillan es tan inteligente, tan maduro. No tiene nada que ver con Vernon, ¿entiendes?

¡No! ¡Ella no entendía nada! Lo único que entendía es que la había besado y no había podido disfrutar de ello por las dudas de su hermana.

— Teresa...

—Lo sé, lo sé. —se echó a reír sin ganas— Pero es una tontería porque Dillan nunca me ha mirado con deseo. No como Vernon, que no puede quitarme las manos de encima.

—No quiero presionarte para que te decidas...— dijo con pena— pero me ha besado y le he rechazado.

—Oh. — se hizo el silencio al otro lado de la línea y escuchó a su hermana llorar.

Apretó los labios sabiendo que por teléfono no arreglarían nada— Voy para allá.

—No puedes irte.

—Voy para allá. —colgó el teléfono y cogió su bolso colgándose en bandolera. Bajó corriendo las escaleras y vio a Dillan en el comedor cenando solo. Al llegar a la puerta él levantó la vista — Necesito salir un rato.

— ¿Ahora? —la miró fijamente a los ojos.

—Tardaré un par de horas.

—Coge las llaves del coche, no quiero que vayas en metro tú sola a esas horas. — bajó la mirada a su plato y Tabitha sonrió sintiendo que su corazón daba un vuelco. Ese era su hombre dijo para sí sintiendo que su corazón iba a cien por hora.

— ¿Dónde están?

—Encima del aparador de la entrada. Y no corras.

— ¿Puedo coger el Ferrari?

Él levantó la vista sorprendido— Ni hablar, ¿estás loca?

—Vale. — dijo levantando las manos divertida— El Jaguar me vale.

Algo brilló en la mirada de Dillan y ella sonrió— Hasta luego. —fue hasta el aparador y cogió las llaves saliendo de la casa. Hizo una mueca antes de cerrar y gritó

—¿Las llaves de la casa?

Dillan apareció en la puerta del salón y se acercó a toda prisa como si fuera una pesada abrió una caja de madera y allí había un montón de llaves— Muy original.

—Practico, diría yo. —le entregó unas llaves y cuando sus dedos se rozaron se miraron a los ojos— ¿A dónde vas?

—A casa.

Él asintió — ¿Me has perdonado?

— ¿El qué? — preguntó sintiendo que su piel se erizaba por su cercanía.

—Lo de antes.

—Si te refieres al beso, si no te hubiera perdonado no me habría quedado.

Él sonrió y alargó la mano acariciando uno de sus rizos que se empezaban a secar— Así que te estoy dejando de gustar.

Tabitha empezó a ponerse nerviosa sobre todo porque no había hablado con Teresa— Hablamos luego, ¿vale? Tengo prisa.

Dillan apretó los labios tensándose—Claro. Vete. No llegues muy tarde.

Ella le miró tímidamente antes de cerrar la puerta.

Cuando aparcó ante la casa, Teresa estaba en el porche tomando una cerveza. Cuando la vio bajar del Jaguar sonrió con tristeza— Te ha dejado su coche.

—Sí. — respondió caminando hasta el porche por el camino de piedra del jardín.

—Entonces ya no tengo nada que decir.

Subió los escalones y se sentó en la barandilla del porche ante su hermana preocupada por ella— ¿Qué te ocurre, cielo? Desde lo que Vernon compró ese coche estás muy rara.

— ¿Qué me ocurre? Cinco años de novios ¡Cinco malditos años! ¡Y ahora en lugar de comprarnos una casa o regalarme un anillo de compromiso, se compra ese cacharro horrible! — se echó a llorar— No me quiere.

—No digas eso. —se acercó sentándose a su lado— Claro que te quiere. Lo que pasa es que es idiota y no se ha dado cuenta que te ha hecho daño. Debes decírselo.

— ¿Por qué tengo que decírselo? ¡Tendría que ser lo bastante maduro y responsable para darse cuenta él mismo!

En eso tenía razón. Le acarició el cabello— ¿Y Dillan?

—Dillan es un espejismo, supongo. Es serio y responsable. — se limpió la nariz con el bajo de la camiseta— En lo único que falla son las mujeres que pasan una tras otra. Supongo que el roce...

— ¿Hace el cariño? — cogió a su hermana por los hombros— Dímelo, Teresa. ¿Puedo tener algo con él o no? ¿Te molestaría? —su hermana hizo una mueca y Tabitha dejó caer los brazos —Entiendo.

—Dios, soy horrible. Tengo a mi novio y no dejo que mi hermana tenga algo con mi jefe porque estoy hecha un lío. —la miró a los ojos— Lo siento.

—No lo sientas. — se mordió el labio inferior sintiendo una pérdida en el alma. Sentía que Dillan ya era parte de ella y mantenerse alejada iba a ser muy difícil. Afortunadamente se iba a Londres y en cuanto volviera, ella desaparecería de su vida. Suspiró levantándose pensando que de todas maneras no funcionaría. En cuanto se enterara de que no era enfermera sino que cortaba piernas de cordero, saldría corriendo porque pertenecían a dos mundos diferentes.

— Me tengo que ir. He dejado a Rebeca a su cuidado y es mi primer día.

Su hermana sonrió levantándose y dándole un abrazo — Te prometo que me aclararé. Hablaré con Vernon y me decidiré.

Tabitha frunció el ceño y se separó de ella. Vio su sonrisa y no pudo evitar pensar que el amor no era eso. ¿Qué se aclararía? ¡Le quería o no le quería! Pero por no hacer más daño a su hermana no dijo nada.

— Te llamo mañana.

—Mañana me voy a Londres con Dillan. Te traeré un souvenir.

Ensimismada en sus pensamientos fue hasta las escaleras del porche sin ver que su madre la observaba por la ventana del salón.

Cuando llegó a la casa, entró sin hacer ruido. El piso de abajo estaba vacío, así que subió las escaleras. Fue hasta la habitación de Rebeca y se sorprendió al ver a Dillan hablando con la abuela. Ambos se volvieron a mirarla y sonrieron al verla. Algo realmente raro por parte de los Connors, que le puso la mosca tras la oreja.

— ¿Qué habéis hecho?

— ¿Qué? — preguntó Dillan divertido.

— Sí, estáis muy raros. — les señaló con el dedo — Estáis sonriendo.

— Qué graciosa. — dijo la abuela sonriendo más.

— No, hablo en serio. — mirándoles fijamente entró en la habitación, mirando después a su alrededor para que todo estuviera en orden.

— Eres un poco paranoica, ¿verdad? — Dillan se levantó de la cama — Hasta mañana, abuela.

— Que descanses, mi vida.

Le dio un beso en la mejilla mientras Tabitha revisaba la medicación. Al ver que todo estaba en orden, se preguntó de qué estarían hablando para estar tan relajados. Dillan se detuvo en la puerta y dijo — Tabitha, quiero hablar contigo en cuanto mi abuela esté lista para dormir.

— Ya estaba lista para dormir. De hecho, debería estar dormida, que es como la dejé yo cuando me fui.

— No estaba dormida.

— ¿Ah, no?

— Pues no, sabihonda. Además, ¿por qué te has ido? ¿Tu trabajo no es cuidarme? ¡Pues menuda enfermera, que se va cuando le da la gana!

— ¡Ahora sí que se va a dormir! — fue hasta la puerta donde Dillan miraba a su abuela divertido.

— Lo vais a pasar estupendamente estos días sin mí.

— Van a ser una fiesta. — apagó la luz de la entrada — ¡A dormir!

— ¡Esta niña es insoportable!

— Gracias. — cerró la puerta sonriendo y al volverse Dillan le indicó con la cabeza que le siguiera hasta el final del pasillo. ¿Aquella no era su habitación? — ¿Qué haces?

— Aquí no nos oírás la abuela y quiero hablar contigo.

— ¿Por qué no bajamos al salón? — la ponía algo nerviosa tener que entrar en su habitación.

— Solo será un momento. — dijo molesto — ¡No me voy a lanzar sobre ti! Sé controlarme, ¿sabes? — entró en la habitación dejando la puerta abierta y Tabitha chasquéo la lengua antes de seguirle pensando que aquello no era buena idea. La sorprendió la decoración pues era elegante y moderna sin ser recargada como el resto de la casa. Era un poco masculina con su cabecero de piel marrón y el edredón oscuro, pero a Tabitha le agradaba. Dillan cerró la puerta tras ella y se sobresaltó al oír el clic de la cerradura. Se volvió para mirarle y sus ojos verdes la pusieron algo nerviosa — ¿Qué haces?

— Siéntate, Tabitha. Vamos a hablar.

Dios mío, ya la había pillado — ¿De qué?

— De nuestra relación laboral y de tu entrega en tu trabajo. — la había pillado fijo — Siéntate.

Tabitha se sentó a los pies de la cama intentando encontrar una excusa a su comportamiento, mientras Dillan caminaba de un lado a otro de la habitación. Se pasó una mano por su cabello negro antes de mirarla.

— Bien, mañana me voy a Londres.

— Eso ya me lo habías dicho.

— Sí. — hizo una mueca y se acercó a ella — Si tienes algún problema, llamas inmediatamente a una ambulancia.

— Lo sé. — dijo aliviada porque no se había enterado de su reciente cambio de profesión — ¿Alguna cosa más?

— ¡Sí!

Parpadeó mirándolo con los ojos como platos — ¿Qué? — Dillan parecía preocupado y eso la preocupó — ¿Qué ocurre, Dillan?

— Te mentí, ¿sabes?

A Tabitha se le cortó el aliento — ¿Me mentiste? ¿En qué?

La miró a los ojos y se acuclilló ante ella — Cuando te presentaste en la discoteca te dije que no me gustaban las pelirrojas.

Tabitha sonrió de alivio — Ah, ya lo sabía...

— ¿Lo sabías? — susurró cogiendo uno de sus rizos entre sus dedos.

— Sí, Danae me lo dijo. — le guiñó un ojo — No te lo tomaré en cuenta. Así que estás perdonado. — tenía intención de levantarse, pero el la sujetó por el hombro sentándola otra vez— ¿Algo más?

— Sí. — gruñó enrollando el mechón de pelo en su mano.

Tabitha no pudo evitar acercarse a él— Dillan, me estás tirando del pelo. —susurró estúpidamente mirando sus ojos

— ¿De veras? —miró sus labios provocándole un sobresalto en el corazón y empezó a respirar alterada — Lo siento, no me he dado cuenta— dijo cogiéndola de la nuca para acercarla a su cara —Te voy a besar.

— ¿Sí? — preguntó atontada sintiendo que se mareaba al sentir su aliento.

—Y no me vas a rechazar otra vez. — la besó suavemente en su labio inferior. Tabitha sintió el placer más intenso de su vida y sólo era un beso. Sin poder evitarlo separó los labios sin darse cuenta, disfrutando de sus caricias y él entró en su boca gimiendo de impaciencia mientras sus manos iban hacia su cintura. Acarició sus costados provocándole escalofríos y ansiosa sin poder pensar en nada que no fuera disfrutar de ese placer, dejó que acariciara sus pechos sobre su sujetador. Dillan apartó los labios y le quitó la camiseta antes de volver a atrapar su boca. Tabitha gimió abrazando su cuello para que no se le volviera a escapar, a la vez que Dillan llevaba sus manos al cierre de su sujetador y se lo desabrochaba acariciando sus pechos. Tabitha casi se vuelve loca cuando acarició sus pezones y apartó su boca arqueando su cuello hacia atrás disfrutando de sus caricias. Dillan comenzó a besar su cuello hasta llegar al lóbulo de su oreja y cuando se lo lamió suavemente sintió que la traspasaba un rayo.

—Joder, Tab. Eres preciosa— le susurró al oído antes de besar su cuello bajando por el valle de sus pechos. Se tuvo que tumbar mientras disfrutaba de sus caricias y cuando le mordisqueó uno de sus pezones, gritó de placer sin darse cuenta. Dillan desabrochó sus vaqueros, bajándolos con las braguitas sin que sus labios se separaran de su piel bajando por su estómago pasando por su vientre plano hasta llegar entre sus piernas. Sorprendida miró hacia abajo, alterada al darse cuenta de lo que iba a hacer y gritó cuando su lengua la acarició sobresaltándola. Dillan la sujetó por el trasero impidiéndole moverse y Tabitha se retorció de placer mientras su lengua y sus labios no le daban tregua, provocándole una tensión en el vientre insoportable. Estaba al borde del orgasmo cuando se separó de ella y Tabitha protestó de frustración gritando cuando sintió como entraba en ella de un solo empujón. Al abrir los ojos gimió cuando la cogió por la cintura levantándola y pegándola a su torso. Tabitha acarició sus hombros, gimiendo al sentir su pecho desnudo contra ella. Sujetándola por los glúteos salió de ella lentamente y ansiosa abrazó sus piernas alrededor de sus caderas y Dillan entró en ella con fuerza haciéndola gritar. La besó apasionadamente sin dejar de satisfacerla mientras ella pensaba que se volvería loca de placer, hasta que con una fuerte embestida la catapultó a un orgasmo increíble que la dejó sin aliento.

Capítulo 7

Cuando abrió los ojos la habitación estaba a oscuras y estaba tumbada en una cama. Joder, ¿se había dormido? Reprimió un gemido cuando vio a través de la penumbra el perfil de Dillan. Dios mío, ¿qué había hecho? ¿Se había acostado con él cuando le había dicho a su hermana que se mantendría alejada! ¿Es que era idiota?

Muerta de remordimientos miró a Dillan otra vez, arrastrándose fuera de la cama sin hacer ruido. Totalmente desnuda salió de la habitación sin molestarse en recoger la ropa y caminó a toda prisa hacia su cuarto. Cuando entró encendió la luz y se puso el albornoz muy nerviosa, apartándose sus rizos de la cara. Mierda. ¿Qué había hecho?

Entonces vio el escucha bebés sobre su cama. Estupendo, era una enfermera de primera. Mientras la paciente estaba en la habitación, ella se quedaba dormida después de tirarse a su nieto. Al mirar la hora vio que era el momento de darle las pastillas a Rebeca. Fue hasta su habitación y la despertó suavemente tocándola en el hombro y se las dio estando medio dormida. Pero al salir de la habitación allí estaba Dillan totalmente desnudo esperándola en el pasillo.

— ¿Qué haces? — susurró nerviosa cerrando la puerta. La cogió en brazos sorprendiéndola— ¡Bájame!

— Vas a dormir conmigo. — dijo muy serio metiéndola en la habitación.

— ¿Y si no quiero? — la tiró sobre la cama y ella le frunció el ceño.

— Me da igual que quieras o no. Dormirás conmigo. — se tumbó a su lado y apagó la luz.

— ¿Qué te da igual...?

La cogió por la nuca y la besó sorprendiéndola tirando del cinturón de su albornoz, abriéndoselo para abrazar su cintura y pegarla a su cuerpo. Apartó su boca y le dijo mirando sus ojos— Dormirás conmigo o más bien haremos el amor y el viernes cuando vuelva, tendremos una conversación.

Con la respiración agitada dijo— ¿Queda algo que conversar?

— Oh, nena. Tú y yo vamos a conversar largo y tendido. — contestó antes de besarla hasta hacerla perder la razón.

La siguiente vez que se despertó estaba sola. ¡Mierda! ¡Se había dormido y ni siquiera se había enterado de que Dillan se había ido! Era un auténtico desastre. Saltó de la cama y se puso el albornoz que estaba en el suelo, recogiendo después la ropa que estaba por el suelo. Con las zapatillas de deporte en la mano salió de la habitación y gimió al escuchar hablar a Rebeca. Al acercarse a la habitación vio medio escondida que Danae le estaba acompañando mientras desayunaba.

Intentó pasar por la puerta a toda prisa, pero escuchó— Oh, la señorita dormilona se ha despertado. — dijo la abuela con ironía — ¿Qué tal se duerme en la cama de mi nieto?

Sonrojada hasta la raíz del pelo, se volvió para enfrentarse a la vieja que ese día estaba de mal humor— Pues muy bien, gracias. —levantó la barbilla y Danae le guiñó un ojo — ¿Ya has ido al baño?

— La he ayudado yo. No ha sido difícil.

— Es que su trabajo puede hacerlo cualquiera.

— Ja, ja, la abuelita está picada... — canturreó yendo hacia su habitación.

— ¡Mira listilla, se cansará de ti enseguida! Y se casará con mi Teresa, que es una chica responsable que siempre está donde tiene que estar y no se mete en la cama del primer hombre que se le cruza. — Esas palabras le hicieron perder la sonrisa y miró el pomo de la puerta de su habitación sintiendo que palidecía — ¡Qué se creará esta enfermera de pacotilla!

Tomando aire entró en su habitación y fue hasta su baño. Se duchó a toda prisa y se puso unos vaqueros y una camiseta blanca de tirantes. Con el cabello húmedo volvió a la habitación de Rebeca — ¿Has tomado las pastillas? — preguntó sin mirarla yendo hacia la mesilla.

— ¿Ese no es tu trabajo? ¿O acaso cobras por acostarte con mi nieto? ¿Sabes que eso tiene un nombre?

Totalmente pálida por sus palabras la miró friamente — Mira. Podemos llevar esto bien o mal, cómo tú quieras. — dijo entre dientes— Pero no te consiento que

me llames puta y más sin tener el valor de decírmelo directamente.

La abuela entrecerró los ojos —Eres una puta. Empezaste a trabajar ayer y ya has dormido en su cama. —levantó la barbilla —Encima te paga. ¿Acaso ahora ya no se llama así?

Sintió que su estómago se ponía del revés, al ver en sus ojos que lo decía totalmente convencida —Está claro que quieres llevarlo mal.

Rebeca se echó a reír sin ganas— ¿Acaso crees que él va a querer algo contigo? Te tenía a mano, eso es todo. Nunca podrá tener una relación con alguien como tú. — dijo señalándola con desprecio— Mírate. Ni siquiera vistes como una mujer. No te maquillas, tus manos son un desastre, no tienes estilo, ni conversación, ni una belleza clásica. Eres una rareza, pero lo que tienen las rarezas es que cuando se pasa la novedad dejan de serlo. — arqueó una ceja— Sin embargo, Teresa es perfecta. Inteligente, cultivada, organizadora, preciosa, sabe vestir y puede tener una conversación sin soltar una risotada o una broma sin ninguna gracia.

Sintió que su estómago se retorció con fuerza y salió de la habitación corriendo entrando en la suya. Apenas llegó al baño antes de vomitar porque sabía que todo lo que había dicho era absolutamente cierto. Sin darse cuenta que estaba llorando, vomitó lo poco que tenía en el estómago sintiéndose como una mierda. Se sentó en el suelo del baño y se pasó las manos por la frente. Nunca se había sentido así en su vida, como si ella no valiera lo suficiente. Antes creía que eran de dos mundos distintos, pero ahora estaba segura que no encantaría en su vida por mucho que se lo propusiera.

Además, estaba su hermana. ¿Cómo iba a competir contra su propia hermana, por el amor de Dios? ¡Había roto una promesa a Teresa! Había dicho que estaría alejada y no había aguantado ni doce horas en meterse en su cama. Esos pensamientos la hicieron vomitar de nuevo.

Varios minutos después se lavó la cara y volvió a la habitación de Rebeca que la miró con desconfianza. —No tienes buen aspecto.

Sonrió irónica teniendo en cuenta que ella la había puesto en ese estado— Estoy bien, gracias. ¿Necesitas algo?

— ¿Ahora eres camarera?

—Soy lo que quieras hasta el viernes. — respondió con descaro poniendo una mano en la cadera.

—Eso ya lo he visto. — cogió el libro de su mesilla de noche ignorándola.

—Pues como su majestad no necesita nada, me voy a desayunar.

—Veo que ya tienes el estómago mejor. Espero que no estés en estado de otro e intentes endilgárselo a mi niño, porque si es así, lo vas a pagar.

—Siempre tan bien pensada. —salió de la habitación y siseó— Será bruja.

En ese momento llamaron a la puerta y ella bajó las escaleras más rápido para abrir. Danae sonrió desde la puerta de la cocina volviendo a su trabajo al ver que se encargaba ella.

Abrió la puerta forzando una sonrisa y al ver una mujer de pelo castaño de unos cuarenta años vestida de enfermera sonrió sinceramente— Hola, ¿eres la fisio?

—Sí. — entró en la casa alargando la mano— Gloria Mathews.

—Tabitha. Pasa, por favor— respondió estrechándosela.

— ¿Cómo está nuestra paciente?

—No sé qué decirte. Prefiero que lo veas tú misma.

Gloria se echó a reír— ¿Tan mal?

Tabitha gruñó subiendo las escaleras. —Es el anticristo.

La risa de Gloria llenó la casa y no pudo evitar sonreír. Cuando llegaron a la habitación de Rebeca, las miró a través de las gafas de lectura que ella no había visto hasta ese momento y chasqueó la lengua— Supongo que es la fisioterapeuta.

—Esa misma, señora Connors. — dijo acercándose con la mano extendida— Gloria Mathews.

—Me alegro por usted. —dijo sin darle la mano.

Tabitha jadeó por el insulto y entrecerró los ojos furiosa por su actitud— ¡Rebeca! — se acercó a la cama furiosa— ¡Discúlpate ahora mismo!

Rebeca levantó la barbilla— ¡No!

— ¡Cómo no te retractes ahora mismo y te comportas como cualquier mortal con educación, te juro que lo vas a pagar!

— ¿Ah, sí?

—Sí. — la retó con sus ojos violetas que brillaban de rabia— ¡Haré que te quiten los libros, el ordenador y retiraré la televisión!

Rebeca entrecerró los ojos de la rabia y miró a Gloria— Perdón.

Gloria las miraba confundida— No se preocupe. Debe ser que le duele y eso la pone algo irascible.

—No lo creo. — dijo Tabitha saliendo de la habitación dando un portazo.

La siguiente hora se la pasó inquieta por la bruja y casi no desayunó. Además, sus pensamientos no la dejaban ni comer. Inquieta por si lo estaba pasando mal, subió las escaleras y entró en la habitación cuando Gloria estaba cubriéndola con las sábanas.

— ¿Qué tal? — preguntó al ver a Rebeca pálida de dolor.

— Se ha portado como una campeona. No se ha quejado ni una vez. — dijo cogiendo sus cosas — Hasta mañana. No hace falta que me acompañes.

Mientras Gloria salía de la habitación Tabitha se sentó a su lado — ¿Cómo estás?

— Bien. — agotada se le cerraban los ojos.

— ¿Te duele mucho? — preguntó preocupada.

Rebeca abrió los ojos y sonrió sin ganas — No sientes rencor, ¿verdad? Eso está por encima de ti. Un enfado te dura cinco minutos.

— ¿Eso es otro de mis defectos? — preguntó divertida apartándole un mechón de la frente. Estaba algo sudorosa y le dijo — Voy a tomarte la fiebre y a asearte un poco. Después podrás descansar.

La fiebre no le había subido. Lo que era realmente un alivio. La aseó con una esponja húmeda y le cambió el apósito. La herida estaba curando muy bien y cuando le puso un camisón limpio Rebeca susurró antes de quedarse dormida — Gracias.

La observó dormir un rato y pensó que de esa manera parecía tan pacífica.

Esa opinión cambió dos horas después cuando estaba comiendo, porque la bruja con lengua de víbora había vuelto. Mientras comía estaba haciendo un crucigrama intentando distraerse pues Rebeca apenas hablaba y cuando lo hacía era para tocarle las narices.

— Palabra de siete letras que sube el ánimo.

— ¿Despido?

— ¡Qué bien! Casi la aciertas. Alegría.

Rebeca reprimió una sonrisa metiéndose algo de tarta en la boca — Esta te la sabes. Sinónimo de riqueza.

— ¡Oye niñata, que yo nací en Brooklyn!

Levantó la cabeza sorprendida — ¡Anda ya!

— ¡Justo al otro lado del puente! Incluso trabajé hasta que me casé.

— Menudo braguetazo, ¿eh? — preguntó intentando picarla.

— Descarada. ¡Mi marido era camionero!

Eso sí que la dejó sin palabras — Pero era muy trabajador y fue ampliando su negocio hasta hacernos ricos. Después nuestros hijos pusieron más negocios y...

— Ya, ya. Estás podrida de pasta, no hace falta que me lo jures. — dijo volviendo a su crucigrama.

Rebeca la miró con el ceño fruncido — A ti te impresiona poco, ¿verdad?

— ¿De qué te sirve el dinero si no eres feliz? Y eso es a lo único que aspiro en la vida. A ser feliz. Lo demás me da igual.

— ¿A qué llamas tu ser feliz?

Rebeca la miró a los ojos — No lo sé. Sentirme bien conmigo misma. Querer a los que tienes a tu alrededor y que te quieran. Y tener cinco dólares en el bolsillo para comprarme un helado si me apetece. — se encogió de hombros — Esas cosas.

La abuela sonrió dejando la cucharilla sobre el plato — ¿Y un viaje a París? ¿O a Venecia, te gustaría?

— Claro, eso le gustaría a cualquiera.

— ¿Y unos pendientes de diamantes?

— Entiendo por dónde vas. — dijo levantándose de la cama — Y espero de todo corazón que si alguna vez tengo dinero, no me nuble el juicio de las cosas que son verdaderamente importantes.

— Si pudieras elegir y sin límite de dinero, ¿qué te gustaría tener?

— ¿En este momento? — desvió la mirada porque le gustaría tener una relación con Dillan, pero eso no podía ser.

— Dime. ¿Qué te gustaría tener? Tu deseo más profundo. — sonrió irónica — ¿Un coche? ¿Una casa? ¿Qué es lo que más deseas tener?

—Un hijo.

Rebeca la miró con la boca abierta — Desde hace tiempo me gustaría tener un hijo —forzó una sonrisa— Pero no tengo con quién. Así que tendré que esperar. — recogió la bandeja y salió de la habitación, antes de que le soltara una pulla como que a su nieto no se le ocurriera ni mirarlo.

Cuando volvió a la habitación le dio la medicación y le dijo— Puedes irte a comer. No necesito niñera las veinticuatro horas.

—Perfecto.

Comió con Danae en la cocina. Estaba hambrienta y terminó enseguida. —Voy a echarle un ojo y después nos tomamos un café. — dijo levantándose haciendo sonreír a la mujer.

—Está bien.

—Lo sé, pero es para asegurarme.

Estaba cerca de la puerta cuando la escuchó hablar, así que supuso que lo estaba haciendo por teléfono porque en la casa no había entrado nadie— De verdad cariño, es tan perfecta que da miedo. ¿Ya estáis en Londres? Dale a Teresa un beso de mi parte. — a Tabitha se le encogió el corazón— Y llévala al teatro o a cenar a un sitio bonito. Trabaja mucho y se lo merece. —estuvo unos segundos en silencio— Sí, tu no te preocupes por el anillo. Voy a enviar a Danae a la joyería para que lo limpien y lo dejen como nuevo. Espero que le sirva. Tiene los dedos muy finos.

Tabitha se llevó una mano al pecho. ¡Se iba a comprometer con Teresa! Sintió que se mareaba cuando escuchó— Si ya sé que se lo pedirás cuando vuelvas y estará listo. Les meteré prisa. — Rebeca se echó a reír— Sí, es la mejor elección. Estoy muy contenta. Es la mujer perfecta para ti. Me di cuenta enseguida.

No fue capaz de escuchar más y bajó lentamente hasta la cocina sin darse cuenta que tenía los ojos llenos de lágrimas. Danae levantó la vista del postre que estaba comiendo y perdió la sonrisa poco a poco. — ¿Qué ocurre?

—Se va a comprometer con mi hermana. — respondió sentándose en su silla.

— ¿Qué dices? ¿Estás loca?

—La he escuchado hablar con él por teléfono. ¡Te va a enviar a la joyería para limpiar el anillo!

En ese momento oyeron un ruido en el escucha bebés —Danae, ¿puedes subir a mi habitación? Tengo que hablar contigo en privado.

Las dos se miraron y una lágrima cayó por la mejilla de Tabitha— Tranquila, seguro que has oído mal. ¿Cómo se va a comprometer con Teresa?

—Ha sugerido que la llevara al cine o al teatro, que era perfecta para él y que estaba encantada. — dijo desgarrada.

— ¡Es tu hermana! ¡Se acostó contigo ayer!

— ¡Eso él no lo sabe!

Danae se mordió el labio inferior— Menudo lío en el que estáis metidas. Cuando se entere, la ciudad va a temblar.

Tabitha se cubrió la cara con las manos avergonzada— Cuando se entere Teresa...

— ¡Tu hermana tiene novio! — impaciente fue hasta la puerta— Voy a enterarme de qué ocurre antes de que te imagines más cosas.

Mientras estaba sola en la cocina intentó escuchar la conversación, pero Rebeca no era tonta. Había apagado el aparato. Dios, cómo se lo iba a decir a su hermana. La iba a odiar. Y cuando Dillan se enterara no sólo la iba a odiar, la mataría a gritos por fastidiarle el compromiso.

Cavilando todas esas cosas Danae llegó a la cocina y estaba muy seria— ¿Qué? —preguntó levantándose.

—Es cierto. Se va a comprometer. — sacó una cajita de terciopelo azul del bolsillo de la bata y la abrió. Un precioso anillo en forma de flor lleno de diamantes metido en la dichosa cajita, parecía estar diciéndole que ella nunca sería digna de ese anillo. Tragó saliva mirando el anillo— Es precioso. — susurró sentándose en la silla.

—Se lo regaló su marido en su veinte aniversario. — dijo Danae preocupada por ella —Me ha dicho que su nieto se comprometerá en cuanto vuelva y como si me sorprendiera le pregunté con quién. Respondió que con la mujer pensaba que era perfecta para él. También me ha dicho le costará pasar de ser su empleada a señora de la casa, pero se adaptaría. Mi chica se adapta a todo, dijo sonriendo encantada.

Sintió que el mundo se le caería encima —Tendré que hablar con ella cuando llegue.

—Dios, lo siento. — se sentó a su lado y le cogió una mano —Si se ha acostado contigo sabiendo esto, es un cerdo de primera.

—No sabe que soy su hermana y además ella tiene novio. No entiendo lo que está pasando. ¡Desde que Kat me llevó a esa discoteca mi vida está del revés!

— ¿Y tu amiga sigue con Clark?

Parpadeó porque con todo lo que había pasado ni se lo había preguntado— No lo sé. Solemos hablar los miércoles para ir a tomar algo.

—Ya, pero ella te ha metido en este lío ¿No es raro que no te haya llamado?

Entrecerró los ojos porque era cierto— No sé. ¿A qué viene esa pregunta?

—No lo sé. Aquí hay cosas que me dan mala espina.

La vio levantarse y empezar a recoger— ¿Qué quieres decir?

—Te llevaron a la discoteca. Os presentaron y después te meten en este lío. Dejas tu trabajo y te trasladas aquí porque tu hermana te lo pide cuando hubiera sido muy sencillo que ella muerta de la risa hubiera dicho que habías mentido cuando le conociste. Sin embargo, te mete en un lío todavía peor. — Tabitha entrecerró los ojos mientras la seguía escuchando— Después te suelta que está interesada en él cuando tú no sabías nada con anterioridad. —negó con la cabeza dándole la razón — ¿No te parece que todo es algo extraño? Y encima ahora la abuela viene con lo del compromiso. ¡Por Dios, si no han salido ni una sola vez en plan cita! Y te puedo asegurar que aquí no se ha acostado con ella. ¡Como sé que el día de la discoteca se trajo a la chica a casa, pero tampoco se acostó con ella!

A Tabitha se le cortó el aliento— ¿Qué quieres decir?

—Esa noche la chica vino a casa, pero se fue a los cinco minutos.

—Pero me dijiste...

—Yo no sé lo que hicieron esos cinco minutos. Sólo informo. —fue hasta el fregadero y dejó los platos —Todo esto me huele a chamusquina. — se volvió a mirarla sobre su hombro— Te sugeriría que hablaras con esa amiga tuya. Me da que sabe más de lo que te dijo.

Tabitha pensó en ello limpiándose las lágrimas —Voy a llamar a Kat. — se sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón y llamó a su amiga. Tardó en contestar cinco tonos.

— ¿Hola? ¿Cómo te va?

— ¿Puedes hablar?

—Claro, tengo una hora libre hasta la siguiente clase. ¿Qué pasa?

Parecía tan normal como siempre y empezó a pensar que todo aquello eran tonterías de Danae — ¿Cómo te va con Clark?

— ¡Tía, está buenísimo! Y en la cama es... — soltó una risita— Menos mal que estoy sola en la sala de profesores. Si alguien me escuchara...

—Así que estáis saliendo.

—Quedamos ayer para ir a cenar y el fin de semana no salimos de mi apartamento. ¿Y tú? ¿Cómo te va? — el tono en el que hizo la pregunta la alertó porque parecía impaciente por su respuesta.

—Bien. —entrecerró los ojos y miró a Danae que la observaba con los brazos cruzados— Aunque estoy en un lío...

—Va, no te preocupes. Seguro que lo estás haciendo de fábula como enfermera.

—No, si no es eso. Es que me he acostado con él.

— ¡Eso es genial! — su amiga parecía aliviada —Hacéis muy buena pareja. Cuando Clark le vio bailar dijo que ya estaba enganchado.

A Tabitha se le cortó el aliento— ¿Ya estaba enganchado?

—Sí bueno, ya me entiendes.

— ¿Picó el cebo? —preguntó molesta empezando a pensar que los habían manipulado a los dos —Dios mío, todo ha sido un montaje, ¿verdad?

—Tabi... —la voz de su mejor amiga indicaba que la había cazado.

— ¿Quién está metido en esto? ¿Teresa lo sabe?

—Yo no sé nada.

— ¡Deja de mentirme, Kat! — le gritó al teléfono— ¿Quién está metido en esto?

Después de unos segundos de silencio dijo— Lo hicimos porque te queremos.

— ¿Qué hicisteis?

—En realidad lo hiciste tu todo.

— ¿Qué hicisteis?

—Sólo quedamos a tomar un café y...

— ¡Suéltalo!

—Pues decidimos que era lo mejor para ti.

Se tuvo que sentar porque todo aquello era demasiado —Empieza por el principio.

—Un día quedamos tu madre, Teresa y yo. Tú estabas trabajando y llegarías en un par de horas...Hablamos de tu trabajo y de cómo te habías quedado encallada

después de lo de la Universidad y más aún después de lo de George. Tu hermana sonrió y dijo, sería perfecta para mi jefe. — Tabitha no entendía nada — Así que lo ideamos.

—¿Qué ideasteis?

—En el curso de psicología del colegio nos hablaron de los mensajes subliminales. Así que empezamos así. —muy nerviosa se pasó la mano por la frente— Tu madre si ponía una película era de un hombre moreno como protagonista, tu hermana hablaba continuamente de su jefe... cosas así.

—Me lavasteis el cerebro. — susurró atónita de que hubieran hecho todo eso sin que se diera cuenta.

—Tenéis los mismos gustos y es guapísimo. No era nada difícil que te gustara. Tu madre te sugirió ser enfermera el mismo día que salíamos y cuando llegáramos a la discoteca le hubiéramos conocido con cualquier excusa. Además, Clark y yo ya nos conocíamos porque Teresa se había preocupado de contarle parte del plan. Solo sabía que quería que os conocierais y como es un bromista le pareció bien.

—Pero él me rechazó.

—Lo de ser enfermera es algo que también habíamos previsto. Necesitaba una.

—Mi hermana hizo su numerito al día siguiente y yo caí como una idiota. ¡Y mi madre la ayudó!

—Sólo quería que os conocierais. Que pasarais tiempo juntos.

— ¡Muy bien listillas métome en todo! ¡Entonces para qué me dice mi hermana que no me lie con él porque está medio colada por Dillan! ¿Y por qué se van a comprometer? — gritó histérica.

— ¿Pero de qué estás hablando? — su amiga parecía enfadada — ¿Estás bebida?

— ¡Teresa me rogó que no me acostara con Dillan porque se sentía atraída por él!

— ¡Mierda! ¿Te dijo eso? ¿Por qué?

Entrecerró los ojos— No tengo ni idea.

— ¿Y qué dices de que se van a comprometer? ¡Se va a casar con Vernon!

Miró el teléfono atónita— ¿Qué dices?

— ¡Se lo pidió hace un mes! ¿No te lo ha dicho?

—Madre mía. Me voy a desmayar. —Danae se acercó a toda prisa con un vaso de agua.

— ¡No sé lo que está pasando! ¡Eso no estaba en el plan!

—Te dejo, tengo que hacer otra llamada. — colgó el teléfono y llamó a Teresa, que era su objetivo número uno.

—Ahora no puedo hablar. —susurró en cuanto contestó.

— ¡Me importa una mierda! — gritó fuera de sí — ¡Sal de donde estés porque quiero hablar contigo!

Le oyó murmurar algo y después escuchó pasos— Muy bien. ¿Qué pasa? ¿La señora Connors está bien?

— ¡Está perfecta! ¡Mucho mejor que tú cuando te pille!

—Pero ¿qué coño te pasa?

— ¿Estás comprometida con Vernon?

Su hermana se quedó en silencio unos segundos— ¿Cómo sabes eso?

— ¡No! ¡Cómo es que mi hermana no me dice que se ha comprometido y me suelta toda esa mierda sobre Dillan!

—Cálmate, ¿quieres? Estás un poco nerviosa y...

— ¿Nerviosa? — le gritó fuera de sí —Dime que todo no ha sido mentira. ¡Que no me habéis manipulado para aceptar este trabajo!

—Sé que ahora puede parecer que te he tomado el pelo, pero...

— ¡Explícate por favor, porque no entiendo nada!

— ¡Quería que os conocierais! ¡Pero no quería que te acostaras con él de inmediato!

— ¿Que no me acostara con él? ¿Sabes lo culpable que me he sentido por haberte traicionado?

—Ya veo que me has hecho caso. — dijo irónica — ¡Menuda hermana tengo!

— ¡Eso mismo digo yo! ¿Estás mal de la cabeza?

— ¿Acaso no te gusta? —esa pregunta la dejó sin palabras— Mira, cuando vuelva me echas la bronca, pero ahora tengo que trabajar. Te quiero. — colgó el teléfono dejándola de piedra.

—Ya me parecía a mí. — dijo Danae asintiendo—Eran demasiadas casualidades.

— ¡Están locas! Incluso me pusieron películas con protagonistas morenos para que...— Danae se echó a reír a carcajadas — ¡No tiene gracia! — de repente se sintió liberada porque Teresa no se iba a casar con Dillan sino con Vernon. Entonces ¿con quién se iba a casar Dillan? Abrió los ojos como platos mirando a Danae.

—Veo que ya ves por dónde van los tiros.

— ¡Es una locura! ¡No nos conocemos!

—Si algo tiene Dillan es que tiene las cosas claras.

Negó con la cabeza entrando en pánico —Ni hablar.

—Primero entérate bien antes de negarte, ricura. — se levantó divertida y ella miró hacia el piso de arriba.

—La bruja no me lo dirá.

—No. —Danae se echó a reír a carcajadas— No te lo dirá a no ser que quiera. Es muy lista.

Capítulo 8

Subió las escaleras con emociones encontradas. Por un lado, estaba realmente contenta de que su hermana no tuviera nada con Dillan y por otro estaba algo asustada de lo que se le pasaba por la cabeza. Entró en la habitación sumida en sus pensamientos y se sentó al lado de Rebeca, que la miraba con desconfianza

— ¿Qué te pasa ahora? ¿Eres bipolar o algo así?

La miró a los ojos pensando que esa mujer era un misterio y que seguramente se estaba equivocando porque esa misma mañana la había llamado puta. Sí, seguramente Dillan iba a casarse con otra. Pero no era Teresa. ¿Quién diablos sería?

— ¿Te caigo mal? — preguntó haciendo que Rebeca entrecerrara más los ojos.

—Definitivo. Estás mal de la cabeza. ¿Acaso no te lo he dejado claro?

Aquella conversación no iba bien —Me preguntaba si...

— ¿Qué? Déjate de tonterías y llévame al baño.

¿Cómo podía preguntarle algo que se suponía que no sabía? La ayudó a acercarse al andador y cuando estaba sentada en la taza del wáter, Tabitha sonrió con malicia alejando el andador cuando alargó la mano para incorporarse.

— ¿Qué haces, niña?

—Tengo una pregunta. —alejó el andador todavía más.

— ¿Qué clase de pregunta?

—Ha llegado a mis oídos que vas a limpiar determinado anillo. — se cruzó de brazos al ver que se tensaba— Muy bien. Suelta para quién es y te llevo a la cama.

Rebeca sonrió con malicia— ¿Pues para quién va a ser? Para Teresa.

Tabitha se tensó— ¡Eso no puede ser!

—Claro que sí. Al final mi chico se ha dado cuenta de quién es la mujer adecuada para él.

— ¡Me estás mintiendo!

Rebeca levantó una ceja— No entiendo porque piensas eso, pero me niego a intentar comprenderte. ¡Ahora dame el andador!

Se retaron mirándose a los ojos y Tabitha apretó los labios al ver en sus ojos que no pensaba soltar palabra. Y ella no podía decir la verdad, pues ellos no sabían que eran hermanas. Tuvo que morderse la lengua antes de que metiera la pata y las dejara a todas con el culo al aire.

—Está bien. Si no me quieres decir nada, no te voy a obligar.

—Es un alivio. —dijo la vieja burlándose de ella.

—Puedes llegar a ser insoportable. — siseó acercando el andador y cogiéndola del brazo para levantarla.

—Y tú tienes la lengua muy larga. — pasó con el andador ante ella sonriendo encantada de la vida por haberla picado.

Después de sentarla en la cama, paseó por la habitación intentado descubrir cómo sonsacarla, pero no sabía por dónde empezar.

—No sé porque te caigo tan mal.

Rebeca la ignoraba con el libro en la mano, aunque Tabitha sabía que no había leído una palabra.

—Esta mañana me dijiste cosas muy crueles y...

La abuela suspiró dejando el libro sobre las piernas — ¿Quieres una disculpa por ser una fresca?

Otra vez la había insultado— ¡No tienes derecho a decirme esas cosas! ¡Además no empecé yo!

—Mi nieto es un hombre muy fogoso. No puedo echarle la culpa de coger lo que se le ofrece. Le he enseñado a aprovechar las oportunidades.

Tabitha jadeó asombrada abriendo los ojos como platos— Eso es lo más machista y retrogrado que he oído en la vida.

—Entonces has oído muy poco y te queda mucho por oír.

— ¡Si se va a casar tengo derecho a saberlo!

—Se va a casar. ¿Estás sorda? ¡Te lo he confirmado cuando me retenías en el baño!

— ¡No te he retenido! Lo dices como si fuera un secuestro.

— ¿Por qué no vas a buscarme un té?

— ¿Ahora soy camarera?

—Te estás poniendo muy pesada. ¡No voy a ser capaz de soportarte hasta el viernes!

— ¡Lo mismo digo! — salió de la habitación dando un portazo. Intentando contener su carácter llegó a la cocina y Danae estaba colocando la bandeja del té sobre

la mesa — ¿Nos has oído?

Divertida señaló el escucha bebés— Está encendido. Veo que no le has sacado palabra.

—Sigue empeñada en pasarme a mi hermana por los morros.

Escucharon un ruido en el escucha bebés y las dos miraron el aparato.

— ¿Dillan? — la voz de Rebeca la hizo acercarse— ¿Sabes lo que acaba de pasar? Tu amante me ha preguntado si te vas a casar— por su voz parecía que estaba ofendida y Tabitha apretó los labios— ¿Te puedes creer su descaró? Debe creer que tiene algún derecho sobre ti. —estaba claro que no se iba a casar con ella y eso la alivió porque eso sería una locura, pero que se casara con otra no le gustaba un pelo — ¡Eso te pasa por acostarte con el servicio! — le regañó ella.

Tabitha se sentó en la silla derrotada— Dile a Teresa que le envíe un abrazo. Sí, no te preocupes, la ignoraré. Sólo tengo que soportarla hasta el viernes.

Danae volvió la cabeza hacia ella— No ha dicho nada de quién es.

—No. — Tabitha se encogió de hombros y se levantó cogiendo la bandeja — Pero está claro que no es mi hermana, ni yo. Así que asunto arreglado.

— ¿Está arreglado? Yo creo que no. — dijo mirándola con pena— Lo siento.

— ¡No lo sientas! — dijo forzando una sonrisa — Es una locura que se nos ocurriera eso. No nos conocemos de nada y la mitad del tiempo me cae mal.

—Ya. Estás hecha polvo. —los ojos de Tabitha se llenaron de lágrimas— Trae, que le subo yo la bandeja.

Le quitó la bandeja de las manos y salió de la cocina. Tabitha no sabía que le estaba pasando. Aquello no era normal. Sólo se había acostado con él una vez y como le había dicho a Danae, ni siquiera le caía bien. ¡Era absurdo! Que se casara con la tía que quisiera. ¡A ella le importaba poco! Además, cuando él se enterara de cómo era su vida en realidad, se mosquearía por todas las mentiras que había soltado por la boca y no querría ni verla. ¡Aunque qué más daba si se iba a casar con otra! ¡Sería gilipollas! Se acostaba con ella y se casaba con otra. Eso demostraba que no era de fiar.

Se limpió los ojos decidida a olvidar a ese episodio de su vida y a largarse de esa casa en cuanto Dillan pusiera un pie en ella.

Cuando volvió a subir llevaba las cartas de póker en la mano— ¿Una partidita de chicas? — preguntó sonriendo de oreja a oreja.

—La bipolar ha vuelto.

—Saca la pasta, abuela.

Así se pasaron toda la tarde y para sorpresa de Tabitha se lo pasaron estupendamente olvidándose de todo lo que tenía en la cabeza. Y se ganó unos pavos. Ganarle cincuenta pavos a Rebeca fue toda una satisfacción.

— ¡Ja! ¡Soy la mejor! — dijo poniendo sobre la mesa el full que tenía en la mano— ¡Te voy a dejar sin blanca!

Rebeca se echó a reír viéndola coger los cinco dólares de ganancia — Estoy segura de ello. Por eso nunca jugaré más de un dólar por apuesta.

—Iré a preparar la cena. — dijo Danae divertida.

—No te molestes. ¿Pedimos una pizza? — preguntó ella mostrando sus cuarenta y tres dólares de ganancia— Invito yo.

Rebeca sonrió y miró a Danae— A mí me parece bien.

—Pues a mí no me miréis.

— ¡Noche de chicas! — exclamó Tabitha levantándose de la cama — ¿Y si vemos una peli?

—Elijo yo. Los jóvenes no tenéis ningún gusto.

—Cine clásico y pizza. —dijo Danae yendo hacia la puerta— La noche promete.

Y así se pasaron la noche. Viendo “La ventana indiscreta”, comiendo pizza y palomitas. El helado de chocolate fue sugerencia de Danae, que comieron con unas deliciosas galletas de caramelo.

Tenía la boca llena de helado cuando le sonó el móvil. Frunció el ceño porque era un número que no conocía y contestó con la boca llena— ¿Si?

—Hola, nena. ¿Cómo va todo? —tragó tan deprisa el helado que le dolieron las sienes — ¿Tabitha?

—Sí, estoy aquí. — siseó enfadada— ¿Cómo va todo por Londres?

—¿Qué ocurre? ¿Estás enfadada porque no me despedí? Era muy temprano y...

—No es eso. —al mirar de reojo a las chicas vio que no perdían detalle. Incluso Rebeca bajó el volumen de la película para escuchar mejor. Serían indiscretas —

¡Anoche se te olvidó decirme que tienes novia antes de acostarte conmigo!

—Ah, te has enterado.

— ¡Pues sí! ¡Así que sólo hablaremos de tu abuela, que por cierto está estupenda! ¡Mucho mejor que yo! — colgó el teléfono furiosa y al mirarlas se levantó de la

silla — ¡Era tu nieto!

—Ya me he dado cuenta.

— ¡Quería saber cómo iba todo! ¡Y va de fábula!

—No se me ocurriría decir otra cosa. —dijo alucinada por verla tan furiosa.

Su teléfono empezó a sonar de nuevo y ella extendió su brazo para dárselo a Rebeca—Seguro que quiere hablar contigo.

—Si quisiera hablar conmigo me llamaría a mi teléfono. —no se molestó en coger su móvil.

Gruñó descolgando ella misma— ¿Se puede saber qué coño te pasa? — preguntó él furioso.

— ¡A mí no me hables en ese tono!

— ¿Tú me puedes gritar y yo a ti no?

— ¡Exacto! ¡Y cómo no tenemos nada que hablar, será mejor que no me llames más! ¡Si quieres hablar con tu abuela, llámala a su móvil!

— ¡Te recuerdo que trabajas para mí!

—Hasta el viernes. ¡En cuanto te vea, me largo de aquí! —Dillan suspiró al otro lado de la línea. Parecía cansado — ¿Estás bien?

— ¡Joder! Mierda de viaje. No podía haber llegado en peor momento.

Tabitha se volvió dándole la espalda a las chicas —No pasa nada, me quedo hasta el viernes. No te voy a dejar tirado.

— ¿Ah, no? — preguntó suavemente alterándole el corazón — Anoche estuviste fantástica.

Se puso como un tomate— No digas esas cosas.

Dillan se echó a reír —Tengo que irme, tengo una reunión en diez minutos.

— ¿Todavía?

—Nena, aquí son las cuatro de la tarde.

—Ah.

— ¿Ya no estás enfadada?

— ¡Pues sí! — dijo haciéndole reír. Sin querer sonrió al escucharle.

—Que descanses, nena. Dale un beso a la abuela de mi parte.

Esas palabras la emocionaron y susurró—Hasta mañana.

Cuando colgó el teléfono y se volvió las chicas miraron el televisor como haciendo que no se habían perdido palabra. Se acercó a Rebeca y le dio un beso en la mejilla sorprendiéndola— De parte de tu nieto.

—Muy bien. — dijo sonrojándose. Carraspeó y miró a Danae que sonreía encantada— Estoy algo cansada.

—Hora de dormir. — dijo la mujer cogiendo el envase del helado y la caja de la pizza. — Buenas noches, chicas.

—Buenas noches. — respondieron ambas a la vez. Se sentó en la cama después de arroparla y le dijo —Voy a tomarte la temperatura.

—Estoy bien.

—No protestes. — le metió el termómetro en la boca y le dijo— Está cansado.

—Lógico. —dijo moviendo el termómetro de un lado a otro— Se ha puesto a trabajar después de un viaje muy largo y tardará en acostarse. Pero está acostumbrado.

Asintió preocupada y cuando sonó el termómetro lo sacó de su boca. Se alarmó cuando vio unas décimas.

—Buenas noches, Rebeca. —susurró levantándose de la cama.

— ¿Tengo fiebre?

—Unas décimas. — dijo intentando aparentar que no pasaba nada —Voy a llamar al médico.

Rebeca sonrió —Y ahora estás de los nervios pensando en cómo decirle a Dillan que me voy al otro barrio.

—¡No digas eso! — dijo fulminándola con la mirada haciéndola reír —Tú duermes y yo llamo al médico.

—Perfecto.

Salió de la habitación y cerró la puerta después de apagar la luz. Cogió la tarjeta del doctor Lambert marcando rápidamente — ¿Diga? —había ruido de fondo lo que indicaba que estaba en un sitio concurrido.

— ¿Doctor Lambert? No sé si se acuerda de mí. Soy Tabitha.

—Ah, la chica que se encarga de la señora Connors.

—Esa. Pues verás es que tiene unas décimas de fiebre y me he preocupado.

—Dele un paracetamol y si le sube la fiebre, llévela al hospital. Puede ser que la rehabilitación la haya alterado un poco.

— ¿Pero está bien?

—Si el paracetamol no funciona, llévela al hospital.

—Entendido.

—De todas maneras, llámeme mañana para saber cómo va.

—Gracias, doctor.

—Si tiene cualquier problema, no dude en llamarme.

Sonrió más aliviada —Muy bien. Lo haré.

Volvió a la habitación mucho más tranquila y le dio a Rebeca un paracetamol como el doctor le había recetado. Rebeca la miraba divertida— ¿Fin de la crisis?

—Eso espero. — dijo metiéndole la pastilla en la boca —Traga. —le dio el agua y Rebeca le hizo caso. Después Tabitha sonrió satisfecha— Ahora a dormir. Te despertaré en un rato para tomarte la fiebre de nuevo. —se acercó y le dio otro beso en la frente — Que descanses.

De la que iba hacia la puerta Rebeca dijo— Lo que te dije esta mañana era para fastidiarte.

— ¿Ya no soy una fresca?

—Sigues siendo una fresca, pero no es asunto mío.

Tabitha se echó a reír mientras apagaba la luz —Descansa, gruñona.

Tabitha no pudo dormir la mitad de la noche inquieta por Rebeca y por todo lo que estaba pasando con Dillan. La verdad es que la llamada no la había tranquilizado nada. Si Rebeca había hablado con él, ¿por qué cuando habló con ella parecía que no sabía nada de porque estaba enfadada? Era lógico que estuviera furiosa porque se hubiera acostado con ella cuando tenía novia, sin embargo él parecía sorprendido. Entonces se le pasó por la cabeza que Rebeca era demasiado lista para dejar el escucha bebés encendido mientras hablaba con Dillan. ¡Sería bruja! Lo había hecho a propósito para cabrearla. Sonrió sin poder evitarlo abrazando la almohada.

Cómo no se podía dormir, a la hora que le tocaba la medicación fue hasta la habitación de Rebeca y le dio las pastillas. Medio dormida le tomó la temperatura y fue un alivio ver que le había bajado.

— Bien. A dormir. —susurró saliendo de la habitación.

Irrracionalmente antes de entrar en su habitación fue a la de Dillan. Cogió su almohada y aspiró sonriendo al oler su colonia. Se echó en la cama abrazándola y se durmió con una sonrisa en la boca.

En cuanto se despertó se levantó a toda prisa y fue a ver a Rebeca que estaba todavía dormida. Al mirar el reloj vio que eran las ocho de la mañana. Se acercó lentamente nerviosa porque tuviera fiebre, le acarició la frente y sonrió al ver que su temperatura era normal. Rebeca abrió los ojos— Por Dios. ¿Es que no vas a dejarme en paz?

—Pues no. Buenos días. Venga, a levantarse.

Rebeca suspiró como si no pudiera con ella y alargó el brazo para coger la barra colgada del techo e incorporarse. Hizo una mueca de dolor, pero Tabitha estaba satisfecha porque ya lo hacía sola. Enseguida notaría la mejoría.

—He pensado que hoy no te pasarás tanto tiempo en la cama. Lo hablaré con Gloria.

Rebeca gruñó levantándose y Tabitha sonrió— ¿Cómo puedes estar tan contenta por las mañanas? No es lógico.

—Estoy contenta porque no tienes fiebre, pero me aseguraré en cuanto vuelvas del baño.

Efectivamente no tenía fiebre. Todo un alivio porque como le pasara algo a la abuela no se lo perdonaría nunca. La aseó cambiándole también el apósito y le puso un camisón limpio de seda beige.

—Este camisón es una obra de arte. — dijo admirada viendo su encaje.

—Me lo regaló mi marido unos meses antes de morir. —en sus ojos se manifestó una pena que a Tabitha la emocionó.

— ¿Cómo era?

—Un bruto de mal carácter que me adoraba. — sonrió divertida— Era muy parecido a Dillan. Ladraba mucho, pero nunca mordía. Tenía un corazón de oro y trabajaba como un mulo. —se echó a reír— Era muy cabezota. Cuando se le metía algo en la cabeza, no paraba hasta conseguirlo. Recuerdo una vez que uno de sus conductores le robó la carga y hasta que no la encontró no pudo dormir.

—Era tenaz. — comento recogiendo las gasas que había usado.

— ¿Tenaz? Era un cabezota y Dillan es igual. Hace dos años se empeñó en ampliar su empresa de asesoría y quería un edificio en concreto. Pues no se detuvo hasta conseguirlo. Enviaba ofertas de compra cada veinte minutos por mail y el vendedor se dio por vencido sólo para perderlo de vista.

Se echaron a reír y Danae apareció con el desayuno— Justo a tiempo. —dijo Tabitha colocando la mesa ante Rebeca.

— ¿De qué os reís?

—De lo parecidos que son Dillan y mi marido.

—Oh, sí. Eso es de familia— dijo la asistente colocando la bandeja.

— ¿Cuánto llevas trabajando para la familia, Danae?

—Déjame pensar. Tengo cuarenta y ocho. Entré con dieciocho.

— ¿Treinta años?

—Los haré en septiembre.

—No hay otra como ella. — dijo Rebeca untando la tostada con mantequilla —No ocurre algo en la casa sin que ella lo sepa.

— ¿Qué ocurrió con los padres de Dillan?

— ¿Qué va a ocurrir, niña? Nada.

Parpadeó sorprendida— Pensaba que...

— ¿Al estar tan unidos sus padres habían fallecido?

Asintió algo avergonzada. —No. Milton lleva los negocios de mi marido con mi otro hijo Frank. Lo que pasa es que están en Hong Kong ultimando unos detalles de no sé qué fusión.

Estaba algo confusa. ¿Por qué Dillan vivía en la casa de la abuela? Rebeca al ver su cara suspiró diciendo—No nos hablamos.

— ¿Por qué?

—Porque cuando Dillan tenía cinco años, Milton se divorció y su mujer cayó en las drogas. No le perdoné que hiciera pasar por eso a Dillan.

— ¿Dillan se vino a vivir contigo?

—Sí. El niño se vino con nosotros y se quedó definitivamente. A Milton le venía muy bien no tenerle en medio.

Tabitha lo sintió mucho por ellos — ¿Se volvió a casar?

—No. — Rebeca miró al vacío— No sé por qué, pero me da la sensación que seguía enamorado de su esposa. Supongo que la situación llegó a un punto que no se soportaban por mucho que se quisieran. Lusi, la madre de Dillan, consiguió salir de los antidepresivos y la cocaína, pero tampoco volvió a casarse. Fue muy duro.

— ¿Y su otro hijo? ¿Frank?

Rebeca sonrió— Frank es distinto. Es una cabra loca que nunca ha sentado la cabeza. Por eso todo recaerá en los hombros de Dillan.

—Eso es mucha responsabilidad.

Rebeca la miró a los ojos— Por eso necesita una mujer que le ayude y le apoye. Muchas personas dependerán de él y debe tener la ayuda de su esposa, que tiene que ser comprensiva. A veces es duro pasarse días o semanas sin verse por los viajes. Pero está preparado y ya asume algunas funciones.

La observó comer pensando en ello. Si ella se casara con él lo entendería e intentaría apoyarle en todo. Pensó en la relación con su padre. Suponía que sería tensa.

— ¿No le gustaría arreglar las cosas con su hijo?

Rebeca sonrió con tristeza— Como te he dicho, no le he perdonado el dolor que ocasionó. Hizo cosas por librarse de todo, que no le puedo perdonar.

Especialmente de Dillan. Recuerdo que pasó un año sin llamarle por teléfono.

—Afortunadamente tenía al abuelo.

Rebeca sonrió— Le adoraba. Fue una pena que muriera cuando tenía veinte años. Si le hubiera visto ahora, mi marido hubiera estado muy orgulloso de él. Es su viva imagen.

—Espero que lo solucionen.

—Me operaron el jueves pasado y sólo he recibido una llamada de Frank— se echó a reír—Seguramente porque Dillan le ha llamado mil veces impidiéndole dormir. No es que no me quieran. Me quieren, soy su madre. Pero no me muerdo la lengua a la hora de decirles las cosas que pienso y más a ellos que son mis hijos. Los he parido y tengo todo el derecho.

Tabitha sonrió. Entendía su posición, pero ella que había sido objetivo de sus críticas, se podía imaginar cómo se sentían ellos. Podía ser muy duro escuchar esas cosas de su madre.

—Yo no me imagino la vida sin mi familia alrededor. — susurró distraída.

—Lo dices como si vivieras con tus padres.

—Pues sí.

Rebeca entrecerró los ojos— Es raro que una chica soltera e independiente viva con sus padres.

—Tú vives con tu nieto. — dijo divertida.

—No, yo vivo en los Hamptons. Esta es una situación excepcional.

—Pues yo vivo con ellos y con mi hermana a tiempo completo.

Rebeca entrecerró los ojos— ¿Tienes una hermana?

—Sí. Una hermana pequeña. — miró a Danae que permanecía callada —¿Te importa si me voy a duchar y a vestirme?

—No, claro. —respondió ayudándola a escaquearse antes de que preguntara más.

—Gloria llegará enseguida. — dijo poniéndole las pastillas sobre la bandeja para que se las tomara.

Capítulo 9

Se duchó a toda prisa y cuando estaba poniéndose unos pantalones cortos blancos después de ponerse la ropa interior le sonó el móvil. Al mirar la pantalla sonrió al ver que era su madre— Hola mamá.

— ¿Tabi? — su madre estaba llorando y se tensó poniéndose alerta.

— ¿Qué pasa, mamá?

— ¡Tu padre está en el hospital! — dijo muy nerviosa —Se le ha caído un coche encima.

Tabitha palideció al escucharla— ¿Es grave?

—No lo sé. Me acaban de llamar y sólo me han dicho que el gato se rompió.

— ¿Le han llevado al Central de Brooklyn?

—Sí.

—Vale, coge un taxi. —dijo rápidamente cogiendo la camiseta—Yo voy para allá. Enseguida estaré ahí, mamá. No te preocupes.

—Dios mío, si le pasa algo.

— ¡No le pasará nada! No te preocupes. Estará bien. —dijo negándose a creer que pudiera pasarle algo malo a su padre.

Se puso las deportivas, cogió su bolso y se lo puso en bandolera saliendo de la habitación —No pierdas el tiempo, mamá. Llama a un taxi y vete hacia allí.

—Estoy asustada. — dijo llorando.

—Lo sé, pero si voy a buscarte perderemos tiempo. —entró en la habitación de Rebeca muy pálida —Hazme caso, ¿vale? — dijo suavemente.

—Vale. Tu hermana...

—No te preocupes por Teresa. Ya la llamaré yo. Te quiero.

Colgó el teléfono y miró asustada a Rebeca— Mi padre está en el hospital. Tengo que irme.

—Oh sí, claro. — dijo Rebeca impresionada— ¿Es grave?

—No lo sé— dijo con lágrimas en los ojos yendo hacia la puerta— Os llamaré.

—Tranquila. No pasa nada. Danae me ayudará.

—Tienes la medicación apuntada sobre la mesilla. — le dijo a Danae, que se apretaba las manos nerviosa — En la comida y en la cena. Y a las cuatro de la mañana si no he vuelto.

—Vete, vete. — dijo Rebeca preocupada por ella.

—Y tómale la fiebre. Si tiene fiebre llámame.

—Tranquila. Yo me encargo de todo. — dijo Danae intentando calmarla.

—Lo siento. —dijo mirando a Rebeca a los ojos— Siento dejarte tirada.

—Oh, por Dios. ¡Vete de una vez!

Salió corriendo y bajó las escaleras a toda prisa cogiendo las llaves del coche de Dillan. Esperaba que no le importara. Cuando subió al coche, salió sin fijarse y frenó en seco cuando un coche pasó a su lado tocando el claxon. Fue hacia Brooklyn en un tiempo récord saltándose todos los límites de velocidad intentando que la angustia le impidiera ver lo que ocurría en la carretera.

Estaba llegando cuando recordó a Teresa y sacó su móvil marcando el dos. Impaciente se detuvo en un semáforo que se puso en rojo. Al ver que no respondía al teléfono llamó a Dillan.

—Tabitha, nena ahora no puedo hablar.

— ¡Dillan, dile a Teresa que se ponga! — dijo muy alterada.

— ¿Qué ocurre?

— ¡Dile a mi hermana que se ponga, es urgente!

— ¿Tu hermana?

— ¡Ahora no tengo tiempo para esto! —gritó a punto de ponerse a llorar— ¡Dile que se ponga!

Dillan dijo unas palabras en voz baja mientras ella aceleraba en cuanto el semáforo se puso en verde — ¿Tabi?

— ¡Teresa, papá ha tenido un accidente!

— ¿Qué?

— Está en el hospital. Al parecer cedió un gato y le ha aplastado el coche. No sé cómo está. ¡Voy para allá!

Su hermana jadeó y escuchó como algo caer al suelo — ¡Teresa! — gritó al teléfono.

— Nena, no te asustes, pero Teresa se ha desmayado.

— ¡Oh, Dios! — dijo angustiada.

— Subiremos al primer vuelo. De acuerdo. Yo me encargo de todo.

— Vale. — tuvo que pegar un frenazo en un paso de peatones y el teléfono salió disparado al coger el volante con las dos manos.

— ¡Tabitha! — gritó Dillan al otro lado de la línea. Cogió el teléfono del salpicadero— ¡Joder, no me digas que estás conduciendo!

— ¡Tengo que llegar! Estoy a dos manzanas.

— Te llamo en cuanto tenga todo preparado.

— ¿Cuidarás de Teresa?

— Sí, nena. Tú no te preocupes por ella. —se echó a llorar sin poder evitarlo— Tranquila. Estaremos allí antes de que te des cuenta.

Cuando vio el edificio del hospital susurró— Ya estoy aquí. —dijo asustada llorando.

— Bien. Llámanos en cuanto sepas algo.

— Vale.

Colgó el teléfono y aparcó el coche. Corrió hasta urgencias que estaba abarrotada de gente y cuando vio a su madre de pie al lado de una máquina expendedora se acercó a toda prisa.

— ¿Cómo está?

— No me han dicho nada. He preguntado por él, pero no han querido decirme qué tiene. Dice que le están haciendo pruebas. —dijo acercándose para abrazarla.

Tabitha vio que estaba temblando y la apretó a ella.

— Tranquila. — le acarició la espalda— Voy a hablar con alguien, ¿vale? Para ver si me entero de algo.

— Sí. — se apartó y fue hasta la recepción donde una mujer hablaba por teléfono. Esperó a que atendiera a esa persona y en cuanto colgó, le preguntó al ver que se levantaba— ¿Perdone?

— ¿Sí? — cogió unas hojas de una fotocopiadora y volvió a sentarse.

— Mi padre ha entrado por urgencias y no sabemos nada sobre su estado. ¿Alguien nos podría informar?

— ¿Nombre?

— George Mortimer Campbell. Al parecer se le ha caído un coche encima. — dijo impaciente mirando lo poco que veía en la pantalla de su ordenador.

La mujer tecleó su nombre y miró la pantalla. — Si están atendiéndole.

— ¿Cómo han clasificado su estado?

— ¿Es personal sanitario? Habla como si lo fuera.

— Sí, soy enfermera. — dijo a toda prisa.

— Le están atendiendo en el box cinco. —miró la pantalla— Estado grave.

Tabitha palideció— ¿Está grave?

— Fractura abierta de tibia y hemorragia. Están intentando contenerla y ya han pedido más pruebas. ¿Quiere pasar a verle?

— ¿Puedo?

La mujer miró a su alrededor —Venga conmigo.

Miró a su madre indicándole con la mano que esperara y asintió apretándose las manos. Siguió a la auxiliar y hasta el box de su padre. Al ver su camilla llena de

sangre pensó que se desmayaba, pero al ver que estaba despierto se acercó a la cabecera sorteando a los médicos que estaban trabajando.

— ¿Qué hace usted aquí?

—Es su hija, doctor— dijo la chica —Y es enfermera.

—Hola papá. — dijo mirando a su padre sin hacerles caso y acariciando su pelo negro —Al parecer tus consejos con el gato no te los has aplicado.

—No sé lo que ha pasado— farfulló y por sus pupilas vio que estaba muy drogado. Intentó sonreír— Menudo susto os he dado.

—Claro que no. —miró hacia abajo y vio que trabajaban muy rápido. Apretó los labios al ver el estado de su pierna.

—Listo. — dijo el médico— A quirófano.

—Te veré luego. — le besó en la frente esperando que pudieran salvarle la pierna —Te quiero.

—Y yo a ti, mi niña.

Vio como se lo llevaban a toda prisa y el médico que le había atendido, se quitó los guantes— ¿Cómo está?

—Lo único que he hecho ha sido intentar retener la hemorragia para poder operarlo y que sus constantes se estabilizaran. — Tabitha apretó los labios intentando retener las lágrimas— Casi lo perdemos en cuanto llegó y tuvimos que reanimarlo. Pero ahora su tensión es estable. Esperemos que los de trauma puedan salvar la pierna. Tiene muchos daños. Parte de la tibia estaba aplastada totalmente.

—Gracias, doctor.

El hombre asintió quitándose la bata verde y tirándola en el cubo —En cuando el cirujano acabe, irá a verla. Ya sabe cómo va esto.

—Sí, gracias.

Salió a la sala de espera y sonrió. Su madre la miró con alivio — ¿Cómo está?

—Ahora lo suben a quirófano. Mamá, siéntate.

—Oh, Dios... —dijo muy pálida.

Tabitha la cogió del brazo sentándola en un asiento de plástico. Se acuclilló ante ella.

—Verás, ha entrado muy grave porque tenía una fuerte hemorragia. —su madre asintió— Pero le han estabilizado.

— ¿De verdad? — preguntó como si no se lo creyera.

—Tiene la pierna destrozada, mamá. Intentarán salvársela, pero...

—Puede perder la pierna.

Asintió —De rodilla para abajo.

—Bien, puede con eso. Si para salvarle la vida tienen que cortarle la pierna, que lo hagan, pero que salven a mi Morti.

Tabitha asintió emocionada— Eso harán, mamá. Harán todo lo que puedan.

Se abrazaron y ella susurró en su oído— Tengo que llamar a Teresa.

—Sí, llama a tu hermana. Estará muy preocupada.

Se alejó un poco de su madre y llamó a su hermana que cogió el teléfono inmediatamente — ¿Sí? ¿Cómo está? — preguntó de los nervios.

— Le están operando la pierna, pero está estable. — dijo intentando que se relajara.

Suspiro de alivio — ¿Se pondrá bien? — preguntó llorando. No sabía qué contestar a esa pregunta. Estaba grave y no quería mentirle, pero tampoco quería ponerla más nerviosa— Dime la verdad, Tabi.

—Creo que sí, pero puede que pierda la pierna.

—Oh, Dios.

Su hermana se echó a llorar —No llores. Si ocurre le apoyaremos y...

— ¿Nena? —se echó a llorar al escucharle— Llegaremos en siete horas. Ahora vamos al aeropuerto.

—Dile que se pondrá bien. Le están atendiendo y se pondrá bien. He dejado a Rebeca con Danae y...

—Ya he hablado con ella. No te preocupes por eso. Además, mi tía abuela ha ido para allá.

Suspiró de alivio —Bien. Así estará más acompañada. Ayer tuvo unas décimas de fiebre.

—No te preocupes por la abuela. —Dillan suspiró— Menudos días que llevas, ¿eh?

Sonrió sin poder evitarlo— Pues sí. ¿Ya te lo ha contado?

—Ya hablaremos cuando todo esto haya pasado. Cuando sepas algo envía un mensaje. Si nos lo permiten te llamamos.

—Vale. — susurró antes de que colgara el teléfono sin despedirse. Odiaba que hiciera eso. Se volvió hacia su madre que miraba pensativa el suelo —Mamá,

¿quieres un té o un café?

Negó con la cabeza— Yo voy a tomarme uno. — dijo necesitando algo de cafeína porque ver a su padre le había bajado algo la tensión.

Durante las cuatro horas que estuvieron esperando se tomó tres cafés y cuando llegó un médico a informarlas casi salta de la silla. El hombre sonrió al verlas— Ha sido difícil, pero se pondrá bien.

— ¿Y la pierna?

—No recuperará la misma movilidad. Le quedará una cojera porque su tobillo estaba muy dañado. Esperemos que la cojera sea leve. Todavía es pronto para decirlo. Además, he tenido que colocar unos tornillos para sujetar la tibia y el peroné que también estaban muy dañados. Ha sido un trabajo de reconstrucción muy laborioso, pero si todo va bien en una semana estará en casa.

—Gracias, doctor. — dijo su madre llorando — ¡Muchas gracias!

— ¿Podemos verle?

—Dentro de un momento. Todavía le están arreglando y pasará unos minutos más en quirófano.

—Bien.

En cuanto se fue el doctor, se abrazaron llorando de alivio y envió un mensaje a Teresa diciendo que todo había salido perfecto. Cuando vieron a su padre en la habitación que compartía con otro hombre, le agobiaron a besos. Todavía estaba algo atontado, pero estaba bien y Tabitha no podía dejar de llorar del alivio al igual que su madre.

Por la tarde estaba sentado en su cama normalmente, aunque muy dolorido. La verdad es la pierna tenía un aspecto atroz, pero estaba muy agradecido de que se la hubieran salvado.

Sentada a su lado le cogió la mano. Estaban a solas pues su madre había ido a casa a buscar lo que pudiera necesitar. Su padre le apretó la mano y la miró— ¿Cómo te va de enfermera?

Se echó a reír— ¿Te lo ha contado mamá?

—Me entero de todo, aunque a veces me haga el loco.

—Me va bien.

—Supongo que ahora todo ha quedado al descubierto.

—Sí. — susurró perdiendo la sonrisa —Supongo que me acabo de quedar sin trabajo.

—En el taller necesito una ayudante.

—Acepto. ¿Y cómo pagas? — su padre se echó a reír y gimió al moverse su pierna —Vaya, eso ha tenido que doler.

—Pues sí. — siseó tomando aire después.

Se miraron a los ojos — ¿Te gusta ese hombre?

—Mucho, pero no creo que funcione. Él es rico y yo soy pobre. Él es un importante agente de inversiones y yo soy carnicera.

—Mecánica.

—Pues eso. — su padre sonrió— Somos de dos mundos distintos y además va a casarse.

—Esto cada vez se pone mejor. ¿Así que todo lo que han hecho tu madre, tu hermana y Kat no ha servido de nada?

—Pues al parecer no.

—¿Qué ocurre? ¿Ese hombre está ciego? No hay chica más preciosa en todo Nueva York.

—Eso mismo digo yo. — dijo divertida — ¿Dónde va a encontrar a otra que le corte mejor los filetes?

Su padre se echó a reír —Tiene que estar loco.

—De atar. Haríamos las mejores barbacoas del barrio.

—Vaya, te has enamorado de él. — dijo su padre perdiendo la sonrisa.

—Sí. Qué tonta, ¿verdad? Le he mentado desde que le conozco, así que dudo que me perdone.

—Nunca se sabe.

—Además su abuela no me soporta.

—Eso sí que es difícil de creer.

—Bueno, me la estoy camelando.

—Tendrás éxito. Eso seguro.

—Aunque cuando se entere de que no soy enfermera, me dirá que estoy mal de la cabeza. Cree que soy una fresca.

—Hija, tú sí que no pierdes el tiempo. —dijo divertido.

—Fue culpa suya, no mía. ¡Su nieto es el culpable por ser tan atractivo!

—Por ahí vas bien. Échale la culpa a él.

—Eso pienso hacer. He aprendido de mamá.

—Es una maestra estupenda.

—Sí que lo es. Así que ahora pórtate bien y no te pongas tonto con la rehabilitación. Le has dado un buen susto.

—Intentaré hacerlo. —sonrió divertido— Te amargaré a ti.

—Hecho.

—Te quiero, cielo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y le besó el dorso de la mano— Y yo a ti.

Cuando llegó su madre con una bolsa de viaje llena hasta los topes, sus padres insistieron en que fuera a ver cómo estaba Rebeca.

—Es tu obligación hasta que llegue su nieto. —dijo su padre mirándola fijamente. Esa mirada indicaba que no había discusión posible.

—Vale, me pasaré por allí a ver cómo van las cosas y si todo está bien me vuelvo.

—No, tú quédate con esa mujer hasta que llegue su nieto.

—Muy bien. Cuando llegue Dillan vuelvo.

Les besó a ambos y salió del hospital a toda prisa. Recordó que no había desayunado. Bueno ya comería algo cuando llegara a casa. Se detuvo ante el coche al pensar en la casa de Dillan como su casa. Definitivamente se le estaba yendo la cabeza.

Cuando llegó a la casa tuvo que llamar al timbre y Danae abrió inmediatamente — ¿Cómo ha ido?

—Se pondrá bien— respondió entrando— ¿Puedes prepararme algo de comer? Voy a ver a Rebeca y mientras como, te cuento.

—Le acabo de tomar la temperatura y está bien. —suspiró de alivio y fue hasta la escalera— Está charlando con su hermana.

—Eso es estupendo.

Cuando llegó a la habitación, abrió la puerta con una sonrisa en la cara y Rebeca sonrió, pero al ver que palidecía de golpe le preguntó— ¿Te encuentras bien? ¿Tu padre está bien?

—Tabitha Campbell ¿qué haces tú aquí? — preguntó la señora Morley levantándose de su silla. Ver a su clienta más arisca de la carnicería, era lo que le faltaba y oír a Rebeca preguntarle si la conocía la hizo gemir —Claro que la conozco. Es mi carnicera.

La cara de Rebeca era un poema y Tabitha se sonrojó.

—Perdona. Creo que no te he entendido bien. Ha debido subirme la fiebre porque creo que has dicho que es tu carnicera.

— ¡Claro que es mi carnicera! ¡Desde hace años!

Ambas mujeres la miraron con el ceño fruncido y ella no supo qué decir —Estoy esperando, jovencita. —dijo Rebeca muy enfadada.

— ¡Te dije que quería ligármelo!

— ¿Y le mentiste? ¿Nos has mentido a todos?

— ¿Qué está pasando aquí? — preguntó su hermana muy enfadada, pero ninguna le hizo ni caso mientras se miraban a los ojos.

—No fue así. Fue algo que se me escapó de las manos. ¡Mi hermana me metió en esto!

— ¿Tu hermana Teresa? — preguntó la señora Morley sin enterarse de nada.

— ¿Conoces a Teresa? — preguntó Rebeca asombrada y después la miró a ella— ¿La asistente de mi nieto es tu hermana? —gritó fuera de sí.

Suspiró dándose por vencida— Sí.

— ¡Empieza por el principio porque estoy a punto de llamar a la policía!

— ¿Te has tomado las pastillas?

— ¡Deja en paz las malditas pastillas! ¡Quiero una explicación!

— Tranquilízate Rebeca, esto no te conviene— miró a Tabitha con el ceño fruncido— Ya se lo saco y o.

Ni que fuera un agente de la GESTAPO. Pero la conocía y sabía que no se daría por vencida, así que entró en la habitación y fue arrastrando los pies hasta la cama de Rebeca sentándose a su lado como si hubiera hecho algo horrible.

— Pues verás... — pensó en cómo contarle todo lo que había pasado, pero era algo difícil de explicar sin que pensara que estaban todos algo chiflados. Decidió dejar a Danae fuera del asunto. Con que despidieran a dos era suficiente — Todo esto comenzó cuando...

Al terminar la historia las dos ancianas estaban con la boca abierta. La señora Morley se cruzó de brazos para mirarla con esos ojos que le ponía cuando una carne no le gustaba nada de nada y Rebeca parecía decepcionada. Esa mirada era aún peor.

— Lo siento.

— Recoge tus cosas y sal de esta casa de inmediato. — su tono suave al decirle esas palabras le puso los pelos de punta.

— Sí, claro. — susurró levantándose de la cama — Pero Dillan...

— Estoy segura que mi nieto cuando se entere de esto no querrá ni verte, pero te aconsejo que seas tú la que te alejes de él, porque si no te haré la vida imposible. — la miraba como si la odiara y Tabitha se sintió realmente mal — ¡Danae! — gritó furiosa.

— ¿Si? — preguntó desde abajo.

— ¡Que salga de mi casa!

— Sí, señora.

Tabitha no sabía qué decir que pudiera calmarla. Era obvio que no la perdonaría. Si no perdonaba a su hijo, mal iba a perdonarla a ella. Decidió no decirle nada que pudiera alterarla más. Se volvió lentamente y salía de la habitación cuando Rebeca dijo a su hermana— No puedo creer que alguien tenga tanto descaro.

— No lo entiendo. Siempre ha sido muy buena chica. — dijo la señora Morley. — En el barrio la aprecia todo el mundo.

Se mordió el labio inferior y entró en su habitación haciendo la maleta a toda prisa. Por supuesto no se despidió y cuando llegó al hall Danae la miró con pena.

— Come algo antes de irte.

— Ya la has oído y no quiero meterte en problemas. — la abrazó y forzó una sonrisa— Bueno, me ha encantado conocerte.

— Me da la sensación que volveremos a vernos.

— No lo creo. Pero si te pasas por Brooklyn, ven a verme. — le guiñó un ojo antes de salir por la puerta.

Capítulo 10

Su hermana llegó de madrugada a casa. Tabitha estaba tumbada en su cama mirando al techo y puesto que Dillan no la había llamado, suponía que no le volvería a ver. La puerta de su habitación se abrió lentamente y Tabitha encendió su lamparilla de noche.

—Estoy despierta.

Teresa entró en la habitación quitándose los zapatos —Menudo día.

—Siento que te asustaras.

—Como todas, lo que pasa es que yo soy más floja— dijo divertida —No quiero ni imaginar la cara de Dillan al verme en el suelo espatarrada.

Tabitha se cruzó de brazos— La abuela me ha echado de la casa.

Teresa perdió la sonrisa— ¿De veras?

—Sí, resulta que la señora Morley es su hermana.

Teresa se dio un golpe en la frente— Coño, se me olvidó que era su tía abuela.

— ¿Lo sabías?

—Claro que lo sabía. Ella me dijo que pidiera trabajo en la empresa de Dillan. ¿No te acuerdas? —negó con la cabeza sin recordar ese detalle — Bueno, da igual.

—Perdona, pero no da igual. ¿No pensasteis en este maravilloso plan que me odiarían cuando se enteraran de la verdad?

Teresa sonrió sentándose en la cama— Qué pregunta más tonta.

— ¿Eso es que sí o que no?

—Eso es que estoy agotada y creo que me voy a la cama.

— ¡No hablas en serio! ¿Y ahora qué hago?

—Ahora os conocéis y creo que deberíais hablar. —salió de su habitación dejándola con la palabra en la boca.

¡Bueno, aquello era increíble! ¡Primero se mentían en su vida, poniéndosela patas arriba y ahora la dejaban con el culo al aire y muerta de la vergüenza!

—Increíble. —siseó tumbándose en la cama de mala leche— No volveré a hacerles caso en la vida.

Al día siguiente después de ver a su padre en el hospital, decidió pasarse por el taller para echar una mano. Se puso el mono y salió de los vestuarios saludando a Detrick, un empleado de toda la vida que era el mejor amigo de su padre— ¿Cómo le va al viejo?

—Muy bien. ¿Qué hay pendiente?

—Cambio de aceite del Buick y revisión de frenos del Camaro.

—Hecho.

— ¡Y si tienes tiempo mira una luz que salta en el Crisler!

— ¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó divertida recogiendo sus rizos pelirrojos en un moño agarrándose con una goma.

—Verte trabajar.

—Ja, ja.

Estaba bajo el Buick sacando el aceite cuando escuchó pasos. Al estar bajo el coche metida en el agujero, sólo vio unos pantalones grises, lo que le indicó que no era Detrick. — ¡Enseguida le atiendo! — gritó sin soltar el recipiente donde caía el líquido de frenos.

—Sorpresa, sorpresa. —la voz de Dillan la hizo gemir —Mira por donde ya tengo quien me ponga el coche a punto.

Ella no se movió del sitio cerrando los ojos esperando que se fuera. Después de unos minutos dijo divertido— Me quedaré aquí lo que haga falta hasta que salgas,

mena. Tengo todo el día.

Comenzó a caminar alrededor del coche — Esto es increíble. Al parecer vales para todo, ¿verdad? Eres enfermera— dijo con sorna poniéndole los pelos de punta — Carnicera, mecánica, jugadora de póker y... ¿se me olvida algo?

—Podría llevar las cuentas. — apostilló Detrick metiéndose en la conversación— Aquí las lleva muy bien.

— ¡Detrick desaparece! —exclamó exasperada.

—Genial, me voy a comer algo. Quedas al mando.

Escuchó irse a su amigo, miró hacia las piernas de Dillan que se habían detenido en las escaleras que llevaban al foso. Suspiró bajando el recipiente del aceite y tirándolo al depósito de reciclaje. Cogió el paño que tenía en el bolsillo trasero del mono de trabajo y se dirigió hacia las escaleras. Se pasó una mano por la cara quitando uno de sus rizos de la frente sin darse cuenta que se manchaba y se estaba limpiando las manos cuando subió las escaleras. Dillan la miraba con los labios apretados y las manos en los bolsillos del pantalón, seguramente para no estrangularla.

— Hola. — susurró viendo su camisa blanca. Demasiado impecable para estar en un garaje. No era capaz de mirarle a los ojos.

— ¿Se puede saber qué haces aquí? —estaba furioso y ella se mordió el labio inferior sin saber qué decir— ¿Por qué no me contestas?

— ¿No has hablado con Teresa y con la abuela?

— ¡Estoy hablando contigo y mírame cuando te hablo!

Los ojos violeta de Tabitha indicaban que estaba muy nerviosa— Tu abuela me echó.

— ¡Está postrada en una cama y tú me habías prometido que no te separarías de ella! — le gritó furioso — ¡Cuando ayer llegué a casa estaba sola con Danae!

Le miró sorprendida— Me echó de la casa.

— ¡Me lo prometiste! ¡Dijiste que no me dejarías tirado!

Se sonrojó porque tenía razón— Lo siento. Dadas las circunstancias pensaba que era lo mejor.

— ¿Y qué circunstancias son esas, si puede saberse? ¡Al parecer tu padre se recuperará! — dijo un paso hacia ella como si quisiera matarla y Tabitha

—Me refería a lo otro.

— ¿Qué otro?

—Pues lo otro. — respondió molesta yendo hacia el armario de las herramientas y cogiendo una llave inglesa que necesitaba.

La cogió por el brazo dándole la vuelta — ¿Acaso crees que soy idiota? ¿Qué no me entero de nada?

Tabitha le miró sin comprender y cuando la besó como si quisiera devorarla entendió todavía menos, pero ella no se resistió en ningún momento porque era algo realmente imposible. Le quería y le necesitaba. Cuando la pegó a él apretando sus glúteos por encima de su mono de trabajo, ella gimió en su boca dejando caer la llave al sentir su sexo contra su vientre y le abrazó el cuello respondiendo a su beso desesperada. La empujó sin dejar de besarla hasta el cuarto de los repuestos y cerró la puerta quedando a oscuras. Le bajó la cremallera del mono acariciando su pecho derecho sobre su sujetador y cuando tiró de su mono hacia atrás Tabitha protestó en su boca por tener que soltarle. Dillan se apartó con la respiración jadeante y le bajó las mangas dejando caer su mono hasta sus caderas y pasando las manos por su trasero hizo que cayera al suelo.

— ¿Quieres esto? — le dio la vuelta y Tabitha se sujetó en la estantería llena de piezas. Le susurró al oído— Dime que me quieres dentro de ti.

—Sí— dijo loca de deseo por él mientras Dillan le bajaba las braguitas. Cuando la sujetó por la cintura con una mano gritó al sentir como acariciaba con su miembro en sus húmedos pliegues y acercó su trasero hacia él de impaciencia —Sí— suplicó desesperada por sentirle.

Entró en ella de un empujón haciéndola gemir de placer y Dillan perdió el control entrando y saliendo de ella con fuerza hasta hacerla gritar de éxtasis. Dillan la abrazó a él sin dejar de moverse para alargar su placer y suspiró entre sus brazos drogada por el placer que le hacía sentir.

Dillan la volvió y la besó profundamente. Cuando apartó su cara le dijo suavemente— Esta noche te recojo para ir a cenar y hablamos.

—Uhhh.

—Nena, a las siete en tu casa. — dijo divertido.

— ¿A las siete?

Le acarició el trasero— Ponte ese vestido negro.

La besó rápidamente y salió del almacén. La luz del garaje la volvió a la realidad y se subió las bragas a toda prisa colocándose el mono en un tiempo récord. Sacó la cabeza lentamente del almacén para comprobar que estaba sola, porque sólo le faltaba que el amigo de su padre hubiera oído su sesión de sexo. Miró de un lado a otro y sonrió encantada. Cuando oyó un carraspeo en el foso del garaje, gimió poniéndose como un tomate y se agachó al lado del Buick. Vio a Detrick mirándola con ganas

de partirse de la risa.

— ¿Estás cambiando el aceite?

—Puesto que estabas ocupada me pareció buena idea.

—Muy bien voy a por.... — miró a su alrededor— ¿Qué venía ahora?

—Las pastillas de freno.

—Eso. — se incorporó muerta de la vergüenza queriendo que se la tragara la tierra.

Afortunadamente Detrick no hizo ningún comentario sobre el tema y cuando acabó su trabajo, salió a de allí a toda leche. Todavía no comprendía muy bien porque Dillan estaba enfadado con ella por haberse ido de la casa cuando su abuela la había echado, pero como estaba encantada de pasar la noche con él le daba absolutamente igual.

Se pasó por el hospital para ver a su padre que estaba rodeado de amigos y vecinos. Teresa estaba allí hablando con el tío Roy y en cuanto la vio se acercó a ella.

— Ya estás aquí.

— ¿Cómo no estás trabajando?

—Me ha dado los días libres que necesite. —le dio un codazo sonriendo pícaramente—Así que lo habéis arreglado, ¿eh?

Se puso como un tomate— ¿Y tú cómo sabes eso?

—Me llamó hace una hora, para saber dónde tenía la agenda. Quería el número de cierto restaurante que le gusta mucho. — le guiñó un ojo— Ponte mona, es muy elegante.

—En esta familia no hay ninguna intimidación.

—Ya sabía yo que en cuanto te dijera que él lo había organizado todo, estarías encantada. —Tabitha entrecerró los ojos sin comprender, pero su hermana en su monólogo ni se había dado cuenta — Dillan decía que no. Una cosa es que te manipule la familia y otra es que manipule un tío al que no conoces de nada. Pensarías que es un psicópata o algo así. — Teresa se echó a reír — ¿Te imaginas que te decimos, Tabitha mi jefe ha visto tu foto y se ha colado por ti? ¿Quieres salir con él con intenciones de casarte? Hubieras salido horrorizada con tu miedo a madurar desde que saliste de la Universidad. — Teresa distraída miró hacia su padre que se reía de lo que decía una tarjeta que estaba leyendo— Así que ideamos el plan. Y salió perfecto. Mamá hizo su parte y yo la mía. Kat colaboró encantada después de ver la foto de mi jefe. La verdad es que Dillan es un estratega de primera. —Tabitha no se lo podía creer. Miraba atónita a su hermana que estaba encantada de la vida— Siempre que quiere algo, idea un plan y siempre tiene éxito. —Teresa miró a su hermana a los ojos y perdió la sonrisa poco a poco— Oh Dios, no sabías nada, ¿verdad? ¿No habíais hablado?

Sin saber qué decir se volvió y fue hasta la puerta de la habitación caminando lentamente pensando en todo lo que había pasado desde el principio. ¡Todo había sido mentira! ¡No es que su madre y su entrometida hermana le pasaran a Dillan por los morros, es que todo había sido un engaño desde el principio!

Su hermana que la había seguido, la cogió por el brazo deteniéndola— Vale, sé que ahora estás en shock porque no te lo esperabas, pero...— se apretó las manos nerviosa— ¡Joder, tenía que decírtelo él!

— ¿Esto no era parte del plan? —preguntó irónica

— ¡No! — su hermana se pasó la mano por su melena —Mierda, me va a matar.

— ¿Cómo cuando se suponía que te iba a matar por lo de la discoteca? — su hermana se sonrojó— Ya no me creo ni una palabra.

—No, de verdad. — la cogió del brazo otra vez al ver que se iba— Se suponía que te lo diría él y pensaba que como os habíais visto...

—Mira, ahora estoy muy cabreada por cómo habéis jugado conmigo todo este tiempo. ¿Pero qué os creéis que soy? ¿Una muñeca que podéis mangonear como os da la gana? — preguntó alterada— ¡Estoy harta de vosotros!

Fue hasta el ascensor a toda prisa y cuando miró hacia atrás vio a su hermana mirándola arrepentida, pero en ese momento le daba absolutamente igual. Cuando entró en el ascensor, pulsó el botón furiosa. Entonces miles de imágenes pasaron por su mente. Cuando lo había visto en la cola de la discoteca, su manera de hablarle fingiendo que no le interesaba para luego bailar con ella. ¡Aparentaba que no conocía sus gustos cuando estaba segura que lo sabía todo de ella! ¡El cebo de las entradas de los Yankees, dejarle el coche para ir a Brooklyn, incluso lo del anillo de la abuela era un cebo! ¡Y la muy bruja estaba metida en eso! Recordaba cómo había dicho por teléfono cuando creía que no la escuchaba, es perfecta, pensó con ironía. Y aquella frase misteriosa de que ellos la necesitaban más que ella. Rebeca lo sabía todo y había colaborado. Lo que no entendía era por qué la había echado de casa. Palideció cuando algo se le pasó por la cabeza, pero era tan retorcido que ni a Dillan se le ocurriría.

¿Oh, sí? ¿Lo habría hecho para que creyera que le perdía y aceptar la propuesta de matrimonio sin rechistar? La posibilidad le ponía los pelos de punta.

Por eso decía Danae que todo aquello era muy extraño, porque le conocía perfectamente. ¡Estaba chiflado!

¡Sería idiota! ¡Si hasta él le había dicho que no dejaba nada al azar! Pues ahora se iba a enterar.

A las siete le sonreía desde el porche vestida con su sexy vestido negro y su cabello suelto como la primera vez que le vio. Bajó los escalones acercándose al coche y Dillan sonrió bajando y mostrando su impecable traje gris con camisa blanca y corbata roja. Estaba tan guapo que se lo comería. Sonrió acercándose a él.

—Hola, preciosa. — cuando la iba a coger por la cintura dio un paso atrás — Nena, ¿qué pasa? — se acercó a ella, pero Tabitha dio otro paso hacia atrás y Dillan la miró confuso.

— ¿Qué haces aquí?

Él sonrió— Habíamos quedado a las siete.

Tabitha aparento sorpresa — ¿Qué? ¿Cuándo?

—Esta mañana. — Dillan entrecerró los ojos— ¿Recuerdas? ¿En el garaje?

—Ah...Perdona, pero es que la ración de sexo me dejó algo atontada un rato y no me acordaba. —miró hacia el final de la calle y vio llegar un coche.

—Pero si te has puesto el vestido y...—Dillan se tensó — Tabitha, ¿qué está pasando aquí?

Ella se encogió de hombros sonriendo— Pues que he quedado.

Esas palabras le dejaron de piedra— Perdona, ¿qué? —Stuart salió de su Mercedes negro sonriendo de oreja a oreja— Tabitha...

—Te acuerdas de Stuart, ¿verdad? — preguntó acercándose a su amigo de la facultad— Vamos a recordar los viejos tiempos.

Stuart impecable con un traje azul la miró con adoración— Menuda suerte tengo. Voy a salir con la chica más preciosa de Nueva York

Tabitha se echó a reír tontamente y le dio un golpecito en el pecho— Pero que tonto eres.

—Tabitha...

Miró a Dillan aparentando arrepentimiento— Lo siento, pero ya había quedado con él. Quedamos otro día, ¿vale?

—No, no vale. — la cogió por la muñeca sorprendiéndola y pegándola a su costado. Dillan fulminó con la mirada a Stuart —Lárgate.

A ella le dio un vuelco el corazón, pero no podía dejar que se saliera con la suya — ¿Pero qué te pasa, Dillan?

Se alejó de él y antes de que se diera cuenta ya había rodeado el coche de Stuart que temiendo que Dillan le pegara se subió a toda prisa— Compórtate, Dillan.

¡Estás dando el espectáculo! — entró en el Mercedes y siseó — ¡Arranca!

— ¡Joder, parece que quiere arrancarme la cabeza! —Stuart estaba realmente asustado y ella sonrió sin poder evitarlo.

Cuando el coche se alejaba miró hacia atrás e hizo una mueca al ver su cara de mala leche.

— ¿Se puede saber qué ha pasado?

—Nada. — hizo un gesto con la mano sin darle importancia —Ya sabes cómo soy de loca. No sabía que había quedado con los dos.

Stuart se echó a reír— No cambiarás nunca. ¿Recuerdas cuándo estuvimos en la fiesta hawaiana y te pusiste a bailar sobre la mesa?

Ella forzó una sonrisa gruñendo por dentro, porque lo que menos le apetecía era recordar las chorradas que había hecho en la Universidad, tirando su vida por la borda. Tomó aire preparándose para una velada algo estresante.

Después de una hora se dio cuenta que realmente lo había pasado genial en esos seis meses de Universidad. Ni se acordaba de la mitad de las cosas que había hecho. No le extrañaba no haber estudiado nada en ese tiempo, porque había hecho todo lo demás. Lo que no podía entender es porque se había dado por vencida después de esa experiencia, si realmente no lo había intentado. La vergüenza de haber hecho el idiota durante ese tiempo, defraudando a todo el mundo, pudo con ella y había dejado que su vida se estancara por miedo a hacerlo de nuevo.

Mientras Stuart hablaba y hablaba comiendo su filete, pensó en la frase que le había dicho su hermana esa misma tarde en el hospital, diciendo que si hubiera sabido que Dillan se había colado por ella y que tenía intención de casarse, habría salido horrorizada después de su experiencia en la Universidad. Estaba claro que su familia sabía todo lo que le pasaba por la cabeza.

Bebió de su copa de vino asintiendo a lo que decía Stuart, aunque no tenía ni pajolera idea de lo que acababa de decir, mientras pensaba que era lógico que cualquier mujer a la que le dijeran esas palabras saliera horrorizada. ¡Y por supuesto que pensaría que es un psicópata! ¿A quién se le ocurre hacer una cosa así? A un controlador, eso estaba claro. Pues haberse quedado plantado esa noche, no era la única sorpresa que le esperaba.

Capítulo 11

Pero la sorpresa se la dio ella cuando llegó a casa de sus padres después de despedirse rápidamente de Stuart y se encontró a Dillan en mangas de camisa jugando al póker con su familia en la mesa del salón. Se quedó en la puerta mirándolos con la boca abierta y Dillan se volvió sonriendo con las cartas en la mano— Hola nena, ¿te lo has pasado bien?

Ella miró a su madre, a su tío, a su hermana y a su novio, que la observaban sonriendo. Había cervezas y cajas de pizza en la mesa de centro, lo que indicaba que se lo estaban pasando estupendamente.

—Sí, me lo he pasado muy bien. —dijo entre dientes tirando el bolso sobre el sofá y poniendo las manos en jarras— ¿Se puede saber que estáis haciendo?

—Jugando al póker. — dijo su tío como si fuera ciega.

— ¿Y papá?

—Papá nos obligó a venir a casa y como estaba aquí Dillan esperando, decidí invitarle a cenar. — dijo su madre como si hubiera hecho algo malo.

Miró a los ojos a Dillan que bebió de la boca de su cerveza observándola divertido. Ya sabía que lo sabía. Fulminó con la mirada a Teresa por chivata y tuvo la decencia de sonrojarse.

—Bueno, hora de retirarse. — dijo su tío levantándose de su silla.

— ¡No! — exclamó ella señalándole con el dedo— ¡Siéntate!

Roy se sentó lentamente mirando a los de la mesa sin entender una palabra.

— ¡Así que estáis jugando al póker! ¡Debo sentirme aliviada porque jugáis a las cartas, en lugar de hacerlo con mi vida! — su madre se sonrojó y Dillan entrecerró los ojos— Es divertido planear como va a reaccionar alguien a quien conoces de toda la vida, ¿verdad? Sabes lo que va a ocurrir incluso antes de que pase. —caminó rodeando la mesa— Y claro como esa persona confía en ti, porque te quiere, hará lo que tú le digas. — miró a su hermana— Sobre todo para que no salga perjudicada.

—Tabitha yo... — dijo Teresa mirándola con remordimientos.

—Tranquila, Teresa. ¡Lo has hecho por mi bien! Para que saliera de la vida en la que estaba metida, ¿verdad? Sin estudios, viviendo con mis padres, trabajando en el taller de papá el fin de semana. — sus ojos se llenaron de lágrimas— ¡Debo darte las gracias! Porque al fin he abierto los ojos.

—Nena, estás alterada y... — dijo Dillan levantándose de la silla.

Ella le miró furiosa— ¡No me conoces! ¡No tienes ni puta idea de cómo soy!

—Tabi, cielo ¿qué está ocurriendo aquí? — preguntó Roy preocupado.

—Nada, tío. Que al fin he abierto los ojos. Stuart me ha abierto los ojos.

— ¿Quién es Stuart? — preguntó aún más confundido.

Tabitha y Dillan se retaban mirándose a los ojos y ella dijo—Felicidades, porque habéis conseguido lo que os proponíais.

— ¿Qué quieres decir? — preguntó él tensándose.

—Voy a empezar a vivir mi vida. No necesito que nadie me dirija como si fuera una marioneta.

—Hija, ¿qué quieres decir?

Miró a su madre— Me voy de casa. Esta noche.

Su madre jadeó asustada y miró a Teresa buscando ayuda, pero su hermana no sabía qué decir.

—Así que voy a hacer las maletas. — sonrió y se acercó a Dillan —Por cierto, puesto que nuestra relación ha sido mentira desde que nos conocemos, supongo que no creerás que me pondré ese anillo que seguramente tienes en el bolsillo. —Dillan apretó las mandíbulas— Y como eres tan listo, entenderás que no quiero verte más.

Salió del salón con la cabeza bien alta mientras dejaba el silencio tras ella. Subió a toda prisa y fue hasta su habitación. Cogió la ropa que pudiera necesitar para

unos días y la metió en una bolsa de deporte. No le sorprendió ver que Dillan entraba en la habitación.

—Estás tomando esto a la tremenda.

—¿Tú crees? — cerró la cremallera de malos modos— Pero como es mi vida, no puedes hacer nada.

—¿Qué querías que hiciera, Tabitha? — le gritó furioso— ¡Tu hermana no dejaba de hablar de ti! Te conocía incluso antes de verte. ¡Sabía lo que te gustaba, lo que decías y lo que pensarías si tu hermana nos presentaba! ¡Desde que te dejó ese tipo no volviste a salir con nadie! ¡Habías rechazado a otros antes!

—Así que decidisteis que ya era hora que me casara, ¿no? — preguntó irónica— ¿Y lo que yo quería?

—¿Y qué es lo que quieres? ¡Trabajabas en algo que odiabas y estabas totalmente apática! ¡No fue difícil que tu familia me ayudara, porque estaban ansiosas por verte reaccionar! Pero sabía que si en la discoteca te entraba directamente, saldrías corriendo.

—¡Así que aparentaste que no querías nada conmigo! ¡Pero me tendiste una trampa para que no tuviera escapatoria!

—¡Por Dios, estabas encantada! Te atraje desde el primer momento en que me viste.

—¡Sí! — le gritó furiosa— ¿Eso no te dice nada?

—¿Y no te dice nada, que si yo no tuviera nada que ver en el asunto, tú también me habrías mentido?

—Eso nos indica que no podemos confiar el uno en el otro, ¿no?

Dillan palideció— No lo digas ni en broma. Ni se te ocurra pensar que voy a dejarte escapar.

—¡Pues no pierdas detalle! — dijo cogiendo la bolsa y yendo hacia la puerta.

—Estás haciendo precisamente lo que todos preveíamos.

—Ah, ¿pero preveías que no te diría que sí? — preguntó aparentando diversión. Dillan se tensó— Siento haber estropeado tus planes. Seguro que hay alguna por ahí a la que no le importa que le tomen el pelo. — iba a salir por la puerta cuando se volvió— Y por cierto, dile a tu abuela que es una actriz de primera. ¿Cuál era el objetivo de ser tan borde conmigo?

—Que pensaras que no teníamos futuro.

Ella apretó los labios— Claro, decir que soy una mujer sin estilo, que no está a tu altura. Oh, se me olvidaba también me dijo que soy una puta. Todo lo que una mujer desea que su novio piense de ella.

—¡No pensaba eso de ti! ¡Ni ella tampoco!

—Ese juego psicológico tuyo es digno de estudiarse en la Universidad. ¡Está claro que lo que yo haya sentido en todo este jueguito tuyo, te importaba una mierda mientras consigieras lo que querías! — se encogió de hombros— Al menos me he llevado un par de orgasmos. Gracias.

Salió de la habitación a toda prisa y su madre la esperaba en el hall apretándose las manos. Su hermana lloraba en el sofá mientras Vernon intentaba consolarla.

—No llores Teresa. Al final todo esto va a tener su lado bueno. —miró a su madre a los ojos y sonrió— No te preocupes, ¿vale?

—Hija, yo no quería esto. No lo hicimos para que te fueras de casa ni nada por el estilo. Sólo quería que fueras feliz.

—Sobre mentiras nunca se construye nada bueno. Da igual. —dijo intentando no llorar. Fue hasta el salón y cogió su bolso comprobando que tuviera su móvil. — Kat debe estar esperándome fuera. — dijo dejándolos a todos en shock. Fue hasta la puerta y vio que Dillan la observaba desde la escalera— M amá, te llamo mañana.

—¡Tabitha! — gritó Dillan al ver que cerraba la puerta, pero ella no se detuvo. Cuando él salió al porche, Tabitha cerraba la puerta del coche de Kat, que aceleró de inmediato. Dillan corrió tras ella gritando su nombre, pero su amiga no se detuvo.

—Muchas gracias. — dijo a la secretaria de la escuela de enfermería mirando los formularios para iniciar curso en el siguiente semestre. Habían pasado dos días desde que se había ido de casa de sus padres y ya tenía apartamento alquilado en el West Village y había conseguido trabajo. Irónicamente era empleada en una pastelería-cafetería. Como trabajaba por las mañanas, sintió la necesidad de aprovechar las tardes y se decidió a estudiar enfermería.

Salía del edificio con los papeles en la mano, cuando se chocó con alguien y al levantar la vista chasquéo la lengua siguiendo su camino porque estaba harta de encontrarse a Dillan en todas partes. Había ido a casa de Kat, a su casa nueva, incluso fue detrás de ella a la entrevista de trabajo. Pensaba que se había librado de él en el metro, pero por lo visto era más listo de lo que parecía. Sólo en casa de Kat había intentado hablar con ella, pero como Tabitha no le había respondido ni una sola vez se había dado por vencido y simplemente la seguía. Otro mensaje subliminal para que pensara que nunca se libraría de él.

Estaba a punto de entrar en la boca de metro cuando la cogió del brazo metiéndola en un restaurante.

—Tengo hambre. — dijo simplemente al ver su cara de sorpresa.

—¿Y a mí qué?

—Supongo que tú también.

—Pues supones mal. — la sentó en una silla y él se sentó a su lado. Que el otro cubierto estuviera frente a ella a Dillan no le importaba. Simplemente quería decirle que estaría a su lado sí o sí.

—Vale, no tienes hambre. Pero como no tienes nada que hacer, no te importara que coma, ¿verdad?

—Puedes hacer lo que te dé la gana. —se levantó, pero él sacó algo del bolsillo interno de la chaqueta que la detuvo en seco. Se lo mostró divertido y Tabitha entrecerró los ojos. Eran entradas de béisbol. Un montón de entradas de béisbol. Debían ser todos los pases de temporada. Tabitha le miró a los ojos— ¿Qué haces?

—Mañana juegan con los Red Sox.

—Ya. —se cruzó de brazos —¿Y?

—Pues había pensado que podíamos ir al partido juntos.

—¿De verdad eres aficionado o sólo es otra mentira más?

Dillan perdió la sonrisa— En lo importante no te he mentado nunca.

—¿Cuántas carreras consiguió Alex Rodríguez en su récord?

Él sonrió como si fuera facilísimo —Mil novecientos noventa y siete.

—¿De dónde es?

—Dominicano.

—¿Quién tiene el récord por encima de él?

—Hank Aaron.

Vale, estaba claro que era aficionado — ¿Qué te propones? ¿Ponerme esas entradas delante y hacer que te siga como un perro a una salchicha?

—Ni se me ocurriría. — dejó las entradas sobre la mesa— Te las regalo.

Ahora sí que desconfiaba de él. Miró el taco de entradas que eran de lo más apetecibles, pero sabía que eran una trampa. Pero la tentación era tan grande...Le miró furiosa— Te quedarías sin entradas y no conseguirás nada.

—Estarás allí y eso es algo.

—¿Y si las vendo?

—No lo harás. — dijo divertido —Antes te arrancarías un brazo. —gruñó porque era cierto.

—¿Ya no las tienes comprometidas con Clark? — preguntó con ironía.

—Lo entenderá. —le indicó la silla—Siéntate, nena. Te invito a comer.

—¿Es una condición?

—¿Y si digo que sí? —Dillan sonrió encantado de conocerse—La única condición es que me dejes explicarme durante...— miró su reloj— veinte minutos como mucho. Después las entradas son tuyas.

—Ya sabía yo que era una trampa. —él sonrió viéndola sentarse a su lado— Bien, empieza.

—Primero pediremos. No quiero que nos interrumpan. Al fin y al cabo, sólo tengo veinte minutos. Conociéndote los cronometrarás.

—Muy gracioso.

Cuando el camarero se acercó, Dillan dijo simplemente— Dos hamburguesas con queso y patatas fritas. Cola para ella y para mí una cerveza.

El camarero se alejó y ella dijo algo molesta— ¿Cómo sabes que quería eso?

—¿No tenías prisa?

Sería pretencioso. Chasquéo la lengua y dejó el bolso en la otra silla. Al dejar los formularios sobre la mesa Dillan apretó los labios. Le miró a los ojos y dijo— ¿Empiezas o no?

Los ojos verdes de Dillan brillaron— ¿No me interrumpirás, ni montarás numeritos?

—Yo no monto numeritos. Tú eres el experto en eso.

La miró en silencio y Tabitha se puso nerviosa revolviéndose en su silla.

—¿Sabes la primera vez que oí hablar de ti? Fue en la entrevista de trabajo de Teresa. Debiste salir en la conversación veinte veces. Tabitha me dijo que estudiara, me apoyó en todo, es la mejor hermana del mundo...— a Tabitha se le cortó el aliento— Te quiere mucho, ¿sabes?

—Claro que lo sé. Es mi hermana.

Él sonrió— No todo el mundo tiene la relación que tenéis vosotras. Por eso te costó centrarte en la Universidad porque de repente estabas sola y te asustaste.

—Eso es mentira. —dijo sorprendida.

— ¿Una persona con matrículas de honor, no es capaz de superar el primer semestre? Está claro que querías volver a casa. —se acercó en su silla colocando el codo sobre la mesa— ¿Si no cuál es la razón a que no volvieras a intentarlo?

— ¡Me asustaba volver a fracasar!

Él sonrió divertido — ¿Esa es la mentira que te has inventado o es lo que quieres creer? Empezaste a salir con ese idiota porque era del barrio y seguiste con él no porque estuvieras enamorada sino porque era seguro. —se sonrojó intensamente al escucharle porque tenía razón —Te fue infiel porque no querías casarte, ¿verdad? —nerviosa se sonrojó aún más— Eso te vino estupendamente para que no te presionaran en ese aspecto.

— ¿Todo eso te lo ha contado Teresa?

—Tu hermana te adora. Simplemente me contó los hechos y yo fui uniendo los puntos. Y no me interrumpas.

Tabitha entrecerró los ojos con ganas de pegarle un puñetazo.

—Tus padres no hicieron bien al acogerte, porque podías haber hecho muchas cosas en lugar de conformarte con un trabajo que odiabas. Pero eso ya no tenía remedio cuando te vi por primera vez. — Tabitha lo miró con sorpresa y él sonrió— ¿Acaso crees que estoy loco? ¿Qué por unos comentarios de tu hermana ideé un plan para conquistarte? No, cielo. Hará siete meses llevé a tu hermana a casa después de un viaje a París. Estabais haciendo una barbacoa en el jardín y había varios vecinos. Aparqué ante la casa y una pelirroja muy sexy cruzó la calle riendo para recoger una pelota. Estabas jugando en el jardín con varios niños y llevabas una camiseta roja y unos pantaloncitos blancos. —se la comió con los ojos y a Tabitha se le cortó el aliento— Tu hermana se echó a reír y te señaló diciendo quién eras. La verdad es que tuve que decirle que no cuando me invitó a quedarme, porque en ese momento no hubiera sido capaz ni de decir dos palabras coherentes y pensarías que era imbécil. — hizo una mueca—Pero en cuanto llegué a casa me di cuenta que había hecho bien, porque al ser el jefe de tu hermana me hubieras tratado educadamente, pero no habrías querido nada conmigo. Entonces investigué un poco. — se echó a reír al ver que ponía cara de vinagre— Entre lo que me dijo el detective y lo que me contaba tu hermana, no hacía falta ser muy listo para darse cuenta que necesitaba un aliado.

—Mi hermana.

—Le caigo muy bien. Trabajamos bien juntos y sabía que se pondría de mi lado después de las palabras adecuadas. Un día estábamos en el despacho y llamaste por teléfono a su móvil. Al salir tu cara en la pantalla dije que eras preciosa y Teresa riendo dijo que estabas soltera, aunque te resistirías con uñas y dientes. Después de que acabaras de hablar con ella, estuvimos charlando un rato y ahí vino todo. —chasqueó la lengua al ver que estaba furiosa. —Deberías sentirte halagada, nena. — ella le iba a decir cuatro cosas, pero les interrumpió el camarero llevándoles su pedido. Él cogió una patata mirándola con diversión— Gracias. — le dijo al camarero antes de coger el ketchup y servirse antes de continuar— Por supuesto Teresa habló con tu madre y con esa amiga tuya que ahora se pone de tu parte. Teníamos que conseguir que salieras de tu ambiente, pero que te sintieras segura y para eso yo tenía que hacer que no me importabas al principio. Tenías que haberte visto cuando Clark dijo que eras enfermera. — se echó a reír— La cara que pusiste.

—Muy gracioso. — cogió una patata y la mordió con furia.

—Dentro de unos años te hará mucha gracia. —bebió un trago de su cerveza— Me fue bastante difícil irme de la discoteca con aquella mujer y llevarla a casa después de haber bailado contigo, pero tenía que seguir el plan. Y funcionó porque estabas convencida de que pasaba de ti.

— ¿De verdad era necesario que te la llevaras a tu casa?

— ¿Y cómo sabes que me la llevé a mi casa? Solo he dicho que la lleve a casa.

Se sonrojó porque acababa de dejar a Danae al descubierto y Dillan se echó a reír— Adoro a Danae, pero no sabe guardar un secreto. Sabía que si te llevaba a casa, no tardarías en hablar de ese día y ella te diría que la rubia había estado en casa. Me aseguré de que se enterara.

—Chiflado retorcido.

—Venga, no te me resististe mucho y eso que Teresa me lo puso algo más difícil. No quería que te acostaras conmigo hasta que supieras la verdad y no podía consentirlo porque el viaje a Londres no podía evitarlo.

—Tenías que acostarte conmigo antes de irte. — dijo entre dientes perdiendo totalmente el apetito.

—Sí. Tenías que saber que me sentía atraído por ti, pero la abuela tenía que crearte dudas sobre cierta novia oculta. Con la mentira de tu identidad, Teresa me venía perfecta. Necesitaba que tu inseguridad se centrara en eso antes de pedirte matrimonio y que tuvieras que decirme la verdad sobre tu profesión. Fue una pena el accidente de tu padre, porque todo quedó al descubierto y te asustaste.

— ¡Rebeca me echó de la casa!

Dillan hizo una mueca— Eso también. Pero no podía decirle a su hermana todo lo que estaba pasando e hizo lo que se suponía que era la reacción lógica. Está muy arrepentida.

—Ya, claro.

La miró a los ojos— Te asustaste de mi reacción— a Tabitha se le cortó el aliento— Pensabas que me enfadaría contigo al enterarme de tu mentira y que me enfadaría con Teresa. A ti te vino muy bien que la abuela te echara para no dar la cara. Eso me enfadó un poco. Me habías prometido que cuidarías a la abuela. Me rehuías y eso no me gusta.

En eso tenía razón. Sería listillo. Dillan se echó a reír sorprendiéndola— Nena, eres tan transparente. Sabré cuando me mientes enseguida.

—Serás imbécil.

Las carcajadas de Dillan se oyeron en todo el restaurante — ¿No comes?

—Se me ha quitado el apetito.

—Acabo enseguida. —le dio un mordisco a la hamburguesa y se pasó la lengua por la comisura de la boca limpiándose algo de salsa de tomate. A Tabitha se le cortó el aliento sin perder detalle— Te haría el amor ahora mismo, pero creo que es mejor aclarar las cosas de una vez.

Ella jadeó indignada— ¡No dejaría que me tocaras un pelo!

— Querías que te tocara algo más que un pelo, pero déjame terminar, ¿quieres?

Tabitha le metió una patada por debajo de la mesa y le dio en toda la espina. Dillan gruñó masticando su hamburguesa y cuando se forzó a tragar dijo— Tabitha, esos zapatitos tienen punta.

—Te fastidias. —dijo entre dientes.

Dillan suspiró limpiándose la boca con una servilleta. — Continuando con el tema, no me imaginaba que Teresa me dejaría al descubierto. Culpa mía, porque se suponía que te lo diría cuando tú confesaras.

— ¿Y se suponía que me sentiría halagada y comeríamos perdices?

La fulminó con la mirada— ¡Pues sí!

— ¡Eres idiota!

— ¡Si aquí alguien ha sido sincero, he sido yo!

— ¡Yo sólo mentí sobre mi profesión! ¡Tú has metido a todo el mundo en un follón de mentiras para salirte con la tuya!

—Creo que te dejé muy claro en cuanto llegaste a la casa que me atraías. ¡Si no hubiera sido por la presión que ejercía sobre ti Teresa, diciendo que perdería su trabajo, hubieras salido corriendo!

— ¡Serás estúpido, en cuanto te vi en la discoteca quise tener algo contigo! — le gritó a la cara haciéndole palidecer — ¡Yo me acerqué a la mesa y te dejé claro que me gustabas!

— ¿Y si te hubiera dicho que era el jefe de tu hermana?

—Yo no preveo el futuro como tú. —contestó con ironía.

Él la cogió por el antebrazo— Pues yo te diré lo que hubiera pasado. ¡Hubieras dicho encantada de conocerte y no hubiera visto ni tu estela al irte!

—Eso no lo sabes.

Pareció decepcionado con sus palabras— Ni ahora eres capaz de decirte la verdad a ti misma. Te gustaba porque era un desconocido, pero si hubiera querido algo serio contigo siendo el jefe de tu hermana, hubieras dicho no gracias.

Puede que tuviera razón. No quería ese tipo de complicaciones, aunque con él se había metido en más complicaciones que nunca. Desvió la mirada y soltó su brazo lentamente mientras él seguía hablando.

— Sólo tienes que ver cómo te has comportado al saber la verdad. Has salido huyendo. —la mano de Tabitha tembló al coger su cola y darle un trago— Así que no me moveré de tu lado para que te des cuenta que por mucho que huyas de mí, voy a estar ahí. —Tabitha lo miró de reojo y la observaba sin perder detalle —Ahora come algo, que casi no has desayunado.

¿Cómo sabía que solo había tomado una taza de café? Abrió los ojos como platos— ¡No me lo puedo creer! Kat todavía está de tu parte.

Dillan levantó la barbilla—Todos están de mi parte. Así que vete haciéndote a la idea. ¿Quieres el anillo?

— ¡No! —miró las entradas sobre la mesa y las cogió— ¡Ahora son mías!

Él sonrió levantando las manos en son de paz— Un trato es un trato. ¿Vas al hospital? — ella gruñó dándose la vuelta— ¡Nena, te veo allí!

Al verla dar la vuelta sonrió— Me he olvidado el bolso. — se agachó para cogerlo de la otra silla y al sentir la caricia de Dillan en la parte de atrás de su muslo se le puso la piel de gallina. Se enderezó de golpe con el bolso en la mano y sonrió— Cariño...

Él sin apartar la mano la subió lentamente mirándola a los ojos— ¿Sí, nena?

Cuando la cerveza cayó en su entrepierna se sobresaltó en la silla levantándose de golpe— Necesitas refrescarte.

Dillan se miraba el pantalón maldiciendo mientras las risitas les rodeaban. Sonriendo salió del restaurante.

Después de hacer una visita fugaz a su padre para que Dillan no la interceptara, fue hasta su casa a cambiarse y fue al cine. Cuando salió de ver la película que había sido aburridísima, quedó con Stuart en plan amigos.

Fueron a cenar a una pizzería y después a un pub de música celta. Se lo pasaron bien y llegaron tarde al piso de Kat.

—Mañana tengo una fiesta en casa de un amigo. ¿Quieres venir?

—No puedo. Tengo una entrada para el partido de los Yankees.

—Vale, pues te llamo. —la besó en la mejilla y Tabitha sonriendo abrió la puerta. Perdió la sonrisa al ver a Dillan mirando por la ventana con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón negro. Cerró la puerta lentamente mirando a su alrededor y se dio cuenta que estaban solos. Al parecer Kat seguía en sus trece.

—Has vuelto a salir con ese tipo. — dijo sin volverse. Por su tono de voz se dio cuenta que estaba muy cabreado.

—Sí. — contestó indiferente dejando su bolso sobre el sofá.

—¿Qué intentas hacer? — se volvió para mirarla y al ver sus ojos verdes tan oscuros que parecían marrones se dio cuenta que no solo estaba cabreado, estaba furioso.

—No intento hacer nada. Vivo mi vida.

—¿De verdad quieres que desaparezca de tu vida? —esa pregunta le puso los pelos de punta— ¡Porque en este momento te juro que estoy a punto de mandarlo todo a la mierda!

—Ese es tu problema.

—¡Si todavía no te has dado cuenta de que el problema es de los dos, es que estoy perdiendo el tiempo! —fue hasta la puerta y abrió, pero antes de salir la miró a los ojos— Puede que yo te haya mentido, que tú me hayas mentido y que todo lo de alrededor fuera una farsa, pero si no te has dado cuenta que te quiero y que quiero estar contigo, lo único que hago es el ridículo. Adiós, Tabitha.

Salió del piso dejándola sin aire y se quedó mirando la puerta cerrada sintiendo unas ganas de llorar terribles. Se llevó la mano al estómago sintiendo que se revolvió y tuvo que ir corriendo al baño a vomitar, sintiéndose realmente mal mientras las palabras de Dillan pasaban por su cabeza una y otra vez.

¿Sería verdad que la quería? Sentada en el suelo del baño se echó a llorar sin saber qué hacer y así se la encontró su amiga Kat que encendió la luz sorprendiéndola.

Su amiga suspiró apoyándose en el marco de la puerta— ¿Ya te has dado cuenta?

—¿De qué? ¿De que soy idiota?

—De que un tipo fantástico quiere compartir su vida contigo y haría lo que hiciera falta para conseguirlo.

—No me conoce. — dijo limpiándose las lágrimas.

—Te conoce mejor que tú misma. Se enamoró de ti a primera vista y cuando os miráis es como si alrededor no hubiera nada más. ¿Por qué te niegas en aceptar que le quieres?

—¡No niego nada!

—Entonces ¿por qué te niegas a estar con él? — preguntó suavemente.

—¡Me mintió!

—Y tú a él. ¿Y? ¿Acaso esas mentiras son importantes? Él lo hizo para tenerte cerca y tú también. ¡Porque tú querías estar con él! ¡Sino hubieras dicho la verdad en la discoteca! ¡Mentisteis los dos, pero tú no reconoces que lo hiciste por amor, sino que te escudas en que te obligó tu hermana!

Tabitha se echó a llorar— Me ha dicho que está haciendo el ridículo.

Kat suspiró acercándose y sentándose en el suelo ante ella— Es que hacer todo esto para que luego te planten, es quedar en ridículo, Tabi. Pocos hombres se expondrían de esa manera a que les hagan daño.

—Ya le he hecho daño. — balbuceó hipando.

—Entonces tendrás que pedirle perdón. Vamos, ahora a la cama. Mañana tienes que ir a un partido.

Nerviosa se sentó en su localidad mirando a su alrededor. El ambiente era festivo y el estadio se llenaría. Se estiró su camiseta de los yankees y muy nerviosa se quitó la gorra, dejándola sobre sus piernas solo cubiertas por su pantaloncito blanco. Se lo había puesto por él. Se pasó las manos por sus rizos sueltos y se mordió el labio inferior esperando que fuera. No le había visto en todo el día y puesto que la noche anterior le había dicho adiós, suponía que no iría. Aunque en el fondo de su corazón esperaba que fuera. Dios, tenía que ir.

Pasaron diez minutos y las gradas estaban llenas. Cogió su gorra estrujándola entre sus manos mientras miraba a su alrededor.

—Eh, ¿es que no viene Dillan? — escuchó preguntar tras ella.

Se volvió para ver que un hombre de unos cincuenta años la miraba interrogante — No lo sé. — forzó la sonrisa— Soy Tabitha.

— ¿Tabitha, Tabitha? — preguntó alargando la mano— ¿La hermana de Teresa?

— ¿Conoces a mi hermana? — preguntó asombrada estrechándole la mano.

—Qué va— dijo el chaval de al lado —Pero sabemos las vidas de todos. Ya son muchos años en los mismos asientos.

—Vaya pieza que te llevas, guapa. — dijo la mujer que estaba sentada a su lado y que debía ser de la edad de su madre — Si estuviera soltera, no se me escapaba.

El que debía ser su marido se echó a reír a carcajadas y ella le dio un codazo —¿Y cómo es que has venido sola?

—Me ha regalado las entradas de temporada.

Todos la miraron con la boca abierta y ella perdió la sonrisa— ¿Qué?

—Debe estar coladísimo por ti. Porque nunca ha traído a una chica. — dijo el hombre mayor.

— ¿Nunca ha traído a una chica? — sintió que se le retorció el corazón.

—Es el sitio de su abuelo. Él le aficionó. — dijo el chico como si fuera algo sagrado.

Nerviosa miró a su alrededor. El partido iba a comenzar y salió una famosa cantante de rap a cantar el himno americano. Todos se levantaron y cuando la chica terminó de cantar, sintió que el mundo se le caía encima cuando se inició el partido. No iba a ir.

— ¡Mira, Tabitha! — gritó el chico tras ella señalando la pantalla.

Con los ojos como platos leyó en una de las enormes pantallas. “Tabitha, lo siento. Te quiero”. Los ojos violetas se le llenaron de lágrimas porque en ese momento solo quería verle, sintiendo que no tenía nada que perdonarle y que estaba siendo una estúpida.

Cuando su imagen salió en la pantalla se puso como un tomate mientras los de su alrededor reían felicitándola. Estaba emocionada, avergonzada, porque esas cosas siempre le habían parecido una horterada, y algo enfadada porque él no estaba allí para decírselo a la cara. Los Yankees hicieron una carrera completa y mientras todos gritaban a su alrededor ella estaba cruzada de brazos pensando en qué hacer. Cuando alguien se sentó a su lado con una bandeja de papel llena de comida le miró sorprendida para decirle que no podía sentarse allí, pero al ver a Dillan con su gorra de los Yankees y su camiseta mirándola como si no supiera cómo iba a reaccionar, sólo pudo tirársele al cuello no queriéndose separarse de él jamás.

— Pensaba que no vendrías. — susurró en su oído.

—No te libraras de mí tan fácilmente.

Se apartó de él para mirarle a los ojos y le quitó la gorra— ¿Quieres casarte conmigo?

Dillan sonrió —Sólo si me dices que me quieres.

—Me enamoré de ti cuando te vi pasar a mi lado en la discoteca. —le miró divertida— Tienes un culito muy mono.

Dillan se echó a reír— ¿Sólo eso te atrae de mí?

—No, lo que me enamoró de ti fue tu manera de tratar a tu abuela, lo tenaz que eres y que tienes muy buen gusto.

— ¿Ser de los Yankees no tiene nada que ver? — susurró mirando sus labios como si quisiera devorarla.

—Eso y el Ferrari. —dijo divertida. Le besó suavemente en los labios— Pero sobre todo que desde que te conozco formas parte de mis pensamientos, de mi alma y de mi corazón a todas horas. Si me dejaras tendría que perseguirte y estoy acostumbrada a que lo hagas tú todo.

—No tendrás que perseguirme, mi amor. No tendrás que hacerlo nunca. —susurró antes de besarla mientras sus amigos aplaudían.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Huir del amor” o “Haz que te ame”. Próximamente publicará “Firma aquí” y “Lucharé por los dos”

Si quieres conocer todas sus obras en formato Kindle sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de sesenta y cinco novelas para escoger.

También puedes seguir todas sus novedades en Facebook.